El carácter del obrero del Señor

CONTENIDO

1. Saber escuchar a otros
2. Amar a todos los seres humanos
3. Estar dispuestos a sufrir
4. Golpear el cuerpo y ponerlo en servidumbre
5. Ser diligentes
6. Restringirse al hablar
7. Ser estables
8. No ser subjetivos
9. Concerniente al dinero
10. Otros asuntos de importancia

PREFACIO

Esta serie de diez mensajes que tratan del carácter del obrero de Dios fueron traducidos y publicados previamente bajo el título *El obrero cristiano normal*. Ahora presentamos una nueva traducción de estos mensajes, titulada *El carácter del obrero del Señor,* en conformidad con el título que se publicó originalmente en chino. El libro abarca las diez cualidades principales que todo obrero del Señor debe tener, si desea serle útil al Señor. Estos mensajes los compartió el hermano Watchman Nee en 1948 durante un adiestramiento para colaboradores. El tono franco y directo que usó el hermano Nee obedece a la entrega incondicional de los participantes a dicho adiestramiento, quienes le dieron plena libertad para hablar y exhortar sin rodeos. Por tal motivo, sus palabras tocan lo más recóndito del obrero del Señor.

CAPÍTULO UNO

SABER ESCUCHAR A OTROS

La vida personal de un obrero del Señor está íntimamente relacionada con su obra. Por lo tanto, a fin de determinar si alguien es apto para ser empleado por Dios, es necesario considerar su carácter, hábitos y conducta. Esto tiene que ver con la constitución de su carácter y la formación de sus hábitos. Tal persona no sólo requiere de cierta experiencia espiritual, sino una constitución apropiada en su carácter; el Señor tiene que forjar un temperamento apropiado en ella. Son muchas las características que deben ser edificadas, cultivadas y desarrolladas en un obrero del Señor a fin de formar en él los hábitos apropiados. Dichas características pertenecen más a su hombre exterior que a su hombre interior. A medida que estas características se formen en su hombre exterior, éste llegará a ser más útil al Señor. Se requiere de mucha gracia y misericordia de parte de Dios para que esto ocurra. El carácter no se forma de un día para otro. Pero si dicho obrero recibe la suficiente luz de parte del Señor y si sabe escuchar la voz constante de su Señor, Dios por Su misericordia reconstruirá en resurrección un nuevo carácter en él y los elementos naturales e indeseables de su persona serán restringidos y juzgados y no tendrán más cabida en su ser. A continuación mencionaremos algunas lecciones que todos los obreros experimentados del Señor han comprendido y han asimilado. Si alguno carece de alguna de estas lecciones, fracasará en su servicio.

UNO

La primera cualidad que mencionaremos es la capacidad para escuchar a otros. Todo obrero del Señor debe cultivar este hábito en su vida diaria. No me a refiero que deban oír a los demás en el sentido de obedecer lo que estos digan; a lo que me refiero es que deben saber escuchar a otros en el sentido de captar y entender lo que ellos dicen. Es muy necesario que este rasgo forme parte de la vida personal de todo obrero. Ningún obrero del Señor desempeñará bien su función si sólo le gusta hablar, pero no sabe escuchar a otros. La utilidad de tal obrero será muy limitada si sólo es como una ametralladora que habla incesantemente. Ningún obrero del Señor debe volverse uno que habla sin cesar, sino que debe aprender a escuchar a los demás y a comprender sus problemas, interesándose sinceramente por ellos. Si un cristiano acude a un siervo del Señor en busca de ayuda, el obrero, al escucharle, deberá ser capaz de discernir tres clases diferentes de palabras: las que la persona expresa, las que intencionalmente se reserva y no las dice, y las palabras que oculta en lo profundo de su espíritu.

Primero, debemos entender cabalmente lo que la persona realmente está diciendo. Para ello, debemos ser personas tranquilas delante del Señor, con una mente clara y un espíritu apacible. Nuestro ser interior debe ser como un papel en blanco delante del Señor. No debemos tener ningún prejuicio, ideas preconcebidas ni inclinación alguna. Tampoco debemos tomar ninguna determinación en particular ni emitir ningún juicio de nada. Al escuchar a la persona exponer su caso nuestra actitud debe ser perfectamente calmada delante del Señor. Debemos aprender a escuchar. Si hacemos esto, lograremos comprender el asunto que la persona está presentándonos.

No es fácil escuchar. Debemos preguntarnos cuánto entendemos realmente al escuchar a un hermano que trata de explicarnos su problema. En ocasiones, cuando varias personas escuchan un mismo caso, puede haber distintas interpretaciones del mismo asunto, tantas como el número de personas que lo escuchan. Una persona puede tener una impresión y otra algo distinto; cada cual forma su propia impresión. Sería desastroso si hubiera tantos conceptos diferentes con respecto a una verdad. Saber escuchar a otros requiere de un adiestramiento básico, y entender lo que otros tratan de expresar es uno de los requisitos fundamentales de todos los obreros. ¿Qué sucedería si alguien viniera a presentarle un problema esperando recibir ayuda, y usted no entendiera sus palabras? ¿Qué respuesta le daría si usted malentendiera por completo su problema? Tal vez le daría una respuesta inadecuada basada en lo que usted estaba pensando los últimos dos días. Algunos ponen su mente en un solo tema por un par de días, y cuando un hermano enfermo acude a ellos, le hablarán del asunto que los mantenía meditando, pues es lo único que ha ocupado su mente en esos días. Y cuando otro hermano, tal vez con buena salud viene a ellos, también le presentarán el mismo tema. Y si un tercer hermano, sin importar si se encuentra deprimido o gozoso, se acerca a ellos, también le hablarán de lo mismo. No tienen el hábito de sentarse en silencio a escuchar lo que otros tienen que decir. Si un obrero del Señor no sabe escuchar a otros, ¿cómo podría entonces brindarles alguna ayuda? Cuando otros hablen, debemos escucharlos cuidadosamente y entender lo que dicen. Nuestra función es más delicada que la de un doctor tratando de diagnosticar a un paciente, pues él cuenta con un laboratorio donde puede hacer pruebas que le ayudan a verificar sus varios diagnósticos, mientras que nosotros tenemos que diagnosticar todos los casos sin tal ayuda. Supongamos que un hermano viene a nosotros a contarnos sus problemas y nos habla por media hora de su caso. Si no somos capaces de escuchar atentamente lo que tiene que decirnos durante diez, veinte o treinta minutos, no podremos precisar la situación por la que está pasando, su trasfondo familiar ni la situación en la que se encuentra delante del Señor. Si no somos capaces de escucharlo ¿cómo podremos brindarle la ayuda apropiada? Todo

obrero del Señor necesita cultivar el hábito de escuchar; debemos tener la capacidad y la habilidad de sentarnos a escuchar y entender lo que otros nos dicen. Esto es muy importante, y es necesario que lo practiquemos con esmero. Tenemos que aprender a entender a otros desde la primera palabra que expresen. Tenemos que saber detectar claramente su condición y hacer un diagnóstico acertado de su caso. Tenemos que afinar nuestro discernimiento a fin de ser lo más acertados posible. Sólo entonces sabremos si somos la persona adecuada para brindar ayuda. En todo caso, cuando nos percatamos que el problema de algún hermano está más allá de nuestras posibilidades, debemos ser honestos y reconocer que no somos la persona indicada para ayudar en cierto asunto. No obstante, podemos discernir la posición de otros y la nuestra tan pronto como empiecen a hablar. El saber escuchar y entender lo que otros dicen, es lo primero que debemos hacer.

En segundo lugar, tenemos que escuchar y entender lo que ellos no nos dicen. Debemos aprender a discernir delante del Señor lo que las personas se reservan y no declaran. Debemos conocer lo que callan y lo que no dicen, es decir, las cosas que debían habernos dicho pero que las ocultan. Ciertamente, es más difícil percibir las cosas que no se declaran, que las cosas que se dicen abiertamente. Después de escuchar la primera clase de palabras, aún debemos escuchar la segunda clase, que son las palabras que no se dicen. Cuando alguien le habla a un obrero acerca de sus asuntos personales, es muy común que sólo presente la mitad del caso y se guarde la otra mitad. Esto representa una prueba para la capacidad de dicho obrero. Si el obrero no tiene discernimiento, no será capaz de detectar lo que la persona no dice. Tal vez proyecte pensamientos, atribuyéndole al otro sus propias ideas y pensamientos cuando en realidad nunca estuvieron en el corazón del que habla. Este problema surge de sus propios conceptos e ideas preconcebidas, que son atribuidas equivocadamente a la persona, aun cuando ésta no haya mencionado nada al respecto ni sea su situación en lo absoluto. Tenemos que ejercitar un discernimiento claro ante el Señor para comprender lo que la persona ha dicho y aun lo que se ha guardado. A menudo las personas omiten lo más crucial del asunto y dicen sólo cosas irrelevantes y alejadas de la verdadera situación. ¿Cómo podemos entonces discernir las cosas cruciales de un caso si no son reveladas? Sólo seremos capaces de saberlas si hemos sido disciplinados apropiadamente por el Señor. Cuando algún hermano venga a nosotros a decirnos algo, no sólo debemos entender lo que dice, sino también lo que no dice. Debemos saber, al menos a grandes rasgos, a lo que la persona se refiere aun cuando no lo diga explícitamente, y también saber lo que hay detrás de sus palabras. Entonces tendremos la confianza ante Dios para saber cómo ayudar, exhortar o reprender al hermano. Pero si por no saber escuchar cuidadosamente, no estamos seguros en nosotros mismos, sino que siempre estamos ansiosos por hablar, entonces no

podremos oír lo que otros nos dicen, y sólo tendremos la carga de hablar lo que nosotros tenemos que decir. De hecho, un obrero que no sabe escuchar, por lo general, es un obrero menos útil. Es un problema serio entre la gente el hecho que simplemente no pueden escucharse. No pueden discernir lo que otros se han reservado, debido a que son muy insensibles. No es posible esperar que tales personas puedan dar "el alimento a su debido tiempo" (Mt. 24:45).

En tercer lugar, debemos ser capaces aun de discernir lo que las personas dicen en su espíritu. Además de escuchar las palabras que una persona pueda expresar y las palabras que deliberadamente se reserva, tenemos que saber discernir lo que llamamos "las palabras que habla su espíritu". Siempre que una persona abre su boca para hablar, su espíritu también habla. El simple hecho de que la persona esté dispuesta a hablar, nos da la oportunidad de tocar su espíritu. Mientras su boca está cerrada, su espíritu permanece encadenado, y es difícil saber lo que su espíritu tiene que decir. Pero tan pronto habla, su espíritu encontrará la manera de expresarse por más que él trate de contenerlo. Nuestra habilidad para discernir lo que su espíritu dice dependerá de la medida en que nos ejercitemos en el Señor. Si estamos ejercitados, podremos discernir las palabras que ha dicho, detectar las que se reserva e incluso discernir las palabras de su espíritu. Mientras habla, discerniremos cuales son las palabras de su espíritu, y seremos capaces de interpretar las dificultades intelectuales y espirituales que enfrenta. Además, tendremos la seguridad de ofrecerle el remedio preciso para su caso. Pero si no estamos ejercitados, podremos oír el problema de un hermano durante media hora sin darnos cuenta de cuál es su verdadera enfermedad ni hallar el remedio apropiado para su caso.

Ésta es una necesidad desesperada de aquellos que están involucrados en la obra del Señor. Es lamentable que muy pocos creyentes sepan escuchar a los demás. Algunos pueden pasarse una hora entera hablando con un hermano; sin embargo, al final, éste tal vez no sepa ni de qué se le habló. Nuestra habilidad para escuchar es muy deficiente. Si no somos capaces de oír lo que las personas nos dicen, ¿cómo podemos oír lo que Dios nos dice? Cuando alguien se siente a hablar con nosotros debemos ser capaces de entender claramente todo lo que nos dice. Pero, si no somos capaces de entender las palabras de los hombres, dudo mucho que tengamos la habilidad para entender lo que Dios nos habla en nuestro interior. Si no podemos entender las palabras audibles del hombre, ¿cómo podremos entender las palabras que Dios nos habla en nuestro espíritu?

Si somos incapaces de diagnosticar la enfermedad, la condición y el problema de un hermano, ¿qué podremos decirle para ayudarlo? Hermanos y hermanas, no

consideren que esto es algo insignificante. Si no le prestamos la debida atención a este asunto y aprendemos a escuchar, seremos incapaces de ayudar a un hermano que se encuentre en necesidad, aun cuando fuéramos asiduos lectores de la Biblia, grandes expositores bíblicos u obreros poderosos. No sólo debemos ser predicadores que hablan; también debemos ser aquellos que pueden resolver los problemas de otros. Pero, ¿cómo podremos hacerlo si no sabemos escuchar lo que otros nos dicen? Tenemos que comprender la seriedad de este asunto. Hermanos y hermanas, ¿cuánto tiempo han invertido para desarrollar esta habilidad de escuchar a otros? ¿Han dedicado el tiempo suficiente para aprender esta lección? Tenemos que invertir tiempo para aprender a escuchar a las personas, oír lo que ellas dicen, lo que no dicen y aun oír lo que está en su espíritu. Muchas veces las palabras de una persona no corresponden a lo que hay en su espíritu. Muchas personas dicen algo con su boca, pero su espíritu testifica de otra cosa; finalmente, su boca no puede cubrir a su espíritu. Tarde o temprano su espíritu se revelará, y percibiremos la verdadera condición de tal persona. Sin tal discernimiento, será difícil brindarles ayuda apropiada a los demás. En el pasado escuché la historia de un doctor de edad avanzada que sólo tenía dos cosas en su botiquín de medicamentos: aceite de ricino y quinina. No importaba de qué se quejaran sus pacientes, él invariablemente prescribía la misma medicina; siempre aplicaba estas dos medicinas a todo tipo de dolencia. Asimismo, muchos hermanos tratan a sus “pacientes” de la misma manera. Ellos tienen una receta predilecta y sin importar la dolencia de aquellos que acuden por ayuda, siempre les hablarán según su línea especial. Tales obreros no pueden ofrecer una ayuda real a nadie. Todo aquel a quien Dios le confía Su comisión y Su obra debe tener la habilidad para entender lo que otros dicen tan pronto como estos abran su boca. Sin tal habilidad, no será posible tratar las enfermedades de nadie.

DOS

¿Cómo podemos desarrollar la habilidad de escuchar y entender?

Primero, no debemos ser subjetivos. Recuerde que la subjetividad es una de las razones principales que nos impide ser buenos oyentes. A toda persona que es subjetiva le es difícil entender lo que otros dicen. Si tenemos nuestros propios conceptos e ideas preconcebidas acerca de los demás, nos será difícil escuchar lo que nos dicen, porque nuestra mente ya estará ocupada. Si nuestras opiniones son tan fuertes, será difícil que las de otros logren penetrar en nuestra mente. Ésta es la situación de muchas personas que son demasiado subjetivas. Están tan persuadidas de sus propias ideas, opiniones y puntos de vista, que nada las puede hacer cambiar de parecer. Están decididas a dar su “aceite de ricino” a todo aquel

que acuda a ellas, sin importar cuán variadas puedan ser las necesidades de estos. Su única panacea es su “aceite de ricino”. ¿Cómo pueden así escuchar a los demás? Cuando los santos débiles vienen a ellos, no tienen ningún interés en descubrir cuáles son sus problemas; mas bien, se concentran en lo que ellos mismos quieren decir, y todo lo que tienen son sus propias ideas preconcebidas para amonestarlos. Confían plenamente en sí mismos e ignoran por completo los problemas de otros. ¿Cómo pueden así laborar para el Señor? Debemos pedirle al Señor que nos libre de esta clase de subjetividad. Debemos decirle: “Señor, sálvame de mis ideas preconcebidas cuando hablo con otros. No me permitas imponerles mi diagnóstico. No debo ser yo quien determine cuál es su enfermedad. Señor, muéstrame cuál es su verdadera enfermedad”. Así que, tenemos que renunciar a nuestra subjetividad y aprender a escuchar cuidadosamente lo que otros nos dicen, a fin de descubrir su problema.

En segundo lugar, nuestra mente no debe divagar. Muchos creyentes nunca han aprendido la lección de restringir su mente. Sus pensamientos fluyen sin control día y noche, nunca se enfocan en algo específico; ellos dejan que sus pensamientos vaguen sin rumbo. Acumulan tantas cosas en su mente, que no hay lugar para ningún otro asunto que alguien intente presentarles. Muchas personas son demasiado activas en su mente. Sólo tienen cabida para sus propios pensamientos, y no para considerar los pensamientos de otros. Como resultado, no pueden entender como piensan otros. No pueden aceptar los pensamientos de otros porque nunca han aprendido a silenciar su mente. Si queremos aprender a escuchar lo que otros dicen, primero tenemos que disciplinar nuestra propia mente. Si nuestra mente siempre está dando vueltas como un saltimbanqui, nada se alojará en ella. Para que un obrero del Señor aprenda a escuchar a los demás, requiere de una mente estabilizada. No sólo tiene que rechazar toda subjetividad, sino que también debe aprender a tranquilizar la actividad de su mente. Debemos aprender a pensar como otros piensan para entender lo que ellos dicen y para comprender lo que permanece oculto detrás de sus palabras. Si no somos capaces de hacer esto, no seremos de mucha utilidad para el Señor.

En tercer lugar, debemos aprender a entrar en los sentimientos de otros. Un requisito fundamental para entender las palabras de otros es poder identificarse con sus sentimientos. No podemos entender lo que otros dicen meramente entendiendo sus palabras; tenemos que ser capaces de sentir lo mismo que ellos sienten. Si alguien viene a nosotros con profundas aflicciones y angustias y nosotros mantenemos una actitud insensible, sin ser tocados por su dolor, nunca podremos ayudarle, no importa por cuánto tiempo lo escuchemos. Si nuestro sentimiento no puede igualarse al suyo, no podremos entender a lo que se está

enfrentando. Aquellos que nunca han sido quebrantados en sus emociones no son capaces de sentir lo que otros sienten. Una persona con sentimientos endurecidos no puede identificarse con los sentimientos de los demás, ni puede entender lo que otros dicen. Si no hemos sido quebrantados por Dios, no podremos cantar "aleluya" cuando otros expresan su gozo, ni podremos compartir sus sufrimientos cuando expresan su dolor. Seremos incapaces de identificarnos con sus sentimientos, y sus sentimientos nunca podrán conmovernos. Es por eso que tenemos que entender sus palabras.

¿Cómo podemos sentir lo que otros sienten? Para lograr esto tenemos que ser muy objetivos en cuanto a nuestros propios sentimientos. Podemos sentir algo, pero debemos ser objetivos acerca de nuestros sentimientos propios antes de tener la capacidad de sentir lo que otros sienten. Pero si estamos demasiado ocupados con nuestros propios sentimientos, no seremos lo suficientemente sensibles como para considerar los sentimientos de los demás. Debemos recordar que somos siervos de los santos por causa de Cristo. No solamente debemos dedicar nuestro tiempo y nuestra fuerza a ellos, sino también poner nuestro afecto a su disposición. Éste es un asunto crucial. No sólo tenemos que ayudarles a resolver sus problemas; además, debemos adaptar nuestros sentimientos a los de ellos. Nuestros sentimientos deben estar dispuestos a compartir en los sentimientos de otros. A esto se refiere la Escritura cuando dice que el Señor Jesús, quien fue tentado en todo igual que nosotros, puede compadecerse de nuestras debilidades (He. 4:15).

Hermanos y hermanas, nuestras emociones tienen que ser disciplinadas por el Señor a fin de que puedan estar disponibles a otros, pues si éstas son demasiado activas y sólo nos preocupamos por nuestros propios sentimientos, nunca podremos identificarnos con los sentimientos de los demás. Por lo tanto, no sólo debemos poner nuestro tiempo a disposición de los hermanos, sino también nuestras emociones. Esto significa que nuestro amor, alegría y dolor no deben estar ocupados sino disponibles cuando otros nos hablen. Si todo nuestro ser está ocupado por cierto sentimiento, no habrá espacio en nosotros para los sentimientos de nadie más; no tendremos la capacidad para satisfacer las necesidades de los demás. En cambio, si no estamos ocupados con nuestro propio gozo o tristeza, sino que estamos totalmente disponibles delante del Señor, entonces seremos capaces de entrar en los sentimientos de otras personas. Pero si estamos constantemente ocupados con nuestros propios sentimientos, estaremos demasiado preocupados por lo nuestro y no tendremos sentimientos por las otras personas que vengan a nosotros.

Dios tiene una norma muy elevada para los que le sirven. Un siervo del Señor no tiene tiempo para sentir gozo ni pena de sí mismo. Si somos complacientes con nuestro propio gozo y llanto, y nos preocupamos por nuestros propios gustos y aversiones, no tendremos cabida para las necesidades de otros. Debemos recordar que un siervo del Señor debe estar vacío interiormente, pues si nos aferramos a nuestros propios placeres y penas, quejándonos al soltar esto o aquello, estaremos demasiado ocupados como para cuidar de otros. Seremos como una habitación llena de muebles que no tiene espacio para acomodar nada más. Muchos hermanos y hermanas no pueden trabajar para el Señor porque han agotado todo su amor en sí mismos y no les queda nada para otros. Tenemos que comprender que las fuerzas de nuestra alma tienen un límite, al igual que hay un límite para nuestra fuerza física. Nuestra energía emocional no es ilimitada. Si agotamos las facultades de nuestra alma en una sola dirección, no quedará nada para encauzarla en otra dirección. Por esta razón, cualquiera que tenga un afecto desmedido por otra persona no puede ser un siervo del Señor. El Señor mismo dijo: "Si alguno viene a Mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas ... no puede ser Mi discípulo" (Lc. 14:26). Esto se debe el hecho de que cuando los amamos, agotamos todo nuestro amor en ellos. Tenemos que amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas (Mr. 12:30). Esto quiere decir que tenemos que darle a Dios todo nuestro amor. Es bueno darnos cuenta de que somos seres limitados en muchos aspectos y que nuestra capacidad es limitada. La capacidad de nuestro "vaso" tiene una medida; si lo llenamos con otros asuntos, no tendremos espacio para nada más. Estamos limitados por nuestra capacidad. Para entrar en los sentimientos de otros debemos tener los nuestros disponibles; nuestra mente y nuestras emociones deben estar disponibles para poder identificarnos con sus sentimientos. Si estamos llenos de tareas, no podremos prestar atención a las peticiones de otras personas, y si nuestro corazón está sobrecargado con nuestros propios asuntos, otros no podrán compartir sus cargas con nosotros. Por lo tanto, cuanto más disponibles estemos mayor será nuestra capacidad para recibir y ayudar a los demás. Los que se aman demasiado a sí mismos o a sus familias, tienen poco amor por los hermanos. La capacidad que tiene un hombre para amar es limitada; por lo cual, tiene que dejar otros amores antes de poder amar a los hermanos y entender el significado del amor fraternal. Sólo así seremos capaces de trabajar para el Señor.

El requisito fundamental de todo aquel que está involucrado en la obra del Señor es experimentar la cruz. Si alguien no conoce la cruz es inútil en la obra del Señor. Si usted no conoce la cruz, actuará siempre subjetivamente, sus pensamientos divagarán incesantemente y vivirá constantemente por sus sentimientos. Tenemos

que regresar al conocimiento de la cruz. Éste no es un camino fácil ni barato; hay que pagar un precio. Tenemos que recibir la disciplina fundamental del Señor. Sin dicho trato divino, no tendremos valor espiritual. Que el Señor tenga misericordia de nosotros y pueda aplicarnos Su disciplina, de tal modo que no permanezcamos complacientes en nuestra subjetividad. No deseamos tener pensamientos sin restricción, ni queremos ser insensibles a nuestros sentimientos. Un obrero del Señor tiene que estar abierto para recibir los problemas de otros. Si hacemos esto, entenderemos lo que otros nos dicen tan pronto como ellos vengan a nosotros. Entenderemos lo que no nos dicen, así como las palabras que tienen en su espíritu.

TRES

Lo primero que un obrero del Señor tiene que aprender es a escuchar a otros. Cuando un hermano, una hermana o un incrédulo estén hablando, no sólo tenemos que aprender a escucharle, sino también a pensar y a sentir como él. Además, debemos tratar de percibir incluso lo que ha callado y a discernir la condición de su espíritu. Si practicamos esto, gradualmente nuestra capacidad para escuchar y entender a las personas mejorará grandemente. Con el tiempo, entenderemos lo que otros están diciendo; al final lo sabremos tan pronto ellas abran su boca para hablar. Debemos recordar que nuestro ser interior debe ser como una página en blanco donde otros pueden escribir. Debemos estar en completa calma y vaciarnos de nuestros propios pensamientos, opiniones y sentimientos, y de todo elemento subjetivo, a fin de escuchar calladamente a las personas y entender lo que nos dicen. Lo más importante de un obrero del Señor no es la medida de conocimiento que posea, sino la persona misma. Nuestra persona es nuestro propio instrumento. Dios nos está usando para medir a otros. Si nuestra persona está mal, Dios no podrá usarnos. Nosotros no medimos a otros usando algo físico. Sería más sencillo si contáramos con un instrumento físico para medir a las personas. Por ejemplo, un termómetro puede medir la temperatura, pero en la obra del Señor, el único "termómetro" disponible es nuestra propia persona. El único instrumento que tenemos para valorar la condición de otros es nuestra misma persona. Por lo tanto, es muy importante la clase de persona que seamos. Si nuestra persona está mala nada saldrá bien. Somos los vasos de Dios, y si un vaso no funciona bien, Dios no podrá utilizarlo para tratar con otros. Es crucial saber escuchar a otros. Si sabemos escuchar a otros, conocemos su condición y entramos en sus pensamientos y sentimientos, entonces tendremos la manera de ayudarles.

Supongamos que alguien acude a usted y vierte todas sus penas. Si usted nunca ha sido quebrantado por el Señor, seguramente pensará en darle una gran cantidad de enseñanzas. Por lo general, éste es nuestro hábito. Cuando otros vienen a nosotros,

les damos enseñanzas en vez de tratar de diagnosticar cuál es su dolencia y enfermedad. Muchos de nosotros somos muy impacientes y no podemos esperar que los demás terminen de hablar. No podemos esperar que otros acaben de exponer su caso cuando ya les estamos dando soluciones. Sólo los dejamos decir dos o tres palabras, y ya les estamos dando enseñanzas y correcciones. Como resultado, ellos no reciben una verdadera ayuda.

Esto no significa que debemos permitir que la gente hable por tres o cinco horas mientras nosotros escuchamos atentamente y en silencio, pues hay algunos que lo único que pretenden es que otros los escuchen mientras ellos hablan interminablemente. Lo único que quieren es ser escuchados. Si este es el caso, debemos detener su incesante hablar. Sin embargo, hablando en términos generales, debemos darles el tiempo suficiente para hablar, debemos escucharles lo suficiente. Pero si contamos con la suficiente experiencia y el asunto está claro como para discernir su condición con unas cuantas frases que expresen, y si sabemos bien lo que debemos hacer con dicho caso, podemos detener su incesante palabrería. De lo contrario, debemos escucharles cabalmente, dándoles el tiempo que sea necesario. Esto no quiere decir que debamos escucharles por horas sin fin, sino que debemos invertir el tiempo necesario hasta entender cabalmente su condición. Tenemos que estar conscientes de lo compleja que es nuestra labor; estamos tratando con seres humanos vivos, y estamos resolviendo problemas vivos. Tenemos que tratar sus problemas delante del Señor. Si no podemos identificar tales problemas, no podremos ayudarles mucho. Es imposible juzgar antes de poder comprender cabalmente las implicaciones del problema. Recordemos que estamos tratando con seres humanos vivos, así que estamos confrontando problemas vivos. Mientras nos ocupamos de los problemas de tales personas delante de Dios, debemos permanecer en silencio y atentos al Señor, esperando recibir algo de Él. A menos que podamos hacer esto, encontraremos dificultades para brindarles ayuda. Muchos no son capaces de ayudar a las personas porque en principio no saben escucharlas. Necesitamos pedir la gracia del Señor para poder sentarnos y escuchar atentamente cuando otros hablan. Necesitamos escuchar con toda calma, inteligentemente y con atención, hasta entender completamente toda la situación. Una vez que entendamos lo que nos dice, el trabajo estará hecho. Debemos aprender a escuchar, y debemos escuchar hasta entender. No es cosa fácil hablar, y aun es más difícil escuchar. Lamentablemente muchos predicadores sólo están acostumbrados a hablar, pero les es muy difícil sentarse y escuchar. Sin embargo, nosotros tenemos que aprender bien esta lección.

Necesitamos ser alumbrados interiormente e invertir un tiempo considerable para aprender a escuchar a otros y ser capaces de percibir sus sentimientos. Si no

aprendemos bien esta lección, encontraremos dificultades en nuestro servicio. Tenemos que hacer lo posible por escuchar. Cuando una persona habla, ¿podemos oír lo que dice? ¿Entendemos sus palabras? Para entender las palabras de otros no basta con evitar las distracciones externas; además es necesario que el Señor trate con nuestro ser de una manera fundamental, es decir, que nuestra subjetividad, nuestros pensamientos y nuestros sentimientos sean disciplinados por Él. Podemos pasar por alto muchas cosas, pero nunca podemos hacer un lado Su disciplina básica, sin la cual nadie puede servir al Señor de una manera apropiada. Sin experimentar tal quebrantamiento de parte del Señor, no seremos capaces ni de leer la Biblia correctamente. Hay ciertos requisitos para leer la Biblia como es debido. Para leerla no basta con ejercitar la mente, porque se requiere mucho más que una mente ágil para leer la Biblia. La disciplina básica es imprescindible. Sin tal disciplina, sólo escucharemos superficialmente a las personas, pero estaremos en completas tinieblas internamente. No entenderemos nada. Un hermano puede hablarnos por una hora entera y al final no sabremos de que nos está hablando. ¿Cómo podemos esperar brindarle ayuda? Somos los vasos de Dios. Por tanto, debemos ser capaces de detectar cuando alguien está caliente o frío, sano o enfermo. Somos la vara de medir, pero cuando estamos mal daremos el diagnóstico equivocado.

Entre algunos obreros cristianos, prevalece la idea de que el requisito más importante en su servicio es la elocuencia. ¡Qué errados están! La obra del Señor guarda relación con nuestro espíritu y no solamente con nuestras palabras. Debemos ser capaces de discernir los problemas espirituales que acosan a los hermanos y hermanas y saber cómo resolverlos. Si no tenemos la percepción interior, no entenderemos su condición interna y no podremos brindarles la ayuda necesaria. ¿Cómo sabremos si un pecador ha sido salvo al predicarle el evangelio? ¿Podemos evaluar su condición solamente por sus palabras? ¿Son ellas el único medio para discernir la condición de una persona? No; conocemos la condición de una persona mediante nuestra percepción interior. ¿Cómo sabemos si una persona es del Señor? ¿Lo sabemos sólo porque afirma: “Creo en el Señor Jesús y soy salvo”? ¿Bautizamos a una persona solamente porque se ha memorizado una formula? No; nosotros juzgamos basados en nuestro sentir interior. Nosotros somos la vara de medir. Nosotros probamos a un incrédulo o a un hijo de Dios según esta vara. ¿Cómo podemos saber si la condición espiritual de un hijo de Dios es saludable? Si andamos en la luz del Señor, lo sabremos. Hermanos y hermanas, tenemos que ser disciplinados por el Señor hasta el grado en que podamos ser la vara con la que Él mida a los demás. Si estamos errados interiormente, emitiremos juicios equivocados, y si emitimos tales juicios, estropearemos Su obra. Ésta es la razón por la que necesitamos andar en la luz interior. Es una tragedia que muchos

hermanos y hermanas no sólo estén interiormente en tinieblas, sino que además sean incapaces de sentarse a escuchar a otros. Tenemos que aprender a estar calmados y a escuchar lo que otros nos dicen. Tenemos que abrirnos a ellos, permitiendo que sus asuntos entren en nuestro corazón. Debemos primero tener una percepción aguda antes de poder discernir los verdaderos problemas de otros. Sólo entonces podremos brindarles la ayuda apropiada.

CAPÍTULO DOS

DEBE AMAR A TODOS LOS SERES HUMANOS

UNO

El obrero del Señor debe amar a todos los seres humanos, no sólo a los hermanos. El rey Salomón dijo: “El que escarnece al pobre afrenta a su Hacedor” (Pr. 17:5). Dios creó todo el linaje humano; por lo tanto, todos los seres humanos merecen nuestro amor. Si un siervo u obrero del Señor carece de amor fraternal, o si sólo tiene amor para con los hermanos pero no para con todos los hombres, no es apto para servir al Señor. Para servir al Señor debemos tener amor, un afecto genuino, para con todos los hombres. Pero si sentimos enfado, molestia o menosprecio hacia las personas, no estamos calificados para ser siervos de Dios. Debemos estar conscientes de que a los ojos de Dios todos los hombres fueron creados por Él. Ciertamente el hombre ha caído, pero también ha llegado a ser el objeto de la redención del Señor. Aunque el hombre es terco por naturaleza, el Espíritu Santo ha escogido al hombre y ha determinado darle un toque personal. Aun el propio Señor Jesús se hizo hombre cuando vino a la tierra. Y se hizo un hombre igual que cualquiera; creció gradualmente desde la infancia hasta la madurez. La intención de Dios al encarnarse fue establecer la “norma” para el hombre, un hombre representativo en quien todos los planes de Dios pudieran realizarse. Después de la ascensión del Señor Jesús, la iglesia llegó a existir, la cual es el “nuevo hombre”. El plan completo de redención incluye que el hombre sea elevado y glorificado. Si realmente entendemos la Palabra de Dios, comprenderemos que el término *hijos de Dios* no es tan importante como el término *hombre,* y entenderemos que el plan de Dios, Su elección y predestinación, tienen como meta obtener un hombre glorificado. Cuando nos damos cuenta del lugar que ocupa el hombre en el propósito de Dios, y cuando vemos que todo el plan de Dios se centra en el hombre y comprendemos por qué el propio Señor se humilló a Sí mismo haciéndose hombre, aprendemos a valorar a todos los hombres. Cuando nuestro Señor estuvo en la tierra, dijo: “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45). La palabra del Señor dice claramente que el Hijo del Hombre vino a servir a muchos. En este pasaje,

"muchos" no se refiere a la iglesia ni a los hijos de Dios, sino a todos los hombres. Además, Él no dijo que el Hijo de Dios vino a servir, sino que fue el Hijo del *Hombre* quien vino. Aquí vemos la actitud del Señor para con el hombre.

Un problema serio de muchos que laboran en la obra de Dios es su falta total de amor y respeto para el hombre, y el fracaso que tienen de darse cuenta del valor que tiene el ser humano a los ojos de Dios. Tal vez sintamos que hemos logrado un gran avance por el hecho de que hemos empezado a amar a los hermanos, especialmente si antes no amábamos a nadie. Y debido a que ahora amamos un poco a los hermanos, pensamos que eso es un logro extraordinario. Pero hermanos y hermanas, esto no es suficiente. Necesitamos que Dios nos ensanche; tenemos que entender lo valioso que son todos los hombres para Dios. La edificación de nuestra obra espiritual dependerá de la medida de amor e interés que sintamos hacia las personas. Me gustaría saber si sólo mostramos interés en ciertas personas prometedoras y sobresalientes, o si realmente nos interesa el hombre en general. Éste es un asunto de gran importancia. El hecho de que el Hijo del Hombre viniera a la tierra implica que el Señor estaba intensamente interesado en el hombre; estaba tan interesado en el hombre que Él se hizo un hombre. El Señor estaba sumamente interesado en el hombre, pero ¿cuál es el grado de nuestro interés? Tal vez despreciemos a éste o aquel individuo; pero ¿cómo ve el Señor a esta gente? El Señor dijo que el Hijo del Hombre vino. Esto significa que Él vino entre los hombres como el Hijo del Hombre. También significa que Él tenía un interés por el hombre, que tenía un sentir por el hombre y que tenía un gran respeto por el hombre. El hombre es tan valioso para Él que asumió la posición de hombre para poder servir a los hombres. Es asombroso ver que muchos hijos de Dios tengan tan poco interés por sus semejantes. No es mucho lo que podamos hacer al respecto; sin embargo, tal apatía nos indigna. Hermanos y hermanas, ¿comprenden el significado de la frase *el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir*? Debemos considerar estas palabras delante del Señor. Ellas nos hablan del cuidado que Cristo tiene por el hombre. Hermanos y hermanas, es erróneo que alguien diga: "Estoy entre los hombres, mas no tengo ningún interés por ellos".

El interés por las personas es un requisito básico en la vida de todos los obreros. Esto no quiere decir que sólo debamos escoger a ciertos individuos y que debamos interesarnos y ser afectuosos exclusivamente con ellos, sino que debemos interesarnos en todos los hombres. Presten atención al Señor Jesús, cuya característica sobresaliente es que tenía sentimientos y amor por todos sin excepción. Él estaba tan interesado en el hombre que pudo decir: "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir". Si cuando vamos a cierto lugar, no tenemos la actitud de ser servidos por otros sino que nosotros vamos a servirles,

tendremos la misma actitud que menciona el Señor en este pasaje. Si hiciéramos esto estaríamos en la senda y la posición correctas. Hermanos y hermanas, los siervos de Dios no deben reservar su amor egoístamente sólo para los hermanos; un obrero del Señor que hace esto será un fracaso total. El amor fraternal no debe encabezar la lista, sino que debe ser algo adicional a nuestro amor por todos los hombres. Tenemos que amar a todos los hombres. Juan 3:16 dice: "Porque de tal manera amó Dios al mundo". ¿A qué se refiere la expresión *al mundo*? Se refiere a todas las personas de este mundo, incluyendo a los que no son salvos y aun aquellas que no tienen conocimiento de Dios. Dios ama al mundo; a toda la humanidad. Éste es el significado de la cláusula *de tal manera amó Dios al mundo*. Si Dios ama a todos pero usted no lo hace, o extiende su amor a alguien solamente después que llega a ser su hermano, su corazón es distinto al corazón del Señor y usted no está calificado para servir a Dios. Su corazón debe ensancharse al grado que ame a todos los hombres y se interese por todos los hombres. Si alguien es un ser humano, usted debe interesarse en él. Ésta es la única manera de servir a Dios.

DOS

El Señor Jesús dijo, "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir" (Mr. 10:45). En otras palabras, el Señor nunca pidió nada de los hombres. Del mismo modo, nosotros debemos interesarnos en los seres humanos y debemos apreciarlos. Además, no debemos sacar provecho de nadie, ni esperar ser servidos por los hombres. Mucho menos debemos avergonzar o herir los sentimientos de nadie. Hermanos y hermanas, por años nos hemos acostumbrado a dirigirnos a los seres humanos como "nuestros semejantes"; sin embargo, éste no debe ser un simple término, porque esto hace referencia a sentimientos. Por ejemplo, tenemos cierto afecto especial para los hermanos. Sentimos un amor fraternal para con los hermanos en Cristo; pero quisiera saber si sentimos lo mismo por todos los hombres, a los que llamamos "nuestros semejantes". ¿Realmente sentimos que ellos son "nuestros semejantes"? Si no tenemos tal sentir, no podemos servir a Dios. Todos los siervos del Señor deben tener tal corazón amplio. Nuestro corazón debe ser tan amplio que pueda incluir a todos los hombres. Los siervos de Dios deben ser capaces de albergar en su seno a todo el linaje humano. El mayor problema entre muchos obreros es que carecen de tal amor por el hombre. Aun su amor por los hermanos es escaso; mucho más, o casi inexistente, será su amor por todos los hombres. ¡Quizás en el mejor de los casos pueden amar sólo a uno de cada cien o incluso a uno de cada diez mil! Si ésta es nuestra condición, ciertamente no tenemos amor por la humanidad. Debemos tener presente que Dios es nuestro Creador y que todos nosotros somos Sus criaturas; todos son nuestros semejantes,

y todos somos seres humanos. Debemos ensanchar la capacidad de nuestro corazón para amar a todas las personas, a todos nuestros semejantes, ya que todos fueron creados por Dios. No debemos permitir que sufran, ni debemos aprovecharnos de ellos, ni tenemos que esperar ser servidos por ellos. El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir.

Hermanos y hermanas, no debemos aprovecharnos de otros en ninguna forma. Debemos comprender que es vergonzoso que un cristiano se aproveche de sus semejantes mientras está en la tierra. Es erróneo aprovecharse de los hermanos y es igualmente erróneo tomar ventaja de cualquier otro. En lo que se refiere a recibir de otros, la actitud básica de nuestro Señor fue que nunca permitió que los hombres le sirvieran. Él no tenía la menor intención de recibir nada de nadie. Debemos rechazar la actitud egoísta de recibir los servicios y bienes de otros a costa de su sacrificio y pérdida.

Los hijos de Dios nunca deben sacar provecho de nadie, no sólo porque el Señor lo prohíbe, sino porque todos los seres humanos son nuestros semejantes. Debemos comprender que todos los seres humanos son preciosos a los ojos de Dios. Si no cultivamos un interés genuino por el hombre, nuestra obra tendrá un valor muy limitado ante los ojos de Dios, sin importar cuán grande pueda parecer exteriormente. Dios anhela ver que Sus siervos ensanchen su capacidad e interés por todos los seres humanos. Ésta es la única manera de ser personas llenas de gracia, y es la única manera en que podemos servir al Señor.

TRES

Marcos 10:45 dice: "Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos." Lucas 19:10 dice: "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido". Por otra parte, Juan 10:10 dice: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia". El Señor Jesús vino a la tierra por causa del hombre. Según Marcos 10, Él vino a servir a los hombres al grado de dar Su vida para rescatarlos. El propósito de Su venida fue servir a los hombres, y en este servicio le fue necesario dar Su vida en rescate por ellos y eso es lo que hizo. El hecho de entregarse como rescate fue el acto más alto y supremo de Su servicio al hombre. El Señor dijo que el Hijo del Hombre no vino únicamente para ser el rescate por el hombre; sino aun más, dijo que Él vino "para servir". La meta de Su venida era servir a la humanidad. Él tenía un gran interés en el hombre y lo consideraba sumamente precioso y digno de Su amor y servicio. El Señor sirvió al hombre hasta tal grado que llegó a ser su Salvador a fin de satisfacer su necesidad. Esa fue la razón por la que dio Su vida como rescate. Si predicamos el evangelio del sacrificio del Señor al dar Su vida

como rescate, y no poseemos el mismo corazón de servicio que tiene el Señor, no somos dignos de ser llamados obreros Suyos. El hombre es precioso. Por esta razón, el Señor no dijo que "el Hijo de Dios" había venido a servir, sino que era "el Hijo del Hombre" quien había venido a servir. El Señor Jesús primero amó y sirvió a los hombres, y luego dio Su vida por ellos. El amor viene primero y el sacrificio de la vida viene después. Cuando laboramos entre los hombres, no podemos predicar acerca del sacrificio del Señor sin tener primero un amor genuino por ellos. No debemos pensar que podemos primero predicarles acerca de Su sacrificio y después amarlos una vez que hayan recibido al Señor. Si nosotros no estamos interesados por los hombres ni los consideramos preciosos como Dios los considera, y si no estamos conscientes de que todos somos criaturas de Dios, no podemos predicar acerca de Su sacrificio. Si nunca hemos sido afectados por la expresión *Dios creó al hombre* o tenemos poco sentimiento por esto, estamos incapacitados para predicar acerca del sacrificio de Cristo. Hermanos y hermanas, primero tenemos que amar a todos los hombres para después poder conducirlos al Señor. No podemos frenar nuestro amor hasta que ellos reciban al Señor o hasta que lleguen a ser nuestros hermanos. Lamentablemente, éste es un problema con muchas personas; ellos están carentes en cuanto a este asunto. Muchos no pueden amar a una persona hasta que ésta llega a ser un creyente. Hermanos y hermanas, ésta no es la manera en que nuestro Señor obra. Él primero amó, y luego dio Su vida. Aquellos que predicamos acerca de Su redención, debemos amar primero y después predicar acerca de Su redención. Nuestro Señor primero sirvió y mostró misericordia a los hombres, antes de dar Su vida como rescate por ellos. De la misma manera, nosotros debemos tener un verdadero interés por los hombres y considerarlos dignos de nuestro amor y gracia, antes de que les presentemos la redención del Señor.

Si Dios abre nuestro corazón para que podamos ver que somos compañeros entre todos los hombres, nuestra actitud hacia ellos cambiará radicalmente. Descubriremos que el hombre es encantador y precioso para nosotros. Hermanos y hermanas, necesitamos comprender lo precioso que es el hombre a los ojos de Dios, debido a que Él lo creó a Su semejanza. Incluso hoy, el hombre aún conserva la semejanza de su Creador. Así que, no podremos ser siervos del hombre si no lo tenemos como el objeto de nuestro afecto. Repito, debemos darnos cuenta de lo apreciable y valioso que es el hombre a los ojos de Dios. Muchos hermanos y hermanas tienen una actitud, temperamento y sentimiento totalmente erróneos hacia sus semejantes; los consideran una carga, fastidio o molestia. Este sentir es totalmente equivocado. Debemos aprender a ver al hombre como la creación de Dios, como poseedor de la imagen de Dios. Aunque el hombre haya caído, su futuro sigue siendo promisorio. Si valoramos y apreciamos al hombre, no sentiremos que

éste sea una carga, fastidio o molestia para nosotros. El Señor fue a la cruz por el hombre. ¿Puede nuestro amor ser menos que esto? Si somos afectados por el Señor en una manera genuina, y si realmente vemos la meta que el Señor tenía al venir a la tierra, espontáneamente concluiremos que el hombre es muy valioso. Es imposible que alguien tenga un conocimiento genuino del Señor y pueda menospreciar al hombre.

El hombre es digno de nuestro amor. Todos los pecados pueden ser perdonados, por lo que podemos ser comprensivos con todas las debilidades y actividades de la carne. Somos pecadores y sabemos lo que eso significa; sin embargo, al mismo tiempo, sabemos que el hombre es precioso. Hermanos y hermanas, debemos tener presente que el Señor no murió por los hombres debido a que ellos eran muchos. Él dijo que el Buen Pastor dejó a todas las ovejas para buscar a una perdida. En otras palabras, Él no vino a buscar y salvar a la oveja perdida porque habían noventa y nueve; el Buen Pastor vino por una oveja perdida. Aun si sólo hubiera una persona en el mundo que estuviera perdida, el Señor hubiera venido a la tierra a buscarla. Por supuesto, históricamente todos los hombres necesitaban la salvación. Pero en cuanto al amor que tenía en Su corazón, Él estaba dispuesto a venir por un solo hombre, por una sola oveja perdida. Otro pasaje de la Escritura muestra que el Espíritu Santo no empieza a buscar cuidadosamente porque se le hayan perdido diez monedas; sino porque se perdió una sola moneda. También, vemos que el padre no esperaba a su pródigo porque todos sus hijos se habían vuelto pródigos; más bien, Él esperó con los brazos abiertos el regreso de un hijo pródigo. En las parábolas de Lucas 15, vemos que en Su obra de redención, el Señor estaba dispuesto a gastarse libremente para satisfacer la necesidad incluso de una sola alma. Él no esperaba hasta que hubiesen muchos necesitados para entonces levantarse y empezar Su obra. Esto nos muestra el intenso amor que el Señor tiene para el hombre.

Hermanos y hermanas, si queremos servir al Señor de una manera apropiada, tenemos que cultivar un interés genuino por el hombre. Si no tenemos tal interés, no podremos hacer mucho, y si hacemos algo, nuestra obra estará muy limitada. Mientras seamos personas limitadas, no tendremos la capacidad para recibir a mucha gente. Además, a menos que tengamos un verdadero interés por el hombre y nuestros corazones sean ensanchados para ver el valor que tiene el ser humano a los ojos de Dios y el lugar que éste ocupa en Su plan, no podremos sondear cabalmente el significado de la redención. Sin este amor por la humanidad, no podemos pretender que criaturas tan débiles y deficientes como nosotros podamos tener parte en la gran obra de Dios. ¿Cómo alguien puede ser usado para salvar almas si no ama a las almas? ¿Cómo podríamos ser usados para salvar a los

hombres si no los amamos? Si esta gran carencia de amor por los hombres fuera quitada, muchas otras dificultades con respecto a los hombres se solucionarían. Tal vez nos parezca que algunas personas son demasiado ignorantes y que otras son demasiado duras de corazón, pero esta condición no debe impedir que las amemos. Si tenemos amor, jamás menospreciaremos a nadie, y Dios nos conducirá a tomar nuestro lugar como hombres entre todos nuestros semejantes.

Cuando algunos obreros cristianos de las áreas urbanas van al interior del país a laborar entre campesinos, tienen un desmedido aire de superioridad. Dicha actitud es despreciable. Nuestro Señor no dijo que el *Hijo de Dios* no sería servido por los hombres, sino que el *Hijo del Hombre* no sería servido por los hombres. Si hemos de ir a predicar el evangelio a cualquier parte, tenemos que ir como hijo del hombre. Sin embargo, ¡algunos obreros consideran que trabajar entre personas sencillas es una experiencia humillante! Es correcto humillarse, pero cuán erróneo es pensar que es humillante laborar entre personas de clase humilde. Si sentimos que es una humillación laborar entre personas de poca preparación, eso prueba que no somos lo suficientemente humildes y que nuestra humildad es fabricada, no es natural. Cuando nuestro Señor vino a la tierra, los hombres sólo lo conocían como el hijo de María y el hermano de Jacobo, José, Judas y Simón. Ellos sólo lo conocieron como un hijo de hombre. Hermanos y hermanas, tenemos que ser hombres auténticos. Cuando estemos entre la gente, de ninguna manera debemos dar la impresión que somos superiores a ellos, porque así no debe comportarse un cristiano. Cuando estemos entre nuestros semejantes, debemos tener la actitud de que somos uno más entre ellos. No debemos dar la impresión de que estamos condescendiendo o que estamos haciéndoles un favor al relacionarnos con ellos. Si hacemos esto, no somos aptos para servir a nadie, y nuestra manera de servir está totalmente equivocada. Sólo podremos servir a los hombres si nosotros mismos somos hombres. Nunca debemos dar la impresión de que siempre estamos humillándonos o que somos personas diferentes. Si otros tienen esa impresión acerca de nosotros, ello demuestra que no somos siervos de Dios. Para servir al Señor, debemos vaciarnos genuinamente de nuestro yo. Si cuando hablamos con personas de menos preparación que nosotros, guardamos nuestras distancias, les estamos dando a entender que no somos uno de ellos.

No podremos servir a Dios a menos que seamos capaces de humillarnos al nivel mas bajo; jamás debemos creernos superiores a otros. Ningún hermano ni hermana debe menospreciar a una persona sólo porque tiene poco conocimiento, pues ambos ocupamos la misma posición en la creación, en la redención y en el plan de Dios. La única diferencia entre nosotros y un incrédulo es que nosotros conocemos al Señor. Hermanos y hermanas, nuestra actitud está errada en muchas

formas. Tenemos que tornarnos por completo de tal actitud errónea y entender que todos los seres humanos son iguales a los ojos de Dios. Nuestro Señor vino a la tierra por todos y cada uno de los hombres. Así que, debemos humillarnos por amor de ellos, y nunca clasificar a nadie basándonos en la medida de preparación que posean.

Tal vez ustedes digan: "La ignorancia de los hombres no me presenta problemas, pero mi dificultad radica en la relación que puedo tener con personas que son engañosas, pecaminosas o muy bravas. ¿Cuál debe ser mi actitud hacia ellos?". Bueno, sólo debe mirar retrospectivamente a su vida pasada y preguntarse si usted era mejor que ellos antes de que la gracia de Dios lo alcanzase ¿Cuánto mejor que ellos sería usted hoy sin la gracia de Dios? ¿Quién lo ha hecho más santo que ellos? Cuando se examina fuera de la gracia se dará cuenta que no hay diferencia entre usted y ellos. ¿Qué nos hace distintos de ellos aparte de la gracia? Sólo podemos inclinarnos delante de Dios y decir: "Yo soy igual que ellos, nada más que un pobre pecador". Sólo la gracia de Dios puede enseñarnos a humillarnos hasta tocar el polvo y decir: "Señor, Tú eres el que me ha salvado". La gracia nunca nos conducirá a exaltarnos, sino a reconocer que somos iguales a cualquier persona caída y pecadora. Es la gracia de Dios y no nosotros mismos, la que nos separa de ellos. Si lo que tenemos, lo hemos recibido, ¿por qué nos gloriamos como si no lo hubiéramos recibido? Si la gracia es lo único que nos hace diferentes, no tenemos ninguna base para exaltarnos. Así que debemos darle más gracias; debemos pasar tiempo agradeciendo al Señor por la gracia que hemos recibido, que gastar tiempo en gloriarnos de nosotros mismos. Debemos entender que a los ojos de Dios somos iguales a todos los hombres. Por tanto, debemos amarlos, y si tal vez nosotros los rehuimos por sus pecados, aún así debemos salir a verlos con un corazón ensanchado, movidos por el amor hacia ellos a fin de traerlos al Señor.

CUATRO

Ciertamente cada siervo de Dios tiene su propia característica y función específica para Dios, pero no debemos olvidar que, sin importar cuán diferentes puedan ser las funciones de cada uno, todos los verdaderos siervos de Dios son iguales en algo que es fundamental: todos están interesados, intensamente interesados, en los hombres. Cuanto más ensanchado sea el corazón de un hermano y más interés tenga en los seres humanos, mayor será su utilidad en las manos de Dios. Hermanos y hermanas, debemos tener un interés por la humanidad, porque si no lo tenemos sino que más bien somos indiferentes a ellos, ¿cómo podremos predicarles el evangelio? Nosotros estamos aquí para relacionarnos con ellos, para ganarlos y salvarlos. Pero si no tenemos ningún interés por los hombres, ¿cómo

hemos de realizar nuestra labor? Ningún doctor se aleja de sus pacientes, y ningún maestro rehuye a sus alumnos. ¡Es extraño que siendo predicadores del evangelio, al mismo tiempo tengamos temor de relacionarnos con la gente! Si hemos de trabajar para el Señor, debemos tener un interés por el hombre. Esto no debe ser algo por obligación, sino por un verdadero interés en tener contacto y comunicación con ellos. No debería ser necesario que alguien nos diga que debemos relacionarnos o comunicarnos con los hombres. Todo obrero debe sentir en su corazón que el hombre es muy valioso y precioso. Hermanos y hermanas, debemos comprender que todos los hombres fueron creados y son amados por Él. Dios los desea, y dio a Su Hijo unigénito por ellos con la expectativa de que recibieran Su vida al creer en Él. La única diferencia entre nosotros y los incrédulos es que nosotros hemos creído en Él. Esta es la razón por la que tenemos que ayudarles a creer. Debemos cultivar un gran interés por ellos. Si hacemos esto, se abrirá ante nosotros un campo ilimitado de oportunidades para servir al Señor, y bajo la misericordia de Dios, llegaremos a ser siervos con los que Él pueda contar.

Hermanos y hermanas, para servir al Señor de una manera apropiada, tenemos que tomar la senda correcta. Debemos tener presente que a los ojos de Dios todos tienen un espíritu. En este aspecto todos somos iguales; todos tenemos el mismo rango, porque todos tenemos un alma y un espíritu. Así que, al relacionarnos con cualquier persona que posea un alma y un espíritu, debemos amarle y esforzarnos por servirle. Si hacemos esto, nuestra actitud será muy diferente al encontrarnos con cualquier persona en la calle. Cuando un hombre recibe la iluminación de Dios para ver que ha sido engendrado por el mismo Padre que sus hermanos, él desarrollará un aprecio especial por ellos. Del mismo modo, un obrero necesita ser iluminado para ver que él ha sido creado por el mismo Dios que creó a todos sus semejantes. Tal iluminación producirá en él un aprecio distinto por cada ser humano con el que se encuentre. Entre los santos, tenemos el sentir de que somos hermanos y hermanas, pero ahora necesitamos tener una iluminación más intensa para ver que todos somos compañeros entre los seres humanos. Todos los hombres son igualmente valiosos, queridos y dignos de nuestro servicio. Si tenemos esta actitud, tocaremos las cosas de Dios mientras estamos en la tierra hoy y nos identificaremos con el mismo sentir que Dios tiene para con la humanidad, ya que toda Su atención siempre se dirige hacia el hombre. Todos los hombres fueron creados por Dios, y de entre ellos podemos rescatar a algunos para que formen parte de Su iglesia. La meta de Dios es la iglesia, pero la atención de Dios se enfoca en el hombre. Él quiere ganar al hombre. Ningún obrero del Señor puede menospreciar a ningún hombre, ya que todos poseen un alma y un espíritu, y si lo hacemos, sea en actitud o conducta, somos indignos de ser llamados siervos de Dios. Si queremos servir al Señor de una manera apropiada, no debemos

despreciar a ningún alma; sino aun más, tenemos que aprender a ser siervos de todos los hombres. Tenemos que aprender a servir a todos en todas las cosas y servirlos con un corazón dispuesto.

Muchos tienen el hábito de menospreciar a aquellos que consideran inferiores a ellos, mientras que adulan a los que estiman mejores que ellos. Es vergonzoso encontrar tal actitud entre los obreros de Dios. No debemos menospreciar a nadie sólo porque nos parezca menos que nosotros en alguna forma. Debemos considerar a los hombres en la posición que Dios les da y valorarlos como Dios los valora. Si no resolvemos este asunto, no podremos servir a Dios. Comprender lo valioso que es el hombre es un asunto muy importante y que causa mucha alegría. No debemos perder de vista cómo el Señor vino a morir por todos los hombres; si vemos esto, el mismo carácter que le llevó a sufrir tal muerte por los hombres, hallará eco en nosotros, y sentiremos lo mismo que el Señor siente por ellos y coincidiremos con el Señor en que el hombre merece todo nuestro amor e interés. A menos que experimentemos esto, no podremos identificarnos con el sentir del Señor ni podremos laborar para Él.

CAPÍTULO TRES

ESTAR DISPUESTOS A SUFRIR

UNO

Además de los rasgos del carácter que ya hemos mencionado, todo obrero cristiano debe estar dispuesto a sufrir (1 P. 4:1). Esto es crucial. Antes de considerar este asunto desde un punto de vista positivo, primero veamos el concepto cristiano que comúnmente se tiene acerca del sufrimiento.

La enseñanza de las Escrituras es muy clara: la intención de Dios no es que Su pueblo sufra. Existe cierta filosofía que fomenta el sufrimiento físico como un medio para privar al cuerpo de todo disfrute. Los partidarios de esta filosofía sostienen que cualquier tipo de disfrute es malo. Como obreros del Señor y como aquellos que le representan, tenemos que entender claramente que dicha filosofía no debe hallar cabida en la mente de los creyentes. La Palabra misma afirma que Dios no tiene intención de que Sus hijos sufran. La Biblia dice que Dios no nos niega ningún bien. El Salmo 23:1 declara: “Jehová es mi Pastor, nada me faltará”. Las palabras *nada me faltará* no quieren decir que nunca tendremos necesidades; más bien, significan que no tenemos necesidad de pedir nada, porque el Señor es nuestro Pastor. Lo que el salmo 23 nos dice es que, cuando tenemos al Señor como nuestro Pastor, nada nos falta. En otras palabras, Dios no tiene la intención de que

nos falte nada, sino que Su intención es que estemos llenos. Él no nos quitará ningún bien. La Biblia entera nos presenta un cuadro del cuidado amoroso que el Señor tiene para con nosotros. Él cuidó de Sus fieles, alivió sus angustias y dolores, y trazó una clara distinción entre Su pueblo y las naciones. La tierra de Gosén siempre fue diferente al resto de Egipto; la bendición de Dios siempre estuvo allí. Por otro lado, debemos prestar atención a nunca introducir ningún tipo de filosofía ascética en el cristianismo. Una vez que introducimos en los creyentes algún elemento ajeno, los confundiremos.

Habiendo dejado claro esto, debemos también entender que Dios no exonera a Sus hijos de pruebas o castigos; de hecho, Dios prueba y disciplina a Sus hijos. Sin embargo, tenemos que hacer una clara distinción entre esto y las diferentes formas de ascetismo. En circunstancias comunes, Dios siempre bendice, cuida, sostiene y suple a Sus hijos, pero cuando le es necesario castigar y probar a Sus hijos, no titubea en hacerlo. Esto no significa que los ponga a prueba todos los días, sino que Él disciplina a Sus hijos sólo cuando sea necesario; no lo hace todos los días ni a cada momento. Él no les está enviando pruebas y castigos, constantemente. A menudo recurre a tales métodos, pero no los aplica todo el tiempo. Al contrario, en circunstancias normales siempre los cuida y los provee. Por supuesto, cuando somos testarudos Él permite que nos sobrevengan pruebas y castigos, pero bajo Su provisión normal, Él lleva a cabo lo que comúnmente tiene que hacer. Tenemos que entender claramente que Dios no desea vernos sufrir, sino que reserva todas las buenas cosas para Sus hijos. Por lo que, podemos disfrutar todas las provisiones que Él nos ha dado.

Entonces, ¿a qué se refiere la Biblia cuando habla de sufrimiento? En la Biblia, el sufrimiento se refiere a una elección voluntaria que uno hace delante del Señor. El Señor ha dispuesto que todos nuestros días estén llenos de bendiciones de gracia, pero nosotros, a fin de servirle y de ser Sus siervos, elegimos el camino del sufrimiento. Por consiguiente, el camino del sufrimiento es un camino que se escoge. Los tres valientes de David pudieron haberse quedado al lado de él donde estaban seguros, pero cuando le oyeron expresar su deseo de tomar agua del pozo de Belén, ellos arriesgaron sus vidas e irrumpieron por el campamento de los filisteos a fin de sacar esa agua (2 S. 23:14-17). El sufrimiento es un asunto de elección, no de imposición. Nosotros escogemos el camino del sufrimiento. Sufrimos voluntariamente por servirle a Él. Según el plan de Dios podemos evitar muchos sufrimientos; no obstante, por causa de servirle a Él, preferimos con gusto un camino diferente al de la gente común. Eso es lo que significa estar dispuestos a sufrir. Tener esta manera de pensar es una necesidad fundamental en el carácter de un siervo de Dios. Sin tal disposición, tendremos poco resultado en nuestra obra, y

lo que podamos hacer será muy superficial y de poca calidad. Si un obrero del Señor no tiene la disposición de sufrir, él no puede hacer nada ante los ojos de Dios. Hablemos de varios puntos relacionados con este asunto.

DOS

Tenemos que darnos cuenta de que sufrir y estar dispuestos a sufrir son dos cosas muy diferentes. Tener la disposición para sufrir implica tener el deseo de sufrir voluntariamente por Cristo, lo cual significa que tenemos el corazón y la disposición para soportar aflicciones por causa de Él. Este es el significado de estar dispuestos a sufrir. Puede ser que aquellos que tienen la disposición para sufrir no necesariamente estén sufriendo. Sin embargo, mentalmente están preparados para enfrentar cualquier sufrimiento con fortaleza. Por ejemplo, el Señor puede ponernos en circunstancias en las que seamos provistos de comida, ropa y una vivienda bien amueblada. Lo que estamos diciendo no implica que no podamos disfrutar de todas estas cosas que Él nos ha provisto. Si el Señor nos ha dado tal provisión, podemos aceptarla de parte del Señor. Pero interiormente aún debemos estar dispuestos a sufrir por Él. Aunque no estemos sufriendo físicamente, debemos estar dispuestos a ello. No es necesario que suframos externamente, pero internamente debemos estar dispuestos a ello. ¿Estamos dispuestos a sufrir aun cuando las circunstancias sean cómodas y favorables? Tal vez el Señor no disponga que suframos todos los días, pero como obreros Suyos no podemos carecer de la disposición para sufrir, ni siquiera por un solo día. Es posible que no experimentemos sufrimiento todos los días, pero diariamente debemos estar preparados para sufrir.

El problema es que muchos hermanos, y aun familias de obreros cristianos, desean escabullirse apenas les llega alguna aflicción. No están dispuestos a sufrir. Cuando el Señor les provee circunstancias favorables, un suplir material abundante y buena salud, ellos le sirven con gozo. Pero tan pronto como experimentan carencias o aflicción, todo su ser se desploma. Esto implica que no están dispuestos a sufrir. Si no tenemos una disposición para sufrir, no somos capaces de soportar prueba alguna.

Tener la disposición para sufrir significa que siempre estamos preparados delante del Señor para sufrir. Significa que estamos listos para sufrir y que aun escogemos el camino del sufrimiento. Si el Señor no permite que nos sobrevenga algún sufrimiento, eso es asunto Suyo, pero de nuestra parte siempre debemos estar listos para sobrellevarlos. Cuando el Señor cambia Su curso de circunstancias y nos sobrevienen pruebas adversas, debemos aceptarlas como algo normal y no verlo como algo extraño. Si sólo aceptamos las buenas provisiones del Señor pero no

somos capaces de aceptar ninguna prueba, sino que nos descarriamos por cualquier inconveniente y dejamos de laborar, significa que no tenemos la disposición para sufrir. Debemos recordar que nuestra obra no espera por nosotros; debe realizarse cuando haya comida y cuando no la haya; cuando tengamos buena ropa y cuando no la tengamos; cuando nos sintamos gozosos y cuando estemos afligidos; cuando tengamos buena salud y cuando estemos enfermos. Las Escrituras nos muestran que debemos armarnos con una mente que esté preparada para sufrir; es decir, que nuestra mente debe ser un arsenal, un arma para nosotros. Esta clase de mentalidad es un arma poderosa contra la cual Satanás no puede prevalecer. Sin esta mentalidad, nuestra obra cesará tan pronto como experimentamos contratiempos y aflicciones.

Hay algunos hermanos que aunque soportan sufrimientos, no tienen idea de la preciosidad de sus sufrimientos y pasan por ellos sin sentir nada de gratitud hacia el Señor. Incluso hasta murmuran y se quejan constantemente, esperando el día en que sean liberados de su sufrimiento. Ellos oran pero nunca alaban. No aceptan de corazón la disciplina del Espíritu que les ha sobrevenido. Por el contrario, oran para que esos días de prueba pasen rápidamente. Su actitud delata su falta de disposición para sufrir. Hermanos y hermanas, si durante los tiempos de paz no tenemos la disposición para sufrir, sólo seremos aptos para viajar por los caminos cómodos. Una vez que el camino se torne escabroso, abandonaremos el servicio del Señor. Esto no hará que progresemos mucho. Permítanme repetir: tener una disposición para sufrir es muy distinto al sufrimiento mismo. Si contamos con una disposición para sufrir, el Señor no necesariamente nos enviará sufrimientos, pero cuando enfrentemos situaciones adversas estaremos preparados interiormente y no retrocederemos. Aquellos que sufren no necesariamente tienen la disposición para sufrir. Muchas personas sufren sin estar dispuestas a sufrir. Entre los que sufren, puede haber unos que estén dispuestos a sufrir, y otros que no lo estén. Muchos hermanos y hermanas cuando enfrentan sufrimientos y aflicciones, se quejan y piden ayuda día tras día. Oran todos los días para ser liberados de su aflicción. No están dispuestos a sufrir en lo absoluto; están sufriendo, pero no tienen la disposición para ello. Los hermanos y hermanas que están pasando sufrimientos por causa de su salud, sus finanzas o con otros asuntos, deben entender que para el Señor lo único que es precioso es la disposición para sufrir. Él no le presta atención al hecho de que estemos sufriendo. Por lo que no debemos pensar que estamos sufriendo por el Señor simplemente porque estamos pasando por pruebas. Puede ser cierto que nuestra situación no sea placentera, pero ¿cuánto estamos dispuestos a sufrir? ¿Cuánto de este sufrimiento es por nuestra propia elección? ¿O lo único que hacemos es murmurar, guardar resentimientos, sentir lástima por nosotros mismos y justificarnos? Es posible que experimentemos un gran número de

angustias y penurias sin estar dispuestos a sufrir. Tener la disposición para sufrir es algo mucho más profundo que el sufrimiento en sí. Quizás aquellos que tienen el corazón para sufrir no pasen ningún sufrimiento externo y que aquellos que están sufriendo externamente no tengan ninguna disposición para sufrir. Hermanos y hermanas, ¿pueden ver la diferencia? Es como decir que aquellos que son pobres en cosas materiales no necesariamente son pobres en sus espíritus. Muchas personas son materialmente pobres, pero no lo son espiritualmente. Del mismo modo, muchos hermanos y hermanas ciertamente están sufriendo sin tener interiormente ninguna disposición para ello. Si el Señor les diera la opción de escoger, definitivamente escogerían no sufrir en lo absoluto, no digamos por un mes, ni por un día, ni siquiera por un solo minuto de su tiempo. No tienen ninguna disposición para sufrir. Si alguien no está dispuesto a sufrir, no puede avanzar en su obra. Cuando las demandas externas vayan más allá de su habilidad interna, simplemente se echará atrás. Cuando una situación requiera de un esfuerzo adicional, no contará con las fuerzas necesarias para hacerlo. No será capaz de abandonar sus propios tesoros; sólo podrá llevar a cabo un trabajo sencillo en un ambiente propicio. Es necesario que el Señor le quite todos los obstáculos para poder trabajar cómodamente. Es sorprendente ver que muchos siervos del Señor tengan tal demanda.

Debemos entender con claridad lo que significa estar dispuestos a sufrir. Es posible que un hermano que viva en tranquilidad esté más dispuesto a sufrir que uno que vive en tribulaciones. El primero puede estar preparado a sufrir por el Señor; y el segundo, aunque pase por más sufrimientos, no tiene el deseo de sufrir por el Señor. Tal vez las circunstancias de uno presenten pocas dificultades, mientras que el otro esté en gran aflicción. Hablando humanamente, pareciera que el que está en gran aflicción es el que está sufriendo, pero a los ojos del Señor, tiene más valor el que tiene la disposición para sufrir, aunque experimente menos dificultades. No debemos pensar que el sufrimiento en sí mismo nos hace aptos para servir. Debemos recordar que para satisfacer las demandas de Dios se requiere que estemos dispuestos a sufrir. Tenemos que armarnos de esta disposición. Si no la tenemos, no hay posibilidad de pelear la guerra espiritual, pues tan pronto como enfrentemos problemas, retrocederemos, y tan pronto suba el precio a pagar, nos rendiremos. Apenas el Señor permita que enfrentemos algo de aflicción, emprenderemos la retirada. Lo importante no es cuánto sufrimiento experimente una persona, sino cuán dispuesta esté para sufrir. Según nuestro concepto natural, concluiríamos que un hermano que sufre mucho conoce la gracia de Dios en mayor medida, pero muchas veces cuando nos encontramos con ese hermano, no recibimos ninguna ayuda de él. Muy pronto podremos darnos cuenta de que él no está dispuesto a sufrir; sólo sufre de mala gana. Si se le diera a escoger, evitaría las

pruebas tan pronto como le fuera posible. A lo mejor, realmente esté sufriendo, pero no ha cedido al sufrimiento y pasa a través de tal experiencia renuentemente. No ha aprendido ninguna lección ante el Señor e internamente está lleno de rebeldía. Esto nos muestra que estar dispuestos a sufrir es muy diferente al sufrimiento mismo. Lo que el Señor atesora es que tengamos una disposición para sufrir, una actitud consciente de que estamos preparados para sufrir, y no la experiencia del sufrimiento en sí misma. No podemos reemplazar la disposición para sufrir con el sufrimiento mismo.

TRES

Ahora debemos considerar algunos problemas comunes que encontramos en la obra del Señor. Supongamos que nuestra obra enfrenta dificultades financieras. ¿Qué debemos hacer cuando Dios nos pone a prueba haciéndonos pasar por escasez material? Si la carencia económica nos hace interrumpir nuestra obra, ciertamente el Señor pondrá en duda nuestra labor. Probablemente Él se pregunte: “¿Cuáles son tus motivos para servirme?”. Hermanos y hermanas, el éxito en nuestra obra depende en gran parte de si estamos dispuestos a sufrir. No podemos abandonar la obra simplemente porque se nos presente un pequeño inconveniente o porque una pruebita nos moleste. Ningún siervo de Cristo puede estipular que saldrá a laborar siempre y cuando salga el sol, pero se quedará en su casa cuando llueva. Si tenemos una mente dispuesta a sufrir, desafiaremos las dificultades, las adversidades, las enfermedades e incluso la muerte. Si tenemos una mente dispuesta a sufrir, podremos hacerle frente al diablo y declarar: “¡Seguiré adelante sin importar lo que me pase!”. Pero si tenemos algún temor, Satanás siempre nos amenazará y nos derrotará con aquello a lo que le tememos interiormente. Si decimos: “¡No temo al hambre!”, Satanás no podrá hacernos nada enviándonos hambre; simplemente tendrá que huir. Si decimos: “¡No le temo al frío!”, el enemigo tampoco podrá hacernos nada enviándonos un clima frío, y tendrá que huir nuevamente. Pero si decimos: “¡Le temo a la enfermedad!”, Satanás de seguro nos enviará enfermedad, porque él sabe que esa enfermedad nos desanimará. En cambio, si decimos: “¡No le temo a la enfermedad!”, él no podrá hacernos nada. Si no tenemos una disposición para sufrir, Satanás usará aquello a lo que más le tememos para atacarnos, y seremos derrotados. Todo siervo de Dios tiene que estar bien preparado para sufrir y no temerle a nada. Cuando nos acontezca esto o aquello, debemos persistir. Tenemos que persistir cuando le sobrevengan pruebas a nuestra familia o cuando nos enfermemos. Tenemos que persistir aun cuando pasemos hambre o frío. Si interiormente tenemos esta actitud, Satanás no podrá hacernos nada porque estamos dispuestos a sufrir. Pero si no tenemos esta disposición para sufrir, caeremos tan pronto Satanás nos haga frente con aquello

mismo a lo que le tememos. Si este es el caso, retrocederemos en la obra de Dios y llegaremos a ser inútiles.

Hermanos y hermanas, debemos declararle al Señor: “Por causa de Tu amor y el poder de Tu gracia, me comprometo a hacer la obra sin importar las consecuencias, ya sea el cielo o el infierno. ¡Esta será mi posición, nada me hará desistir de ello!”. Si no tenemos tal manera de pensar, Satanás aprovechará nuestra debilidad para acabar con nosotros y comprobar que no somos capaces de nada. Tenemos que orar pidiendo misericordia a fin de conocer lo que significa tener una mente dispuesta a sufrir. Tener una mente dispuesta a sufrir equivale a tomar la determinación de estar del lado del Señor, no importa lo que el futuro nos depare ni las circunstancias que podamos afrontar. Nuestra disposición para sufrir no necesariamente nos lleva al sufrimiento. Es posible que no suframos, pero tal convicción interior siempre estará presente. Si no existe tal convicción y determinación en nosotros, una pequeña dificultad nos derrotará; pero si tenemos esta convicción, ya sea que tengamos problemas o no los tengamos, eso nos tendrá sin cuidado. ¿Entienden lo que estoy diciendo? El camino del servicio para un cristiano no es necesariamente un camino de sufrimiento, sino uno en el que debemos estar dispuestos a sufrir. Si este es nuestro caso, podremos darle gracias al Señor cuando Él nos provee alimento y vestido, y también podremos darle gracias si no nos lo provee. Estas cosas no significarán mucho para nosotros; es lo mismo que tengamos abundancia o escasez. Debemos entender que por ser creyentes no tenemos que ir en búsqueda de sufrimientos. Sin embargo, ciertamente debemos tener una mente dispuesta a sufrir. El cristiano debe estar preparado para llevar a cabo su tarea sin importar que haya dificultades en el camino o no. No retrocede ante ninguna dificultad. Si no resuelve el asunto de su disposición, no podrá resolver ningún otro asunto. Supongamos que usted tiene que viajar. Si se encuentra físicamente débil, es de esperar que requiera de una cama más cómoda que la que necesita una persona saludable. Pero si dice: “Yo debo tener una cama cómoda porque no estoy tan saludable”, usted será vulnerable ante el enemigo en ese particular; así que, él le dará una cama incómoda. Mas si usted tiene una mente dispuesta a sufrir, no le dará importancia al asunto de la cama y continuará con su obra. Sin embargo, no habrá virtud alguna si se le provee una cama cómoda, y usted la rechaza y prefiere dormir en el piso. Si el Señor le provee una cama confortable, acéptela, y si Él le da una cama incómoda, también acéptela. Usted debe continuar con su labor sin importar cuán mala sea la cama. Jamás debe abandonar su labor por causa de una cama. Esta actitud es lo que la Biblia quiere decir con tener una mente dispuesta a sufrir. Algunos hermanos tienen muy escasas provisiones materiales en su vida. Sin embargo, esto no necesariamente significa que ellos tengan más disposición para sufrir. No debemos

pensar que los cristianos que viven en circunstancias poco favorables tienen por consecuencia más disposición para sufrir que aquellos que viven en circunstancias más favorables. Sólo aquellos que se han consagrado al Señor tienen realmente una disposición para sufrir. Una mente dispuesta a sufrir no es limitada por nada; no tiene fondo. Supongamos que al ir a cierto lugar uno tenga que dormir en el piso y que en otro lugar no tenga ni eso, sino que su cama sea un poco de paja en el fango. ¿Qué haría usted? Algunos se esfuerzan por dormir en una cama así y ellos de hecho están sufriendo, pero su sufrimiento tiene un límite. Tal vez puedan tolerar un piso duro, pero nada más. Ellos parecen decirles a los demás que se han rebajado demasiado y que ya no pueden rebajarse más. Esto es tener la experiencia de sufrir sin tener la disposición para ello. Algunos hermanos pasan sus vidas con relativa comodidad y disfrute, pero son capaces de ajustarse a normas de vida más bajas y estar contentos con ello. Son capaces de dormir en un piso duro como también en un lecho de paja. No se quejan, y con gozo toman lo que se les ofrece. Esto es lo que significa tener una disposición para sufrir. Dios está llamándonos para que tengamos una disposición para sufrir. Debemos recordar que esto no es un asunto meramente de sufrir, sino de tener una disposición para sufrir. Para servir al Señor se requiere de una mente dispuesta a sufrir; de lo contrario, Dios no puede usarnos. Aquellos que no son capaces de sufrir se derrumban ante la más leve prueba; abandonan su obra tan pronto como Satanás pone alguna dificultad en su camino. Hermanos y hermanas, ¿pueden ver esto? Contar con una mente dispuesta a sufrir significa tener la habilidad de bajar el nivel de vida de una manera incondicional.

Además, no es una cuestión de cuánto suframos, sino cuál es el grado de sufrimiento que podemos soportar. El sufrimiento no es una necesidad, pero estar dispuestos a sufrir sí lo es. La intención del Señor no es mantenernos en sufrimientos, sino forjar en nosotros una disposición para sufrir. Ningún hermano o hermana que esté aprendiendo a servir al Señor será fuerte si no cuenta con esta disposición para sufrir. Si no tenemos tal disposición, seremos el más débil de todos los hombres. Tan pronto enfrentemos alguna dificultad, brotará la autocompasión. Lloraremos y nos quejaremos, diciendo: “¿Por qué me sucede esto a mí?”. En cierta ocasión, una hermana quien había estado sirviendo al Señor por años fue a ver a otra hermana que estaba llorando, y le preguntó: “¿Por quién estás derramando lágrimas?”. Muchas personas sólo lloran por sí mismas. Ellas se consideran a sí mismas muy queridas y valiosas y se lamentan por su situación; pero las lágrimas que derraman son por ellas mismas. Tales personas son las más débiles de todo el mundo; se derrumban tan pronto se enfrentan con el más leve desafío.

Lo importante cuando llegan las pruebas y las aflicciones es en dónde ponemos nuestro corazón. Por un lado, está nuestro sufrimiento; por otro, está la obra del Señor. Si no tenemos una mente dispuesta a sufrir, de inmediato sacrificaremos la obra del Señor. ¡Estaremos muy ocupados compadeciéndonos de nosotros mismos y preocupándonos por nuestra persona, que no nos quedará la energía suficiente para ocuparnos de la obra del Señor! Hermanos y hermanas, tenemos que aprender a desarrollar una disposición para sufrir. Si abandonamos la obra, ciertamente nuestros sufrimientos terminarán, pero también es cierto que la obra sufrirá pérdida. Si carecemos de una mente dispuesta a sufrir, Satanás puede lograr que en cualquier momento sacrifiquemos nuestra obra y la abandonemos. Debemos recordar delante del Señor que estamos aquí para respetar y sostener la gloria de Dios. Dios puede determinar que vivamos o que muramos, pero de nuestra parte debemos ser fieles a nuestra responsabilidad. No podemos abandonar nuestra obra; debemos persistir hasta el fin. No deseamos ver que los hermanos y hermanas pasen por sufrimientos. Hasta donde sea posible, es bueno que ellos se ocupen de satisfacer sus necesidades diarias con moderación. No les pedimos que busquen sufrir deliberadamente, ni le imponemos sufrimientos a nadie. Nuestra esperanza es que Dios supla todas nuestras necesidades. Pero debemos darnos cuenta de que es muy necesario tener una disposición para sufrir. Por un lado, tenemos que creer que Dios no retiene ningún bien para con nosotros; por otro lado, es necesario que tengamos una disposición para sufrir. Si no la tenemos, nos derrumbaremos tan pronto como enfrentemos dificultades y contratiempos en nuestras vidas.

CUATRO

Naturalmente surge una pregunta: ¿Hasta qué punto debemos estar preparados para sufrir? La norma que establece la Biblia es: “Sé fiel hasta la muerte” (Ap. 2:10). En otras palabras, tenemos que estar preparados para cualquier sufrimiento, incluso para sufrir la muerte. Por supuesto, no queremos ser extremistas, pero no hacemos concesiones en cuanto a estar dispuestos a sufrir. Si hubiera, preferiríamos dejar que el propio Señor lo haga todo, o incluso preferiríamos que la iglesia o los hermanos más maduros nos equilibren en este asunto. Por nuestra parte, tenemos que entregarnos del todo. Si nosotros mismos transigimos, ¿cómo podríamos ser eficientes en nuestra obra? No tendríamos manera de seguir adelante. Si valoramos mucho nuestra vida y andamos con cautela todo el tiempo, no lograremos hacer mucho en la obra de Dios. Todos tenemos que ser fieles aun hasta la muerte. Este es nuestro camino. El Señor no ha de sacrificar nuestra vida sólo porque le prometimos ser fieles hasta el fin. No obstante, la preservación de nuestra vida es un asunto que depende del Señor, no de nosotros mismos.

Solamente del Señor depende arreglar todo lo que nos suceda. De nuestra parte, tenemos que estar preparados para sacrificarnos. Debemos estar preparados para enfrentar cualquier clase de sufrimiento. Hermanos y hermanas, si aman mucho su vida, no podrán ser fieles hasta la muerte. Aquellos que son fieles hasta la muerte no aman tanto su propia vida. Este es el requisito básico que nos impone el Señor. Nuestra disposición para sufrir debe ser tan fuerte, que podamos decir: "¡Señor, moriré por Ti! No me interesan las circunstancias que pueda haber alrededor de mí. ¡Estoy dispuesto a dar mi vida por Ti!". Hermanos y hermanas, sin tal determinación, cesaremos de laborar tan pronto vengan las dificultades. Todo obrero del Señor tiene que aprender a no amarse a sí mismo. Aquellos que se aman a sí mismos están limitados en su obra. Cuando llegan a cierto punto, se detienen. Dios busca hombres que le sirvan incondicionalmente, y desea que ellos estén dispuestos a poner su vida a un lado para servirle. No se preocupen si se van a un extremo. Eso es algo completamente distinto. De nuestro lado, no debemos preocuparnos por hacer provisión para nosotros mismos, sino por tener una disposición absoluta para sufrir. Permítanme repetir: No tenemos que sufrir, pero debemos tener una disposición para ello. Siempre tenemos que estar listos para echar a un lado toda preocupación o ansiedad. Tenemos que echar a un lado las dificultades externas e incluso estar dispuestos a sacrificar nuestra propia salud. Si nos amamos desmedidamente y tenemos temor de consagrarnos en forma absoluta no podremos lograr mucho. Tenemos que decirle al Señor: "Estoy dispuesto a consagrarlo todo. De ahora en adelante, ningún sufrimiento me privará de servirte. ¡Esta es mi elección, no importa lo que venga, sea muerte, vida, sufrimiento o gozo!".

Hermanos y hermanas, sólo una cosa es efectiva: un servicio que es fiel hasta la muerte. Mientras más mantengamos esta posición, menos daño podrá hacernos Satanás. No tendrá lugar donde huir. Aquellos que se aman a sí mismos están realmente atados por ellos mismos. Apenas sufren un poco, comienzan a llorar y quejarse interminablemente. ¡Se aman demasiado a sí mismos! Si dejamos de amarnos tanto a nosotros mismos, el llanto y las quejas desaparecerán. Hermanos y hermanas, como aquellos que hemos tomado este camino, tenemos que renunciar a nuestras propias vidas. Si hemos de tomar este camino, debemos decirle al Señor: "Puede ser que el camino que haz ordenado para mí no sea uno de sufrimiento; no obstante, estoy listo para enfrentar cualquier sufrimiento". Perdónenme por repetir esto una y otra vez, pero tenemos que darnos cuenta de que aunque nuestro sufrimiento sea limitado, nuestra disposición para sufrir debe ser ilimitada. La medida de sufrimiento que el Señor nos ha asignado puede ser limitada, pero debemos estar listos para sufrir de forma ilimitada. Si nuestra disposición para sufrir es limitada, significa que no tenemos una mente para sufrir, y que no

podremos ir muy lejos. Esta es una demanda muy elevada, pero eso es lo que el Señor busca. Cualquier cosa que sea menos que esto, indica que no somos aptos para servirle a Él. No debemos pensar que nuestra disposición para sufrir se limita a una pequeña dosis de sufrimiento. No es así, sino que la disposición para sufrir no tiene límites; ni siquiera es limitada por la muerte. Si bajamos la norma, no resistiremos ninguna tentación de parte de Satanás. "Y ellos le han vencido por causa de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y despreciaron la vida de su alma hasta la muerte" (Ap. 12:11). Si nuestra conciencia no nos condena, si somos capaces de declarar nuestro testimonio de victoria en la cara de Satanás y si despreciamos nuestra vida del alma hasta la muerte, sus ataques contra nosotros serán inútiles. Él no puede luchar contra una persona que no intenta ni siquiera preservar su propia vida. Conocemos la historia de Job. Satanás lo atacó porque dudó que Job no tuviera el deseo de preservar su propia vida. El enemigo le dijo a Jehová: "Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero extiende ahora Tu mano, y toca su hueso y su carne y verás si no te maldice en Tu cara" (Job 2:4-5). Satanás sabía que podía derrotar a Job si éste tenía el más mínimo amor por su propia vida. El pasaje de Apocalipsis muestra que Satanás no puede derrotar a alguien que menosprecia la vida del alma hasta la muerte.

Es aquí donde muchos siervos de Dios han fracasado. Ellos aman su propia vida. Permítanme preguntarles: ¿Qué es más importante: preservar nuestra vida o preservar la obra del Señor? ¿Es nuestra propia vida más importante que nuestra responsabilidad? ¿Cuál es más importante: salvar almas o salvar nuestras propias vidas? ¿Es más importante, nuestra propia vida o la iglesia de Dios? ¿Es más importante el testimonio de Dios en la tierra o nuestra propia vida? Nadie que consiente en amarse a sí mismo es apto para servir a Dios. Aun aquellos que están sufriendo tal vez no sean aptos para servirle. Sólo los que están dispuestos a sufrir, quienes tienen una capacidad ilimitada para experimentar sufrimientos y que desprecian su vida del alma hasta la muerte, pueden servirle. Hoy tenemos que consagrarnos de nuevo al Señor. No nos consagramos al sufrimiento, pero sí estamos listos para sacrificarlo todo. Es posible que el Señor no quiera que perdamos nuestra vida, pero debemos tener la convicción de que despreciamos nuestra vida del alma hasta la muerte. Hermanos y hermanas, muchos fracasos en la obra han sido causados por la pereza del hombre, por tratar de protegerse a sí mismos y por procurar su auto-preservación. No pensemos que los ojos del mundo o los ojos de los demás hermanos y hermanas están ciegos y no ven estas cosas. Cuando salimos a la obra, todos observan si estamos consagrados totalmente o no. Si retenemos algo para nosotros mismos o si tomamos el camino de hacer concesiones, otros lo verán. Hermanos y hermanas, cuando el Señor nos llama, Él

desea que dejemos todo. Que el Señor nos conceda Su gracia para que ninguno de nosotros se sobreestime a sí mismo, ni ame su vida del alma. Tenemos que aprender a no amarnos ni auto-compadecernos. Éste es nuestro camino; si no lo tomamos, nuestra obra estará limitada. El grado de nuestra disposición para sufrir determinará la medida de trabajo espiritual que desarrollemos. Si nuestra disposición para sufrir es limitada, nuestra obra espiritual también será limitada, la medida en que seamos bendición para otros será limitada, y el resultado de nuestra obra en general también será limitado. No hay medida más precisa para medir la bendición de Dios que el grado de nuestra disposición para aceptar sufrimientos. Si tenemos una capacidad ilimitada para sufrir, experimentaremos la grandeza inagotable de Su bendición.

CAPÍTULO CUATRO

GOLPEAR EL CUERPO Y PONERLO EN SERVIDUMBRE

UNO

En 1 Corintios 9:23-27 dice: "Todo lo hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él. ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno solo recibe el premio? Corred así, para ganar. Todo aquel que compite en los juegos, en todo ejerce dominio propio; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera lucho en el pugilato, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado".

El versículo 23 declara: "Todo lo hago por causa del evangelio". Esto comprueba que este pasaje alude al camino que debe tomar un predicador del evangelio, o sea, un siervo del Señor. El versículo 27 añade: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre". Este es un requisito básico que el siervo de Dios se impone a sí mismo. Los versículos del 24 al 26 nos muestran cómo Pablo golpeaba su cuerpo y lo hacía su esclavo.

Quiero aclarar también que cuando Pablo hablaba de golpear su cuerpo y ponerlo en servidumbre, no estaba de acuerdo de ninguna manera con el ascetismo, ni estaba de acuerdo con los que, bajo la influencia del ascetismo, enseñan que nuestro cuerpo es un estorbo, el cual debemos tratar de deshacernos. Los ascetas creen que el cuerpo es la fuente del pecado y que para resolver este problema uno tiene que tratarlo severamente, pero la Biblia no enseña que el cuerpo sea un

estorbo, y mucho menos que sea una fuente de pecado. Más bien, nos dice que nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo (6:19) y que el día viene cuando nuestro cuerpo será redimido y glorificado. Cuando hablamos de "golpear el cuerpo", jamás debemos pensar en esa enseñanza del ascetismo. Si introducimos tal pensamiento en el cristianismo estaríamos creando otra religión. Esto no es lo que predicamos. Repudiamos la idea de que el cuerpo sea un estorbo o la fuente del pecado. Ciertamente reconocemos que el cuerpo nos puede llevar a pecar, pero no por eso decimos que el cuerpo sea la fuente del pecado. No importa cuán drásticamente tratemos con nuestro cuerpo, aún podemos pecar.

En 1 Corintios 9 Pablo confronta a los obreros cristianos en cuanto al problema de sus cuerpos. El versículo 23 dice: "Todo lo hago por causa del evangelio". Esto significa que cuando él habló esta palabra, lo hizo asumiendo la posición de un predicador del evangelio. ¿Qué es lo que Pablo hacía por causa del evangelio? Los versículos del 24 al 26 nos lo muestran. En el versículo 27 Pablo señala que lo que él hacía era golpear su cuerpo. De acuerdo con el texto griego, la palabra golpear significa "abofetear en la cara hasta hacer un moretón". Golpear nuestro cuerpo y hacerlo un esclavo significa ponerlo en servidumbre y "golpearlo" tanto que obedientemente se vuelve nuestro esclavo, cediendo a la voluntad del predicador del evangelio. (Por supuesto, esto no significa golpear literalmente nuestro cuerpo físico, de acuerdo con la expresión: "duro trato del cuerpo" mencionada en Colosenses 2:23). Pablo dijo que él hacía esto debido a que: "no sea que habiendo yo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado". Esto nos muestra que golpear el cuerpo y ponerlo en servidumbre es la manera básica en la que todo siervo de Dios debe vivir. Todo siervo de Dios debe andar conforme a esta norma básica: su cuerpo tiene que ser sometido a servidumbre. Si su cuerpo no es sometido a esclavitud, no puede servir a Dios. ¿Cómo resolvió Pablo el problema de su cuerpo? Golpeándolo y poniéndolo en servidumbre. El versículo 27 nos presenta el tema, y los versículos del 24 al 26 nos dan la explicación de dicho tema, ya que en tales versículos vemos cómo Pablo golpeaba su cuerpo, lo cual él declaró en el versículo 27. Ahora, consideremos este pasaje punto por punto.

DOS

El versículo 24 dice: "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren?". Para mostrarnos este asunto Pablo usó el ejemplo de un corredor que participa en una carrera. El servicio al Señor y la labor que un cristiano efectúa para su Amo pueden compararse con una carrera. Todos estamos participando en esta carrera, esto es obligatorio. Nadie está exonerado. "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno solo recibe el premio? Corred así, para ganar". Sólo

uno de los corredores recibe el premio. Pero en nuestro caso, si todos corremos, todos recibiremos el premio. Esta es la diferencia entre una carrera deportiva y nuestra carrera. Pablo usó el ejemplo de una carrera, y tal ejemplo nos conduce al versículo 25.

El versículo 25 dice: "Todo aquel que compite en los juegos, en todo ejerce dominio propio". Este es el punto que Pablo recalca: a fin de competir, es necesario pasar por un entrenamiento. Se tiene que ejercer dominio propio en todo. El atleta no puede comer lo que desee ni dejar de comer como desee. No puede dormir todo lo que desee ni desvelarse a su gusto. Todos los atletas que compiten en los juegos llevan una disciplina muy estricta durante su entrenamiento. Son disciplinados estrictamente en cuanto a su dieta y su horario de descanso. Antes de iniciar la competencia, tienen que seguir normas estrictas, tales como no beber ni fumar, y una vez que comienzan a competir tienen que seguir reglas aún más estrictas. Por esto el versículo 25 dice que todo aquel que compite, en todo ejerce dominio propio. Algunos pueden pensar que es difícil dejar de fumar, beber o practicar sus pasatiempos favoritos, pero cuando un deportista se prepara para una carrera, tiene que ejercer un control sumamente estricto sobre su propio cuerpo. "Todo aquel que compite en los juegos, en todo ejerce dominio propio". ¿Cuáles son las cosas en las que tiene que ejercer dominio propio? Tiene que ejercer dominio propio en las demandas que su cuerpo le hace. No puede permitir que su cuerpo le haga demandas ni puede darle demasiada libertad. Debe reservar su cuerpo para una sola cosa: correr la carrera. Su cuerpo no es para comer, arreglarse, fumar, beber ni dormir, sino para correr. Muchos corredores tienen que abstenerse de comidas dulces o las que contengan mucho almidón. Esto no quiere decir que éstas sean dañinas o inútiles, sino que se abstiene de ellas porque no lo ayudan en su carrera. Para ser un corredor, uno tiene que ejercer dominio propio en todo. El versículo 27 habla de golpear el cuerpo, y es aquí, en este versículo, que el cuerpo es introducido en la discusión. El cuerpo tiene que estar bajo control, tiene que obedecer. Todas las facultades del cuerpo son reservadas para una sola cosa: correr, y correr de tal manera que lo lleve a obtener el primer premio.

El versículo 25 continúa: "Ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible". Los corredores ejercen mucho dominio propio para obtener una corona corruptible. Pero nosotros que vamos en pos de una corona incorruptible, ¿no creen que deberíamos ejercer mucho más dominio propio? La corona corruptible hace referencia a las guirnaldas de flores de los griegos, que se marchitaban a los tres o cinco días. Un corredor tenía que someterse a largos períodos de entrenamiento a fin de tener la oportunidad de ganar tal corona corruptible. Pablo dijo: "Ellos, a la verdad, para recibir una corona

corruptible, pero nosotros, una incorruptible". Debemos prestarle atención a la comparación de Pablo. Los corredores griegos corrían en la pista de carreras, mientras que nosotros corremos en el mundo. Su carrera consistía en ejercitar su cuerpo, mientras que nuestra carrera es nuestro servicio a Dios. En aquella carrera, sólo uno recibía el premio, pero en nuestra carrera, todos podemos recibirlo. Su premio era una corona corruptible, pero el nuestro es una corona incorruptible. Estos son diferentes contrastes de estas carreras. Sin embargo, una cosa es cierta en ambas: se tiene que ejercer dominio propio en todo. En ambos casos se requiere el dominio propio. Ellos ejercieron dominio propio para ganar en una carrera; nosotros lo ejercemos para predicar el evangelio. Puede ser que las metas sean muy diferentes, pero la disciplina impuesta al cuerpo es igual. Ellos tenían que ejercer dominio propio para correr la carrera y, como cristianos, nosotros también tenemos que ejercer dominio propio en nuestra vida cristiana.

El versículo 26 dice: "Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera lucho en el pugilato, no como quien golpea el aire". Esto significa que Pablo no estaba corriendo sin tener una meta; él sabía hacia dónde iba. Él dice que golpeaba su cuerpo. Esto quiere decir que al boxear él no golpeaba al aire, sino que golpeaba su propio cuerpo. Debemos considerar el versículo 26 junto con el versículo 27. El primero nos dice que Pablo no carecía de meta. No corría en cualquier dirección según otros le señalaban, sino que corría con una dirección definida. Tampoco, cuando golpeaba, lo hacía al aire. Luego en el versículo 27, él inmediatamente indica que estaba golpeando su cuerpo. Le estaba pegando a su propio cuerpo. Anteriormente señalamos que golpear significa pegar, dejar moretones en todo el cuerpo. No es un golpe ordinario, sino una golpiza severa. Los golpes comunes no producen moretones. Pablo trató con su propio cuerpo de una manera dura para que éste llegara a estar bajo su control. Lo hizo para que su cuerpo fuera su esclavo. Esto significa que no permitiría que su cuerpo fuera indulgente; antes bien, lo puso bajo su control.

La meta de tal ejercicio es hacer que el cuerpo sea un esclavo, y el medio para hacerlo es golpearlo. Golpeamos nuestro cuerpo a fin de que éste pueda ser nuestro esclavo. Hermanos y hermanas, si no vencemos en este asunto, sería mejor ni siquiera intentar tocar la obra de Dios, sino esperar tres o cinco años hasta aprender esta lección. Todo siervo de Dios tiene que aprender a someter su cuerpo bajo su control. La Biblia nos muestra que un obrero del Señor es como un corredor. Tal vez disfrute mucho de la obra, pero será de poco provecho si su cuerpo no está bajo su control. Servir al Señor no es algo sencillo; no es solamente un asunto de predicar sermones desde un podio. No hay tal cosa. Pablo aquí nos muestra que sólo aquellos que golpean su cuerpo y lo ponen en servidumbre

pueden servir al Señor. Si nuestro cuerpo no es capaz de obedecer, necesitamos más entrenamiento de parte del Señor. No pensemos que el hecho de tener cierta aspiración nos hace aptos para servir al Señor. Los obreros de Dios tienen que golpear su cuerpo y ponerlo en servidumbre. Si su cuerpo no les obedece, serán de poca utilidad en la obra.

TRES

¿Qué significa poner a nuestro cuerpo en servidumbre? A fin de entender este asunto, primero necesitamos saber cuáles son las demandas propias de nuestro cuerpo. Sólo mencionaremos algunos ejemplos prácticos como el alimento, el vestido, el descanso, el sueño, la comodidad y el cuidado especial en tiempos de enfermedad. Tales cosas son demandas normales de nuestro cuerpo. Hacer que el cuerpo sea nuestro esclavo implica que, mediante largos períodos de golpearlo en nuestra vida normal, lo podemos poner bajo nuestro control cuando tengamos que correr una carrera. Si le exigimos poco a nuestro cuerpo en tiempos normales, nuestras piernas, pies, pulmones y todos los demás órganos no estarán bajo nuestro control en el momento de la carrera, y no podremos cumplir con las exigencias que ésta demanda. Se requieren largos períodos de entrenamiento a fin de hacer que nuestro cuerpo nos obedezca. Sin tal entrenamiento nos será imposible dirigir nuestro cuerpo cuando la demanda del momento la requiera. Si carecemos de este entrenamiento en tiempos ordinarios, y si nunca hemos golpeado o disciplinado nuestro cuerpo, éste no se someterá a nosotros cuando sea el tiempo necesario. Cuando nos dispongamos a trabajar, descubriremos que nuestro cuerpo no nos obedece, y entonces no podremos satisfacer las demandas del cuerpo ni tendremos control sobre él.

No debemos pensar que lo único que necesitamos para ocuparnos en la obra del Señor es tener cierta medida de espiritualidad. No, aún nos falta resolver el asunto de nuestro cuerpo. Pablo nos mostró cuán real es este problema. No estoy hablando de tener un cuerpo sano, sino de si somos el amo de nuestro propio cuerpo o no. ¿Nos obedecerá nuestro cuerpo? Si nuestro cuerpo no nos obedece, no podemos servir a Dios en el evangelio. Esta clase de entrenamiento no puede completarse en poco tiempo. Algunos problemas espirituales se pueden resolver en un instante, pero golpear el cuerpo requiere de tres, cinco o hasta diez años. Aquellos que han desarrollado el hábito de llevar una vida suelta, requieren imponerse mucho más una disciplina más estricta.

Por ejemplo, en circunstancias ordinarias el cuerpo nos demanda dormir. Dormir no es malo ni pecaminoso, y la demanda ciertamente es legítima. Dios ha dividido el día comenzando con la noche a fin de proveer al hombre una oportunidad para

descansar. Es correcto que el hombre descanse. Si el hombre no durmiera, ¿cómo podría trabajar? Pero si queremos golpear nuestro cuerpo y hacerlo nuestro esclavo, no debemos insistir en dormir durante los tiempos que se requiera velar. Esto es lo que significa hacer de nuestro cuerpo un esclavo. Supongamos que yo programo dormir ocho horas diarias. Es correcto que cuide mi cuerpo de esta manera. Sin embargo, a fin de golpear el cuerpo y hacerlo un esclavo, debo actuar de una manera como si estuviera golpeándome a mí mismo y obligando a mi cuerpo a seguir mis instrucciones. Debo entrenarme hasta tal grado que si decido no dormir hoy, lo pueda cumplir. Cuando el Señor estuvo en el huerto de Getsemaní tomó a tres de Sus discípulos consigo y les dijo: "Velad conmigo". Al regresar los encontró dormidos y le dijo a Pedro: "¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?" (Mt. 26:38, 40). El Señor quería que ellos velaran con Él, pero ellos se quedaron dormidos. No pudieron velar con el Señor ni siquiera por una hora. ¿Es incorrecto dormir? No; dormir es legítimo y necesario, pero si el Señor requiere que velemos con Él y no podemos vencer sobre esta necesidad "legítima", obstaculizaremos Su obra. Si no podemos renunciar a la necesidad legítima de dormir, no podemos servir a Dios. Esto no quiere decir que un siervo de Dios tiene que privarse de dormir noche tras noche. Esa sería una vida de ángel. Nosotros no somos ángeles y requerimos de un buen descanso durmiendo cada noche, pero a fin de aprender a seguir al Señor y a golpear nuestro cuerpo, debemos aprender a renunciar al sueño por una o dos noches cuando sea necesario. Esto es lo que significa hacer de nuestro cuerpo un esclavo.

¿Qué significa correr la carrera? ¿Corre una persona todos los días y todos los minutos del día? Andar es algo normal, pero correr es algo extraordinario. Andar es una necesidad diaria; normalmente caminamos a un paso normal. Sin embargo, el correr no es algo que hagamos a diario. En una carrera deportiva tenemos que acelerar el paso. Nuestro cuerpo tiene la capacidad normal de caminar, pero al correr se le requiere al cuerpo un esfuerzo adicional. Cuando corremos, la capacidad normal del cuerpo tiene que ser forzada a alcanzar la medida de una necesidad que es adicional. En tales ocasiones, el cuerpo necesita obedecer. Al correr, el cuerpo requiere una energía adicional además de la que necesita para sus funciones normales. La carrera le impone al cuerpo una demanda adicional. Durante los tiempos normales en que caminamos, la demanda impuesta a nuestro cuerpo no es muy rigurosa, pero dicha demanda se vuelve extenuante cuando el cuerpo tiene que correr. Bajo el mismo principio, en tiempos normales, necesitamos ocho horas de sueño, pero si nuestra obra requiere que un día trabajemos cuatro horas más, debemos estar satisfechos con sólo cuatro horas de sueño. Esto es lo que significa correr la carrera, o sea, significa cumplir con las demandas adicionales. Cuando los tres discípulos fallaron al no permanecer en su

vigilia con el Señor, Él les indicó cuál era su problema, al decirles: “El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil” (v. 41). ¿De qué sirve tener un espíritu dispuesto si la carne es débil? Tener un espíritu dispuesto y una carne dormilona, viene a ser lo mismo que tener un espíritu indispuesto y una carne dormilona. Ambos no sirven para nada. No es suficiente con tener un espíritu que esté dispuesto; el cuerpo también tiene que estar dispuesto. Si el cuerpo no está dispuesto e insiste en dormir, no es realmente un esclavo, y si el cuerpo no es un esclavo, sería en vano decir que el espíritu está dispuesto. No queremos decir con esto que el cuerpo sea la fuente del pecado o que sea un estorbo. Lo que queremos decir es que, por causa del servicio del Señor, en ocasiones hay demandas adicionales sobre nuestro cuerpo, y éste tiene que responder y cumplir con ellas. Esto es lo que significa hacer de nuestro cuerpo un esclavo. Debemos entrenar a nuestro cuerpo, no sólo para que cumpla con las exigencias normales, sino para que tenga un suministro adicional para cuando surja alguna demanda adicional.

Cuando el Señor estuvo en la tierra, Nicodemo vino a Él de noche. El Señor lo recibió a tal hora sin sucumbir al cansancio. En varias ocasiones Él pasó noches enteras en oración. Todas estas actividades interfirieron con su sueño. No estamos recomendando que los hijos de Dios se hagan el hábito de pasar noches enteras en la oración, pero si alguien quiere servir al Señor, sería una vergüenza si nunca ha invertido toda una noche orando. Por lo general, no es correcto tomar horas de la noche para la oración. No se acostumbre a hacer eso, porque estaría yendo en la dirección equivocada, pero sería algo extraño servir a Dios por diez o veinte años y nunca haber pasado toda una noche orando. No estamos recomendando ir a los extremos. No le estamos diciendo a la gente que siempre debe orar toda la noche, porque tener el hábito de orar toda la noche no es saludable para nuestro cuerpo ni para nuestra mente. No estamos de acuerdo con aquellos que no oran durante el día y quieren hacerlo durante sus horas de sueño por la noche; eso no es normal. Pero si un obrero del Señor nunca ha sacrificado su sueño por causa de la oración, también hay algo que está mal en él.

Competir en una carrera no es algo de todos los días, pero ejercitarse sí lo es. Debemos ejercitarnos hasta lograr que nuestro cuerpo jamás se rebele, sino que más bien siempre se someta a nosotros. Si nunca nos hemos ejercitado de esta manera y nuestro cuerpo nunca ha sido puesto bajo nuestro control, entonces el sueño será una prioridad aun cuando lo que determinemos sea trabajar. El sueño se convertirá en nuestro amo. Estaremos dispuestos a hacer cualquier cosa siempre y cuando nadie interfiera en nuestro tiempo para dormir. Pero tan pronto como otros se meten con nuestro sueño, somos incapaces de hacer nada. Es imperativo que el siervo de Dios se ejercite con miras a poner su cuerpo bajo servidumbre. Lo

que implica es que cuando el Señor tenga una necesidad o demanda, o cuando las circunstancias lo ameriten, seamos capaces de hacer a un lado temporalmente los reclamos de nuestro cuerpo; esto es poner nuestro cuerpo bajo servidumbre. Tenemos que ser capaces de controlar nuestro cuerpo para que cumpla con ese esfuerzo adicional; tenemos que ignorar sus necesidades básicas y ponerlo bajo nuestro control y gobierno. Si no somos capaces de hacer esto, quiere decir que nos amamos demasiado a nosotros mismos y somos inútiles en la obra del Señor.

El mismo principio se aplica al asunto de comer. En muchas ocasiones nuestro Señor no comía por causa de Su obra. Para Él la comida no era una prioridad, pero esto no quiere decir que nuestro Señor nunca comía. Él comía en circunstancias normales, pero cuando surgía una necesidad Él podía dejar de comer. Esto es poner el cuerpo bajo sujeción. No debemos depender de la comida al grado que tengamos que detener nuestra obra cada vez que sintamos hambre. Lamentablemente, en la obra del Señor hay muchos que no pueden funcionar sin comida. Indudablemente necesitamos alimentarnos y debemos cuidar de nuestro cuerpo físico, pero también debemos entrenarlo a privarnos del alimento cuando ciertas circunstancias especiales así lo exijan. Recordemos la ocasión cuando el Señor se sentó a descansar al medio día frente al pozo de Jacob, mientras los discípulos fueron a la ciudad a comprar comida. Una mujer samaritana vino a sacar agua y el Señor le pidió de beber. Él a la vez le habló acerca del agua viva. Finalmente, ella no le dio nada de beber. Era el mediodía, la hora de comer y beber algo, pero el Señor pacientemente le explicó la palabra de vida y el significado del agua viva a esta mujer samaritana, que estaba espiritualmente sedienta y sufrida (Jn. 4:5-26). Esto nos muestra que podemos llevar a cabo la obra de Dios sin tener que interrumpirla para comer. Si llegamos a cierto lugar y no podemos hacer nada hasta haber comido, quiere decir que nuestro cuerpo no está a nuestro servicio como debiera. Ciertamente no debemos irnos al extremo y privarnos del alimento todo el tiempo, pero cuando surjan demandas especiales, debemos ser capaces de pasar por alto la comida. El pan no es lo más importante. Debemos ser amos de nuestro cuerpo. Cuando sea necesario pasar por alto una comida, nuestro cuerpo debe obedecernos. No debemos dejarnos vencer por los insistentes reclamos de nuestro cuerpo pidiendo comida. Esto es lo que quiere decir someter nuestro cuerpo bajo servidumbre.

En Marcos 3, el Señor estaba rodeado por tal multitud que no tenía tiempo ni para comer. Sus familiares reaccionaron a esto buscando la manera de rescatarlo de entre la multitud, porque decían: “está fuera de Sí” (vs. 20-21). Sin embargo, el Señor continuó con Su obra. Él no estaba fuera de Sí, sino que estuvo dispuesto a olvidarse de comer y beber por causa de la obra, a fin de satisfacer las apremiantes

necesidades de la multitud. Si nosotros no somos capaces de hacer a un lado nuestras propias necesidades cuando la obra demande urgentemente nuestra atención, nuestra obra no será muy efectiva. En tiempos críticos, tenemos que esforzarnos más e incluso llegar a los extremos estando en cierto modo fuera de sí. Cuando la necesidad así lo exija, debemos ser capaces de dominar nuestro cuerpo e ignorar las demandas de comida y bebida. No debemos considerar esas demandas como obligatorias.

La Biblia establece claramente que los cristianos deben ayunar cuando la ocasión lo amerite. Ayunar consiste en renunciar temporalmente a la necesidad legítima de nuestro cuerpo. En ciertas ocasiones, surge una necesidad especial que nos demanda orar seriamente. En tales circunstancias, debemos ayunar delante del Señor. No recomendamos ayunar tres o cinco veces a la semana, pero si alguien ha sido cristiano por ocho o diez años y nunca ha ayunado ni siquiera una vez, algo no está bien con él. El Señor habló acerca del ayuno en Su enseñanza en el monte. Si nunca hemos ayunado, nos falta algo en nuestra experiencia. El propósito del ayuno es poner nuestro cuerpo bajo servidumbre.

Otra exigencia del cuerpo es la comodidad. No nos atrevemos a afirmar que es incorrecto que un obrero tenga cierta medida de comodidad en su vivir, pero cuando su obra le demande que se sacrifique un poco, su cuerpo no debe ignorar este llamado a laborar debido a que ciertas comodidades a las que su cuerpo está acostumbrado no están presentes. Si nuestro cuerpo no está dispuesto a renunciar a dicha demanda, no somos aptos para trabajar por el Señor. Algunos hermanos y hermanas se mudan muy seguido, no porque el Señor se los pida sino porque están descontentos e incómodos donde viven. Podríamos decir que la comodidad ha llegado a ser su estilo de vida; la comodidad los maneja a su antojo. Tales personas no pueden ser de mucho uso en la mano del Señor. Los siervos de Dios deben aprender a darle gracias cuando la disciplina del Espíritu les provea buenas condiciones y cuando el Señor les provea todo lo necesario. Pero cuando la provisión no llegue y sean despojados del bienestar y la comodidad, en esos casos deben ejercer control sobre sus cuerpos y continuar con su obra. No estamos a favor de los extremos. Puede ser que bajo circunstancias normales disfrutemos de mejores condiciones. Pero cuando la necesidad del Señor lo amerite, debemos ser capaces de sobrellevar lo que otros no pueden. Algunos hermanos y hermanas sólo están dispuestos a llevar una vida cómoda; pero se sienten acabados tan pronto como su nivel de vida baja un poco. Tales personas son de poco uso para el Señor. A fin de correr la carrera, tenemos que poner a nuestro cuerpo bajo servidumbre. Tenemos que ser capaces de vivir bajo cualquier circunstancia. Poner nuestro cuerpo bajo servidumbre significa que no somos afectados por ninguna

circunstancia cuando la obra requiera nuestra atención; significa que somos capaces de llevar a cabo nuestra obra aún cuando tengamos que vivir en un nivel muy bajo. Si no podemos hacer esto, tan pronto nuestras circunstancias bajen del nivel al que estamos acostumbrados, abandonaremos la obra. Esto no quiere decir que aquellos que tienen menos sean capaces de resistir condiciones más restringidas. Muchos hermanos pobres se derrumban tan pronto como les sobrevienen circunstancias inferiores a las que están acostumbrados. Ellos se aman demasiado a sí mismos y nunca han puesto su cuerpo en servidumbre.

Otro ejemplo es la ropa. En tanto que comamos lo necesario y tengamos con qué cubrirnos, no debemos darle demasiada importancia al asunto del vestido. Juan el Bautista fue una persona que le dio poca importancia a la manera de vestir. El Señor Jesús dijo que si alguien buscaba a una persona vestida con elegancia, la buscaran en el palacio y no miraran a Juan. Lamentablemente, algunos cristianos han puesto una norma muy alta en el vestir y no pueden avanzar si no mantienen dicha norma. Es cierto que vestirnos con harapos no glorifica a Dios; los harapos no son dignos de Él. Nosotros debemos, hasta donde sea posible, vestir de una manera limpia, arreglada y apropiada. No obstante, cuando sea necesario debemos ser como Pablo, quien, aunque pasó hambre, sed y desnudez, continuó sirviendo al Señor (1 Co. 4:11). Si los siervos de Dios se ejercitan durante los tiempos ordinarios, su cuerpo estará siempre bajo su control y su obra en el Señor no será afectada por un asunto como el vestido.

Un ejemplo más es la enfermedad. En tiempos de enfermedad o debilidad, el cuerpo reclama mayores atenciones de lo normal. Muchos obreros del Señor se aman tanto a sí mismos que se excusan y se ausentan de la obra apenas se sienten levemente enfermos. ¿Cómo hubiera podido Pablo escribir sus epístolas si se hubiera detenido porque le dolían sus ojos? Por lo menos no hubiera escrito el libro de Gálatas, pues ese libro fue escrito en un tiempo en que su vista estaba muy débil. Por esto dijo: “Mirad con cuán grandes letras os escribo de mi propia mano” (6:11). Si Pablo hubiera tenido que esperar a que su vista mejorara para entonces hacer sus tiendas de campaña, nunca las habría hecho, porque se requiere de buena vista para fabricarlas. Sin embargo, él trabajaba durante el día y hacía tiendas durante la noche. Él no se detuvo por causa de sus ojos. Si Timoteo hubiera esperado hasta estar bien de su estómago para seguir adelante con su obra, no hubiera habido nadie que continuara con el ministerio de Pablo, porque su estómago nunca estuvo realmente sano. Por un lado, es necesario que tengamos un cuidado razonable de nuestro cuerpo, pero por otro lado, cuando la obra requiera que nos sacrifiquemos un poco, nunca debemos escatimarnos. Cuando la obra lo demande, debemos hacer a un lado incluso nuestra enfermedad y cuidar principalmente lo que demanda la

obra. Ciertamente la enfermedad requiere descanso, pero cuando la obra requiera sacrificio, aun enfermos tenemos que responder. Tenemos que golpear nuestro cuerpo y ponerlo en servidumbre. Este es un requisito básico en la obra. Si no somos capaces de dominar nuestro cuerpo, ¿con qué recursos vamos a dedicarnos a la obra? Si un siervo del Señor está seriamente enfermo y el Señor no ha impuesto una carga especial sobre él, está bien que se cuide para sanarse de su enfermedad; la iglesia y los demás colaboradores deben saber qué hacer con él. Pero si surge una necesidad en la obra y la carga del Señor es clara, él no debe permitir que su enfermedad lo mantenga atado. En ocasiones no hay tiempo para enfermarse; entonces debemos poner a un lado temporalmente el cuidado de nuestras enfermedades. Esta es una lección que todos tenemos que aprender.

Este principio es válido no sólo en la enfermedad sino en el dolor en general. En ocasiones, podemos experimentar tanto dolor físico que sentimos que nuestro cuerpo ya no puede soportar más tormento. En tiempos normales debemos proveerle a nuestro cuerpo el descanso y la terapia apropiadas, cuidando de sus necesidades. Sin embargo, cuando la obra del Señor demande y exija que hagamos algo, simplemente tenemos que llevarlo a cabo a pesar de nuestro dolor. Nuestro cuerpo siempre debe obedecernos. En tiempos así, tenemos que poner los ojos en el Señor y decirle: “¡Señor, mi cuerpo tiene que someterse una vez más. No puedo atender su necesidad esta vez!”.

Este principio debe ser igualmente aplicado a los deseos sexuales. No es obligatorio satisfacer nuestra necesidad de sexo. Debemos aprender a darle la prioridad al servicio del Señor sobre cualquier otra cosa.

Consideremos la historia de Pablo. En 1 Corintios 4:11-13 él dijo: “Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y andamos sin donde morar. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y exhortamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todas las cosas”. Por favor presten atención a las palabras del versículo 11: “hasta esta hora”. Esto significa que tales condiciones aún estaban presentes en el momento en que él estaba hablando. Esto nos muestra que el cuerpo de Pablo estaba bajo su control todo el tiempo. Él no permitía que nada impidiera su servicio al Señor. En el capítulo 6 de esta misma Epístola, desde el versículo 12 hasta el final, él se refirió a dos asuntos: el alimento y el sexo; y puso bien en claro que no somos siervos de nuestro cuerpo. Ya sea en el asunto del alimento como en el del sexo, no tenemos por qué ser esclavos de nuestro cuerpo. En el capítulo 7 él muestra claramente que no tenemos por qué ser esclavos del

cuerpo en el asunto del sexo, y en el capítulo 8 él muestra que no tenemos por qué ser esclavos del cuerpo en el asunto del alimento. ¿Qué significa entonces golpear el cuerpo y ponerlo en servidumbre? Significa que abofeteamos nuestro cuerpo y le "golpeamos", hasta el grado de que esté totalmente bajo nuestro control. Hermanos y hermanas, en nuestra labor y servicio para el Señor, a menudo tendremos que restringir las demandas del cuerpo. Cuando surge una necesidad en la obra y se requiere que neguemos los deseos de nuestro cuerpo, ¿somos lo suficientemente fuertes para negarle su derecho? Ciertamente, todos los apetitos humanos fueron creados por Dios y dados por Él. No hay nada malo con las demandas legítimas del cuerpo, pero, ¿algunas de estas demandas nos impiden servir a nuestro Señor?

CUATRO

Hermanos y hermanas, ni por un momento debemos pensar que podemos relajarnos y soltar las riendas que controlan las demandas de nuestro cuerpo. Tenemos que entender la diferencia entre ser sabios y ser sueltos al cuidar de las necesidades de nuestro cuerpo. Tenemos que ser inteligentes en cuanto al cuidado de nuestro cuerpo, pero a la vez, tenemos que ejercer un completo control sobre éste. Golpear el cuerpo no significa que debamos pasar hambre todo el tiempo; más bien, significa que podemos seguir adelante sin comida aun cuando nuestro estómago esté vacío, y al mismo tiempo, todavía debemos cuidar de nuestro cuerpo. Sin embargo, si usted está involucrado en la obra de Dios pero es inflexible con su alimentación, no podrá seguir adelante tan pronto la dieta baje de su estándar acostumbrado. No estamos a favor del ascetismo ni estamos de acuerdo con la filosofía que enseña que el cuerpo es la fuente del pecado. Reconocemos que Dios mismo creó en nosotros las necesidades físicas. Admitimos que el cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Pero en ningún momento estamos obligados a someternos a los reclamos del cuerpo. Esto no significa que todo el tiempo tenemos que carecer de vestido, comida y sueño. Debemos hacer todo lo posible por vestirnos, alimentarnos y descansar apropiadamente. La manera en que nos alimentamos puede ser el resultado de golpear nuestro cuerpo o puede ser el resultado de no golpearlo; ambas cosas son enteramente diferentes. En la actualidad, el problema es que muchos hermanos y hermanas son muy descuidados en cuanto a sus cuerpos. Si no ejercemos un control estricto sobre nuestro cuerpo, tan pronto como enfrentemos un problema en nuestra obra, murmuraremos, nos quejaremos o renunciaremos. Tenemos que ejercer entereza delante del Señor. Debemos decir: "Señor, mis problemas nunca podrán compararse con los que Tú enfrentaste cuando peregrinaste en la tierra". El Señor bajó desde el lugar más alto y descendió hasta el lugar más profundo. Hoy, nosotros no hemos bajado desde esa altura ni hemos descendido a esa profundidad. Debemos decir: "Señor, nunca

podremos igualar lo que Tú has hecho". Tenemos que aprender a aceptar todas las restricciones impuestas sobre nuestro cuerpo.

Algunos han permitido que su cuerpo se conduzca sin ninguna restricción por largo tiempo. Ellos necesitan más tiempo para aprender las lecciones apropiadas. Esperamos que puedan ser útiles en la obra en un corto lapso, pero si no resuelven sus problemas y no pueden vencerlos, no podrán participar en la obra de Dios. Aquellos que nunca han golpeado su cuerpo ni lo han hecho su esclavo se quedarán atrás tan pronto sean puestos en una carrera. Tenemos que recordar que el trabajo del evangelio es como una carrera. Si nunca nos hemos ejercitado y nuestro cuerpo nunca ha estado bajo nuestro control, fracasaremos y no podremos correr cuando Dios ponga demandas adicionales sobre nosotros. Correr es una demanda extraordinaria que uno le impone a su cuerpo. Nunca debemos ser sueltos con nuestro propio cuerpo. Todos los grandes siervos del Señor han estado bajo el dominio estricto del Señor; todos ellos han ejercido un control estricto sobre su propio cuerpo. Si no gobernamos nuestro cuerpo, fracasaremos tan pronto como se nos impongan retos adicionales. Todas las obras extraordinarias y valiosas se llevan a cabo bajo demandas extraordinarias. Si no podemos trabajar bajo demandas extraordinarias, ¿en qué forma podríamos ser útiles? No debemos ser dejados con nuestro cuerpo ni debemos permitirle que se relaje. Tenemos que asir las riendas de nuestro cuerpo fuertemente y ponerlo bajo un estricto control, para que cuando se le requiera, podamos ser capaces de renunciar al sueño, a la comida o a las comodidades. Tenemos que perseverar en la obra e insistir que nuestro cuerpo sea hecho nuestro esclavo. Nuestro cuerpo debe estar presente en la obra y tiene que someterse a nosotros aun cuando esté enfermo o debilitado.

Pablo dijo: "Mirad con cuán grandes letras os escribo de mi propia mano" (Gá. 6:11). Él estaba haciendo más de lo que su capacidad le permitía. En este pasaje podemos percibir el sentimiento de nuestro hermano; él se estaba forzando a hacer lo que no podía hacer. De esta manera es cómo se ha expresado el Espíritu a través de los siglos. Si en tiempos normales un siervo de Dios goza de buena salud, no enfrenta dificultades, duerme bien y come bien; y aun con esto, cuando surge alguna necesidad su cuerpo no coopera, él no es un siervo útil al Señor. Pablo dijo: "Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado". En otras palabras, él temía que mientras otros recibían el evangelio por medio de su predicación, él mismo perdiera el premio y la distinción del reconocimiento del Señor: "Bien, esclavo bueno y fiel". Recuerden que aquel que se ama a sí mismo no puede servir a Dios. Aquellos que son sueltos en su vivir y que no son capaces de disciplinarse estrictamente a sí mismos, no son aptos para servir a Dios. Si queremos aprender a servir al Señor,

tenemos que ejercitarnos y ejercer dominio sobre nosotros mismos, para que cada día podamos regir sobre nosotros mismos. Si nuestro amor por el Señor es suficientemente fuerte, las exigencias de nuestro cuerpo no nos apartarán de Él. Si nuestro espíritu es lo suficientemente fuerte, no permitiremos que nuestra carne permanezca en debilidad. Cuando la vida de resurrección se multiplique en nosotros, ésta le infundirá vida a nuestro cuerpo mortal. Tenemos que avanzar hasta que nuestro cuerpo ya no sea más una frustración, sino que nos obedezca y nos obedezca sólo a nosotros. Cuando esto se cumpla, seremos aptos para servir al Señor en forma eficaz.

CAPÍTULO CINCO

SER DILIGENTES

La vida diaria de un obrero cristiano frecuentemente determina si es apto o no para la obra del Señor. Algunos jóvenes manifiestan cualidades prometedoras que dan cierta confianza de que un día llegarán a ser siervos útiles de Cristo. Desde el principio dan la impresión de que son semillas buenas, que florecerán y darán fruto. Mientras otros, debido a que confían mucho en sí mismos y tienen un alto concepto de sí mismos, en poco tiempo se desvían del camino. Además de resultar inútiles, traen deshonra al nombre del Señor. Eligen lo que está en el camino ancho y fácil. Además hay otros que no son muy notorios al principio; sin embargo, con los años, demuestran que son valiosos delante del Señor. Quizás se pregunten cómo podemos explicar estas grandes diferencias. Permítanme contestarles francamente que existen ciertos rasgos fundamentales en la constitución y el carácter de cada persona, que determinan quién puede ser útil en el servicio del Señor. Sin estos rasgos nadie puede ser de utilidad al Señor. Un joven puede ser muy prometedor en muchas áreas, pero si tiene carencias en estos rasgos fundamentales, simplemente no puede trabajar para el Señor, aunque tenga un deseo genuino de servir y aunque se haya preparado para ello. Tal persona nunca podrá llevar a cabo una labor adecuada para el Señor. Nunca hemos conocido a nadie que sea un buen obrero del Señor y no pueda controlar su cuerpo. No sé cómo se desempeñen estas personas en otros trabajos, pero yo nunca he conocido a una persona que sin ser capaz de controlar y gobernar su cuerpo, haya demostrado ser un siervo útil del Señor, ni tampoco he conocido a nadie que, aunque sin estar dispuesto a sufrir, pueda servir al Señor con eficacia. Tampoco he conocido a nadie que sin saber escuchar a los demás sea bueno en el servicio. Todos los siervos del Señor tienen ciertos rasgos básicos en su carácter. En otras palabras, ellos necesitan poseer tales requisitos, por lo que tenemos que pedir la misericordia del Señor para que se nos conceda cumplir estos requisitos, a fin de que podamos servir al Señor de una manera adecuada. Servir al Señor no es muy sencillo. Se requiere pasar por el

proceso de derrumbar el hombre exterior y reedificarlo. Si usted es una persona impropia, ligera e indisciplinada en muchas áreas, simplemente no es apto para hacer la obra del Señor. Muchos no son aptos para laborar en la obra del Señor debido a que tienen defectos en su carácter y en su personalidad, y no porque carezcan de la técnica, conocimiento o doctrina para ello. En muchos casos esto es lo que retrasa la obra del Señor. Debemos aprender a escuchar a los hermanos, a humillarnos delante del Señor, a buscarle y a entrar en tratos con Él en muchos aspectos. Nunca debemos menospreciar el entrenamiento de nuestro carácter. Si nuestro carácter y manera de ser no pasan por la severa obra constitutiva del Espíritu, no podemos esperar mucho resultado de nuestra obra. No podemos descuidar nada del entrenamiento básico de nuestro carácter. Si nuestro carácter ha sido constituido por el Señor, entonces podemos trabajar para Él. Si no tenemos tal carácter, simplemente no podremos trabajar para Él. Es necesario invertir tiempo delante del Señor para tratar con estos rasgos del carácter uno por uno.

En este capítulo veremos un aspecto del carácter: la diligencia.

UNO

En Mateo 25:18, 24-28, y 30 dice: “Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor ... Pero acercándose también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no aventaste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; mira, aquí tienes lo que es tuyo. Respondiendo su señor, le dijo: Esclavo malo y perezoso, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no aventé. Por tanto, debías haber entregado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recobrado lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Y al esclavo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el crujir de dientes”. Este pasaje nos muestra que uno de los requisitos básicos de un obrero del Señor es la diligencia. Claramente se nos presenta el doble problema fundamental en la vida de un siervo: él era ambas cosas: “malo” y “perezoso”. Su maldad se manifestó al decir que su amo era hombre duro, que siega donde no ha sembrado y recoge donde no aventó. No abordaremos este aspecto de su carácter; más bien hablaremos del segundo, que es su pereza. Él escondió su talento en la tierra porque su corazón era malo y sus manos eran perezosas. En su corazón tenía ciertos pensamientos acerca de su amo. Estos pensamientos eran malignos. Además, no hizo con el talento lo que debía haber hecho, sino que lo escondió en la tierra. Esto es sencillamente pereza. Queremos prestar atención a este aspecto de su carácter. Un carácter perezoso es la debilidad más grande de muchas personas.

Las personas perezosas nunca buscan cosas que hacer. Y si algún trabajo les llega, procuran evadirlo. Muchos cristianos adoptan esta misma actitud: ellos no le dan importancia ni a los asuntos grandes ni a los pequeños. Siempre tratan de reducir el trabajo; un trabajo grande lo consideran pequeño y un trabajo pequeño lo consideran como nada. Esta es siempre su actitud. Basados en nuestra experiencia, podemos decir que sólo una clase de persona es útil: los que son diligentes. Una persona perezosa es detestable. Cierta vez un hermano dijo que ni siquiera Satanás puede hacer nada con una persona perezosa. Proverbios 19:24 dice: “El perezoso mete su mano en el plato, y ni aun a su boca la llevará”. Es difícil que un perezoso haga algo; y le es difícil porque tiene miedo de cansarse. Lleva la mano al plato, pero le parece difícil llevarla a la boca de nuevo. Tiene que comer, pero desea que otros le llevaran la comida del plato a la boca. Si hay alguna persona inútil en la tierra, esa tiene que ser una persona perezosa. Dios no va a usar a ninguna persona perezosa. Hermanos y hermanas, ¿alguna vez han conocido a un obrero cristiano que sea eficiente y que al mismo tiempo sea perezoso? Todos aquellos que son usados por Dios laboran y trabajan diligentemente en el servicio del Señor; siempre están pendientes de no malgastar su tiempo ni su energía. Pero aquellos que siempre están buscando una oportunidad para descansar y distraerse, no son dignos de ser llamados siervos de Dios. Un siervo de Dios no debe adoptar un vivir ocioso. Más bien, debe esforzarse por aprovechar cada oportunidad que se le presenta.

Consideremos a los apóstoles del Nuevo Testamento, desde Pedro hasta Pablo. ¿Podemos encontrar pereza alguna en ellos? No mostraron ningún indicio de pereza. No pensaron en malgastar su tiempo. Todos ellos laboraron diligentemente y buscaron toda oportunidad para servir al Señor. Pablo dijo: “Que proclames la palabra, que te mantengas preparado a tiempo y fuera de tiempo; convence, reprende, exhorta con toda longanimidad y enseñanza” (2 Ti. 4:2). La proclamación de la palabra debe ser hecha a tiempo y fuera de tiempo. Tenemos que laborar diligentemente, ya sea a tiempo o fuera de tiempo. Todo obrero del Señor tiene que trabajar a tiempo y fuera de tiempo. Esto implica que tiene que ser muy diligente. Todos los apóstoles eran sumamente diligentes. Pensemos en la enorme cantidad de trabajo que realizó el apóstol Pablo. Podremos llegar a los ochenta años de edad y no haber hecho ni una décima parte de lo que él hizo. Tenemos que darnos cuenta de que todos los siervos del Señor son diligentes. Al considerar la obra de Pablo, podemos ver que él fue verdaderamente diligente. En él no hubo negligencia alguna. Él estaba siempre viajando de un lugar a otro, predicando el evangelio dondequiera que iba, o discutiendo resueltamente con individuos y enseñándoles. Aun cuando estaba en prisión, continuó escribiendo sus Epístolas. Las epístolas que tocaron la cumbre de las revelaciones espirituales

fueron todas escritas en una celda de la prisión. Aunque estaba atado dentro de los muros de la prisión, la palabra de Dios no estaba presa. Pablo fue un hombre verdaderamente diligente. Él era como su Amo, quien nunca fue perezoso.

En el idioma original del Nuevo Testamento, hay tres palabras griegas que significan "pereza". La primera es *argos*, la segunda es*nothros* y la tercera es *okneros*. Las tres palabras significan "pereza". Éstas se traducen de manera diferente en el Nuevo Testamento (1 Ti. 5:13; Ro. 12:11; He. 5:11; 6:12; Mt. 12:36; 20:3, 6; 2 P. 1:8; Fil. 3:1; Tit. 1:12). Ya sea que se traduzcan como ocioso, perezoso, lento, molesto o desocupado, todas significan rehusar el trabajo o estar renuente a hacer las cosas. Ser perezosos es ignorar el trabajo o diluirlo hasta que se convierta en nada. Cuentan un chiste acerca de un portero cuya responsabilidad era abrir la puerta cuando algún visitante tocara el timbre. Un día alguien llamó a la puerta pero él no le abrió. Cuando le preguntaron por qué no la abría, él contestó: "¡Estoy esperando que el timbre deje de sonar!". Los visitantes estaban esperando para entrar, pero él estaba esperando a que el timbre dejara de sonar. Hermanos y hermanas, ¿qué clase de persona es esta? Lamentablemente, ésta es la manera en que muchos se comportan en la obra de Dios. Ellos esperan que las cosas se desvanezcan. Pero aun cuando las necesidades sigan ahí, esperan que éstas no sean una carga para ellos. Se dicen a sí mismos: "¡Cómo le agradecería al Señor si estas cosas se desaparecieran y no tuviera que bregar con ellas!". ¿Qué es esto? No es otra cosa que pereza.

¿Qué es la pereza? Es dejarlo todo para después, alargar el trabajo lo más que sea posible para hacer algo. Tal vez un trabajo se pueda hacer en un día, pero esa clase de personas lo alargan para hacerlo en diez días; o quizás se pueda hacer en un mes, pero ellos lo alargan hasta tres meses. Toman su tiempo para terminar el trabajo. Eso no es otra cosa que pereza. Algunas veces esta palabra se traduce como "desocupado" (Mt. 20:3, 6). Una persona desocupada se mueve sin ninguna meta. Nunca se decide a actuar o no actuar, y nunca se centra en lo que tiene que hacer. En Filipenses 3:1 este término se traduce como "molesto". Pablo dijo: "A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro". Tan pronto se pone algo en los hombros de algunos hermanos y hermanas, estos rehúsan tomarlo. Les es molesto. Se lamentan y se quejan. Pareciera como si se les hubiera pedido que hicieran una tarea imposible o que se les hubiera puesto encima una carga muy pesada. Pablo no actuó de esa manera. Él estaba en la prisión cuando escribió las Epístolas. En verdad, sería un reto para cualquiera escribir en una situación tan terrible como la de él. No obstante, cuando Pablo les escribió a los Filipenses, les exhortó a que se regocijaran. "Regocijaos en el Señor siempre" (4:4). En cuanto a sus circunstancias, ciertamente estaba en graves dificultades. Sin

embargo, dijo: “A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas”. Él no era perezoso en absoluto. No consideraba que era una molestia escribirles, sino más bien, para él era un motivo de gozo. No conocía lo que era la ociosidad. En Pablo podemos ver un celo que es sobresaliente y que es común entre todos los siervos de Dios. Los siervos de Dios no son perezosos y no consideran una molestia el aceptar los retos que se les presenten.

Muchos hermanos y hermanas han llegado a ser inútiles en el servicio de Dios porque tienen temor a tomar cualquier responsabilidad. Todo les causa molestia. Siempre esperan recibir menos trabajo. Preferirían tener menos responsabilidad que más responsabilidad, o de ser posible, ninguna responsabilidad. No tienen un carácter diligente. Si somos perezosos, estamos descalificados no sólo para el servicio de Dios, sino también para servir a los hombres. Muchos hermanos y hermanas no pueden ser siervos del Señor debido a que son perezosos. Algunos que se llaman siervos de Dios se sientan sobre un pedestal, haciéndose superiores, y pareciera que nadie pudiera decirles nada, ni tener control sobre ellos, ni tocarlos en absoluto. Se consideran siervos solamente de Dios. Si cambiaran de amo por un momento, se dejaría ver que son un fracaso total. Ni siquiera un amo terrenal les permitiría ser tan descuidados como ellos son. Nuestra manera de ser y de actuar tienen que estar ejercitados de tal manera que nunca retrocedamos ante los problemas que se nos presenten, sino que prefiramos el servicio y el sacrificio por el pueblo de Dios tanto en el aspecto material como en el físico. Debemos preferir laborar y trabajar con nuestras propias manos. ¡Si esta no es nuestra norma, no estamos calificados para ser llamados siervos de Dios! Pablo dijo: “Vosotros mismos sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido” (Hch. 20:34). Él tenía dos buenas manos que no eran perezosas en absoluto; trabajaban durante el día y durante la noche. Una persona así es un verdadero siervo de Dios.

DOS

¿Qué es diligencia? Es lo opuesto a pereza; es no rehuir a la responsabilidad. Una persona diligente no trata de reducir su trabajo procurando no trabajar en absoluto. Por el contrario, trata de crear trabajo donde no hay. En el servicio del Señor, si no procuramos buscar trabajo, es muy posible que nos tomemos uno o dos días de descanso. No debemos ser aquellos que esperan cómodamente hasta que algún trabajo se presente. Si sólo laboramos cuando algún trabajo aparece, no somos personas diligentes. Una persona diligente nunca está ociosa; siempre está buscando qué hacer. Siempre está analizando, orando, contemplando y considerando delante de Dios qué debe hacer. A menos que uno tenga esta práctica,

puede ser que no encuentre nada que hacer. Si sólo actuamos "por lo que dice el libro", tal vez pronto descubramos que ya no queda mucho "del libro" por hacer. Debemos tener la expectativa de siempre encontrar mucho que hacer en la obra Dios. Debemos descubrir muchas necesidades. Para ello, tenemos que orar mucho al Señor y buscarle constantemente. Debemos estar atentos, y tan pronto veamos algo que se requiera hacer, debemos llevarlo a cabo. Al terminar un trabajo, debemos esperar en el Señor y buscarle nuevamente, y tan pronto encontremos algo más que hacer, debemos emprenderlo. Después de esto, debemos buscar la voluntad de Dios una vez más y tomar otra tarea. Esto es lo que significa servir a Dios. El Señor dijo: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y Yo también trabajo" (Jn. 5:17). No debemos cambiar este versículo para que diga: "Mi Padre hasta ahora descansa, y Yo también descanso". La ociosidad no es nuestro camino; más bien, nuestro camino debe ser: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y Yo también trabajo".

Debemos preguntarle al Señor: "¿Qué trabajo tienes para mí?". Después de la conversación que el Señor sostuvo con la mujer samaritana, Él les hizo una pregunta muy extraña a Sus discípulos: "¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí Yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega" (4:35). Según los discípulos, la siega no estaría lista hasta cuatros meses después, pero según el Señor, la siega ya había llegado. Desde la perspectiva del hombre, se tenían que esperar cuatro meses, pero el Señor dijo: "Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega". Hoy en día hay una carencia de hombres que alzen sus ojos. Todos quieren esperar cuatro meses para trabajar. Hoy muchos se quedan en casa en lugar de viajar por el camino de Dios. Sus ojos no están centrados en lo que Dios está haciendo hoy. En Juan 5:17 el Señor dijo que Él siempre estaba haciendo lo que Su Padre le había enviado a hacer, y en Juan 4:35 Él nos pidió que alcemos la vista y miremos. Si no alzamos la vista, no veremos nada. La obra está por completo relacionada con el asunto de la diligencia. Esto incluye el hecho de que estemos conscientes de la situación. No es una cuestión de tomar cuidado sólo de lo que está en nuestras manos, sino que es un asunto de alzar nuestros ojos y buscar cosas que hacer. Dios se está moviendo y actuando detrás de muchas cosas; así que tenemos que levantar nuestros ojos a fin de buscarlas y encontrarlas. Tenemos que levantar nuestros ojos para ver la siega y ver si ya está madura. Una vez miramos, encontraremos mucho trabajo que hacer. Es muy extraño que muchos se encuentren ociosos; tal pareciera que no tienen nada que hacer.

Aquellos que tienen la intención de trabajar siempre encuentran algo que hacer. Pero los que no tienen ninguna intención de trabajar siempre temen que les llegue trabajo. Una persona diligente siempre espera en Dios. Tan pronto como está libre,

acude al Señor en busca de cosas que hacer. Siempre está buscando una oportunidad para trabajar. Un hermano dijo en cierta ocasión: "El hermano fulano no está haciendo su trabajo. Hay tantos hermanos visitantes de otras ciudades y él no invierte nada de tiempo para tener comunión con ellos". Otro hermano le preguntó: "¿Por qué no se lo dices?". El primero contestó: "¿Es esto algo que se tiene que decir?". Esto es cierto, un siervo del Señor siempre debe estar esperando que el Señor le indique qué hacer. Por supuesto, esto no significa que deba actuar ostentosamente procurando que los demás lo noten. Más bien, lo que significa es que el siervo del Señor siempre debe estar buscando la dirección de Dios, mirándole atentamente. Debe cultivar el hábito de alzar sus ojos y mirar. Si realmente está ocupado, Dios no lo cargará con más trabajo. Pero tan pronto tenga tiempo disponible, debe preguntar: "Señor, ¿qué quieres que haga?". Tan pronto alcemos nuestros ojos, descubriremos que muchas personas necesitan de nuestro servicio.

Si una persona nunca tiene nada que hacer, sólo puede haber una razón para ello: que está acostumbrada a ser haragán; lleva una vida de ociosidad, y es perezosa por naturaleza. Cuando se le encarga hacer algo, tarda más de diez días en terminarlo, mientras que otros pueden acabarlo en un solo día. No tiene ninguna motivación para trabajar. Hermanos y hermanas, debemos buscar activamente el trabajo. Si no buscamos a Dios para que nos asigne trabajo, ni oramos por trabajo ni encontramos nada que hacer, somos perezosos y no podremos lograr mucho en la obra. Incluso si se nos conceden cinco o diez años más, aun así no haremos mucho con nuestra obra.

Un requisito básico para un obrero del Señor es tener una vista aguda. Tan pronto como surge una necesidad, debe saber qué hacer y cómo actuar. Sin esta característica, no encontrará nada que hacer. Nuestro espíritu tiene que ser sensible al Señor. Si no somos sensibles, seremos lentos para reaccionar, por lo que tenemos que estar atentos y alzar nuestros ojos. No debemos dejarnos llevar por lo que otros dicen. No debemos suponer que aún faltan cuatro meses para la siega. Tenemos que escuchar lo que el Señor está diciendo: "He aquí Yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega". Es asombroso que algunos caminen por los campos todos los días y no tengan ojos para mirar. ¡Ellos piensan que aún tienen que esperar otros cuatro meses! ¡Pasan todos los días a un lado de las necesidades, pero aun así, no encuentran nada qué hacer! Tienen al frente el trabajo que deben hacer; sin embargo, siguen diciendo que no saben lo que deben hacer. ¡Qué extraño es esto! Hermanos y hermanas, nunca hemos visto que Dios use a una persona perezosa. Sólo usa a aquellos que están dispuestos a gastar sus energías, quienes siempre están buscando algo que

hacer y quienes no son sueltos. Ellos guardan celosamente cada minuto que pasa y nunca dejan para mañana lo que pueden hacer hoy. Aquellos que son sueltos con su tiempo son de poca utilidad en las manos del Señor. Algunos no se mueven a menos que otros los empujen a hacerlo. Son como los relojes de péndulo; uno tiene que empujarlos y ponerlos en movimiento para que funcionen. Si nadie les da cuerda, no harán nada por sí solos. Tales personas son de poca utilidad en la obra de Dios. No importa donde vayamos, dondequiera que encontremos hermanos que estén laborando y trabajando diligentemente allí hallaremos buenos resultados. Dios ha hecho grandes obras en muchos lugares porque muchas personas han laborado diligentemente sin que nadie los vea. Pero la obra de Dios sufre retrasos en algunos lugares porque algunos han sido perezosos. Nunca hemos visto a una persona perezosa que haya sido usada grandemente por Dios. A menudo, la razón fundamental del fracaso en la obra no es nada más que la pereza.

La palabra *diligencia* en griego es *spoude* o *spoudazo*. También se traduce como celo, solicitud, ansias o prisa. (Ro. 12:8, 11; 2 Co. 7:11-12; 8:7-8, 16; He. 4:11; 6:11; 2 P. 1:5, 10; 3:14; Gá. 2:10; 2 Ti. 2:15; 4:9, 21; Tit. 3:12; Jud. 3; 1 Ts. 2:17; Ef. 4:3; 2 P. 1:15; Mr. 6:25; Lc. 1:39). Romanos 12:11 pone junta las palabras *diligencia (celo)* y *perezoso*. Este versículo dice: “En el celo, no perezosos”. En otras palabras, ser perezosos equivale a no ser diligentes. En el trabajo espiritual, uno debe contar por diez o hasta por cien personas. Si los siervos de Dios son perezosos, no se puede llevar a cabo ningún trabajo. Si somos perezosos y hacen falta diez de nosotros para hacer el trabajo de un solo hombre, ¿cómo podremos satisfacer la necesidad de la obra? Hermanos y hermanas, debemos adquirir un carácter diligente. Si nuestro trabajo es abrumador o no, es un asunto secundario. El asunto principal es si tenemos un carácter diligente o no. Debemos estar desesperados por buscar trabajo delante del Señor. Por supuesto, esto no significa que debamos aparentar que estamos ocupados. Es inútil aparentar. Debemos ser diligentes, y esto significa que no debemos temerle a la responsabilidad, que debemos servir al Señor con celo y estar fervientes en espíritu. Tenemos que averiguar qué podemos hacer en el servicio de Dios. Tal vez esto no se manifieste en actividades externas, pero sí debe manifestarse en nuestro carácter y en nuestra manera de ser. Si somos perezosos por naturaleza, será inútil que estemos ocupados diez horas al día por algún tiempo, porque finalmente volveremos a nuestros hábitos antiguos. Si hemos de ser útiles al Señor, necesitamos un carácter diligente y serio. Algunas personas pueden obligarse a trabajar por dos horas, pero en esencia aún son perezosos, le siguen teniendo temor a las responsabilidades. Oran día y noche para que sus responsabilidades se reduzcan o se eliminen por completo, y añoran el día en que no tengan ninguna responsabilidad. Esta no es la manera en la que el Señor trabaja. Él vino al mundo a buscar hombres que tomen responsabilidades. Él dijo

que vino "a buscar y salvar lo que se había perdido". Él no vino sólo a tener contacto con ellos, sino que vino a buscarlos. Necesitamos tener esta clase de carácter para seguir adelante con el Señor.

En 2 Pedro 1:5-7 dice: "Poniendo toda diligencia, desarrollad abundantemente en vuestra fe virtud; en la virtud, conocimiento; en el conocimiento, dominio propio; en el dominio propio, perseverancia; en la perseverancia, piedad; en la piedad, afecto fraternal; en el afecto fraternal, amor". Esto es diligencia. Pedro, en el griego, usó seis veces la expresión "y en". Esto muestra que un hombre diligente siempre le añade a lo que ya tiene; no se contenta con lo que tiene. Debemos cultivar tal carácter. Siempre debemos añadir a lo que tenemos y nunca detenernos. Siempre debemos estar "añadiendo ... y en". Tenemos que esforzarnos para siempre avanzar. Esta es la única manera de ver resultados. Si somos apáticos y perezosos por naturaleza, no llegaremos a ninguna parte. Algunas personas no sienten responsabilidad alguna en la obra de Dios; no sienten ninguna carga sobre sus hombros. Nunca han pensado en mejorar ni extender su obra. Nunca han pensado en ganar más personas para el Señor ni en esparcir el evangelio a las partes más remotas de la tierra. Pueden tolerarlo todo. ¿Cómo puede Dios usar a tales personas? Si no ven que nadie se salva hoy, lo aceptan como algo normal. Tampoco se alarman si nadie se salva el día siguiente. ¿Cómo pueden tales personas trabajar para Dios? ¿Cómo se puede llevar a cabo el propósito de Dios con tales obreros. Dios necesita obreros que no se den por vencidos, sino que siempre busquen añadir a lo que ya tienen. Sólo tales personas pueden participar en la obra del Señor. Leamos de nuevo las palabras de 2 Pedro 1:5-8: "poniendo toda diligencia, desarrollad abundantemente en vuestra fe virtud; en la virtud, conocimiento; en el conocimiento, dominio propio; en el dominio propio, perseverancia; en la perseverancia, piedad; en la piedad, afecto fraternal; en el afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán ociosos ni sin fruto para el pleno conocimiento de nuestro Señor Jesucristo". Pedro dijo que debíamos ser más diligentes. ¿Cómo podemos ser diligentes? Añadiendo a lo que ya tenemos. Esta es la manera de ser librados de la pereza. En otras palabras, la pereza sólo se puede neutralizar con la diligencia. ¿Cómo podemos volvernos diligentes? Siempre añadiendo e incrementando a lo que ya tenemos. Siempre debemos sentir que no tenemos lo suficiente; no debemos estar conformes con lo que hemos logrado y no debemos detenernos hasta que abundemos y ya no estemos sin fruto en el pleno conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Hermanos y hermanas, tenemos que combatir nuestra indolencia añadiendo "y en". Debemos prestar atención a la palabra de Pedro. Si sólo predicamos la doctrina de la diligencia, sólo exhortaremos a otros a que sean diligentes y sólo necesitamos decirlo una vez, pero Pedro repitió este patrón varias veces, del versículo 5 al 7. Él

nos estaba mostrando que únicamente se puede ser diligente cuando se añade una y otra vez a lo que ya se tiene, hasta que se posean estas cosas en abundancia. Esta es la única manera de no estar ociosos ni sin fruto. Hermanos y hermanas, necesitamos orar para que Dios cambie nuestro carácter. No queremos ser perezosos. Queremos ser aquellos que laboran con alegría, que están dispuestos a trabajar y que buscan constantemente la oportunidad de servir al Señor.

Pedro no se detuvo aquí, sino que prosiguió. Leamos el versículo 15, donde dice: "También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas". La palabra *diligencia* se usa aquí una vez más. Pedro les encargó diligentemente que recordaran estas cosas. Tal vez él había visto entre ellos demasiados perezosos, por eso tuvo que recordarles estas cosas con diligencia. Hermanos y hermanas, tenemos que aprender a servir a nuestro Dios de manera diligente y seria. Debemos aprovechar cada oportunidad para servirle. Además necesitamos poseer una disposición y un carácter siempre diligentes. Un buen obrero es aquel que tiene no sólo sus manos y pies en la obra, sino también su mente y su corazón. Si una persona no es diligente, no será de mucha utilidad en la obra del Señor. Una persona que es perezosa por naturaleza, le será completamente inútil al Señor aunque su doctrina sea muy buena. Todo aquel que le tema al trabajo y a la responsabilidad y que no tenga el deseo de hacer nada, no es apto para servir a Dios. Tal clase de persona no es útil para la obra.

Las dos Epístolas a Timoteo y la Epístola a Tito son cartas acerca de la obra del Señor. En 2 Timoteo 4:9 dice: "Procura con diligencia venir pronto a verme". Si una persona es diligente, vendrá pronto. Pero si es perezosa, vendrá lentamente. Pablo dijo: "Procura con diligencia venir pronto a verme". El versículo 21 dice: "Procura con diligencia venir antes del invierno". Tito 3:12 también habla de la diligencia. En estas epístolas acerca de la obra se recalca mucho la diligencia.

Judas dice lo mismo en el versículo 3: "Amados, poniendo toda diligencia en escribiros acerca de nuestra común salvación…".

Pablo habla de la diligencia también en otros pasajes. Al mencionar el arrepentimiento de los corintios, dijo: "Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡Qué solicitud produjo en vosotros!" (2 Co. 7:11). La palabra *solicitud* en este versículo equivale a la palabra *diligencia* en el griego.

Hermanos y hermanas, si alguien quiere aprender a servir al Señor, ¡éste tiene que despertarse y darse cuenta del gran peso de responsabilidad que adquiere, de la urgencia de la necesidad que lo rodea y de lo efímero que es el tiempo! La vida es muy corta. Si la persona está consciente de ello, será diligente y tenaz, pero si no

está consciente de la naturaleza efímera del tiempo, de la urgencia de la necesidad que le rodea ni del peso de la responsabilidad que tiene, no será capaz de lograr mucho en la obra de Dios. Si la carga es puesta sobre nosotros, no tendremos otra opción sino laborar, aun si tenemos que privarnos de alimento, sueño y descanso para lograr la meta. Esta es la única manera de hacer que nuestra obra avance y progrese. Si consideramos el descanso como lo más importante en nuestra vida, no llegaremos muy lejos en nuestra labor. Hermanos y hermanas, nuestro tiempo casi se agota; la necesidad es tan desesperante y nuestra responsabilidad es cada vez mayor. Por consiguiente, como moribundos a quienes se les está extinguiendo el aliento y se les está desvaneciendo la oportunidad, debemos entregarnos por completo a predicar el evangelio a aquellos que se están muriendo a nuestro alrededor. Pero si arrastramos nuestros pies con pereza y no sabemos ver las necesidades en nuestro entorno, ni vemos nuestra gran responsabilidad ni el poco tiempo que nos queda, no lograremos acabar mucho de la obra del Señor. Hoy es el tiempo en que todo siervo de Dios debe servir con una urgencia apremiante. ¿Quién puede continuar con su pereza bajo tal presión? Hermanos, tenemos que levantarnos y disciplinar nuestro cuerpo a fin de ser diligentes. Tal como lo dijo Pablo, tenemos que abofetear nuestro cuerpo y ponerlo en servidumbre. No es suficiente con decir que estamos deseosos de servir al Señor. Si somos perezosos, no seremos capaces de afrontar ningún problema que se nos presente. No piense que la pereza es algo sin importancia. En 2 Pedro 1:8 se implica que la pereza es ociosidad y esterilidad. La ociosidad y la esterilidad no deben estar en nosotros. Tenemos que abofetear nuestro cuerpo una y otra vez hasta darnos cuenta de que la única manera para trabajar y ser útiles es mediante un sacrificio total, genuino y diario, de nuestra vida. No podemos engañarnos a nosotros mismos. Algunas personas dicen que darían su vida con gozo por el Señor. Sin embargo, llevan una vida perezosa. Tratan de no involucrarse en nada. Si tales personas quieren venir a la obra sin dejar atrás su carácter, hábitos y manera de ser, descubrirán que detienen la obra del Señor. Si Pablo cada vez hubiera esperado por un llamamiento macedonio a fin de acudir a laborar, el libro de los Hechos sólo tendría la narración del viaje de Pablo a Macedonia. Pero el llamamiento macedonio fue sólo una misión entre muchas en la obra de Pablo. En cuanto al resto de su obra, Pablo la llevó a cabo como respuesta a la carga que llevaba delante del Señor. Si tenemos que esperar hasta que los hermanos vengan a suplicarnos para estar dispuestos a trabajar, nos quedaríamos esperando el resto de nuestra vida y no pasaría nada. Laboramos porque tenemos una carga, porque sabemos que el tiempo es corto, que la necesidad es muy grande y que el ataque de Satanás es feroz. Nos vemos forzados a ser diligentes. De otra manera, la pereza puede hacer que una persona útil se vuelva inútil. ¡La pereza puede reducir la gran capacidad de una persona, a una

tercera, quinta o incluso una décima parte! Todo aquel que conoce a Dios y que es útil en Su mano es diligente.

TRES

Volvamos al pasaje de Mateo 25:18-30. ¿Qué dice la parábola de este pasaje? En dicha parábola vemos que en el tribunal enfrentaremos dos posibles acusaciones, el cargo de "malo" y el cargo de "perezoso". El esclavo era malo porque albergó pensamientos negativos acerca del Señor. Tal vez muchas personas no sean así de malas, pero nueve de cada diez tendrán que admitir cuando estén delante del Señor que son esclavos perezosos. En aquel tiempo el propio Señor pronunciará la sentencia: "Y al esclavo inútil, echadle en las tinieblas de afuera" (v. 30). El Señor considera que un siervo perezoso es "inútil". Tal vez nos preguntemos por qué el Señor usa a cierto hermano. Lo usa porque él se dedica día y noche a su labor. El camino está con los diligentes; ningún perezoso puede adoptar este camino. A fin de tomar tal camino tenemos que sacrificarlo todo. Hermanos y hermanas, si no resolvemos el problema de la pereza, no podremos realizar obra alguna. Una vez que nos volvemos perezosos, nuestra capacidad se reduce a la mitad, y si continuamos por ese camino, terminaremos con sólo una décima parte de lo que valemos. En la actualidad hay muy pocas personas que conocen al Señor. Si arrastramos nuestros pies perezosamente para laborar y no nos esforzamos un poco, ¿cómo podremos lograr algo? No considere este asunto a la ligera, ni tampoco piense que la diligencia es un asunto insignificante. Muchos en el pasado se han hecho inútiles, se han desperdiciado y se han quedado postrados a lo largo del camino, por causa de su pereza. Tomemos esto como una solemne advertencia. Miremos al Señor desde este día en adelante pidiéndole que nos capacite para revertir completamente nuestro hábito y nuestro carácter. Que el Señor erradique de nosotros la pereza. No debemos ser perezosos y quedarnos sin nada que hacer. Si lo somos, nuestra obra no tendrá ningún futuro.

Debemos disciplinar estrictamente nuestro cuerpo a fin de que nos obedezca en todo. Tenemos que ser diligentes y no perezosos. La pereza es la enfermedad más común en nuestra obra. Tal vez nueve de cada diez personas sean perezosas. Un siervo del Señor debe tener la energía para esforzarse siempre en avanzar. La Biblia usa el buey en lugar del caballo como un símbolo de nuestro servicio. El buey es constante, y puede hacer el mismo trabajo hoy, mañana y el día subsiguiente; jamás se cansa. Si trabajamos un día porque nos sentimos bien y descansamos el siguiente día debido a que no nos sentimos tan bien; o si trabajamos sólo cuando el clima es excelente y descansamos cuando hay mal clima, jamás veremos resultados en nuestra obra. En cambio, si avanzamos paso a paso, día tras día, sin descanso y

con firmeza, tarde o temprano veremos los resultados. Que Dios nos libre de hacer las cosas en forma superficial y necia, para que podamos ser como el buey, firmes, soportadores, constantes, tenaces y diligentes, trabajando diligentemente todo el tiempo. Sólo así podremos avanzar.

El libro de Proverbios habla de la pereza más que ningún otro libro del Antiguo Testamento. Presenta un cuadro muy claro de lo que es la pereza. La palabra hebrea *atsel* se traduce catorce veces, como "perezoso" u "ocioso" (6:6, 9; 10:26; 13:4; 15:19; 19:24; 20:4; 21:25; 22:13; 24:30; 26:13-16). Se traduce una vez como "pereza" (19:15). La palabra hebrea *remiyah* también es traducida en dos ocasiones como "perezoso" (12:24, 27). Salomón describió claramente lo que es la pereza.

Ya que la pereza es un hábito que ha sido desarrollado a través de los años, no podemos esperar corregirlo en uno o dos días. Si no nos ocupamos seriamente en resolver dicho hábito, puede que éste siga con nosotros por el resto de nuestra vida. No pensemos que por escuchar un mensaje resolveremos el problema. No es tan sencillo. Este hábito ha tomado años en formarse y ha llegado a ser parte de nuestro carácter. A menos que tratemos con él severamente delante del Señor, no podremos erradicarlo de nosotros. Esperamos que aquellos que estén acostumbrados a la pereza estén aún más conscientes que tienen que eliminar su pereza, pues a menos que resuelvan este asunto sobriamente, no podrán participar en la obra del Señor. La obra de Dios no puede tolerar a los haraganes. Ninguna persona perezosa puede producir una obra apropiada, porque su manera de ser siempre trata de ignorar o posponer el trabajo. Cuando a tales personas se les presenta algo que hacer, ellos desearían que ese trabajo desapareciera. Aquellos que tienen el hábito de la pereza no tienen esperanza en cuanto a la obra de Dios. Todo siervo del Señor tiene que ser una persona ocupada, que siempre esté en busca de algo en qué ocuparse. Debe tomar sobre sí todas las cargas y debe profundizar en cada problema; no debe evadir ningún problema. Todo siervo de Dios debe aceptar toda clase de responsabilidades y no debe temerle a los problemas. Hermanos y hermanas, debemos terminar con nuestro mal hábito de evitar trabajos, problemas y tareas. Debemos resolver esto cabalmente. Un perezoso nunca podrá servir a Dios.

CAPÍTULO SEIS

RESTRINGIRSE AL HABLAR

UNO

Hay muchos que podrían ser realmente útiles en la mano de Dios y podrían ser vasos poderosos para el Señor; sin embargo, ellos fracasan y su utilidad para Dios es anulada, o muy limitada, debido principalmente a su falta de restricción al hablar. Debemos recordar que las palabras dichas descuidadamente son a menudo la válvula de escape de nuestro poder. Nuestras bocas son aberturas por donde o sale el poder de Dios o por donde se escapa ese poder. Nuestra boca puede ser la cavidad por donde fluye el poder de Dios o puede ser un agujero por donde se fuga el poder divino. Lamentablemente, muchos dejan escapar el poder de Dios por medio de su hablar.

Jacobo 3:11 dice que una fuente no puede echar "lo dulce y lo amargo" al mismo tiempo. Un obrero del Señor debe emitir agua dulce y viva; debe ser uno que transmite la palabra de Dios. Un balde o cubeta de agua no se puede usar para llevar agua potable y a la vez para vaciar aguas negras. Si usamos un recipiente para echar aguas negras y a la vez para traer agua potable, sería muy nocivo para la salud e incluso un peligro para la vida. De igual manera, si hemos consagrado nuestros labios para hablar la palabra de Dios, entonces recae sobre nosotros la solemne responsabilidad de usar nuestros labios únicamente para Su servicio. Si empleamos nuestros labios en cualquier otra cosa ajena a la palabra de Dios, entonces no podremos usarlos más para hablar Su Palabra divina. Muchos no pueden ser usados por Dios, o sólo pueden ser usados por Él en forma limitada, simplemente porque su fuente produce dos clases de aguas: la dulce y la amarga. Ellos hablan la palabra de Dios con su boca, pero también dicen muchas otras cosas que no tienen nada que ver con Dios.

Hermanos y hermanas, debemos estar conscientes delante del Señor, que una vez que hemos consagrado nuestra boca para ser el oráculo de Dios, tenemos una gran responsabilidad sobre nuestros hombros. Es una responsabilidad seria que Dios nos confíe Su palabra. En Números 16 se nos dice que Coré y sus asociados se confabularon contra Moisés y Aarón. Ellos tomaron sus incensarios llenos de fuego y los presentaron delante del Señor. Todos ellos perecieron por su pecado, pero los incensarios aún eran santos y fueron fundidos en planchas para cubrir el altar (vs. 16-18, 33, 38-39). Todo aquello que ha sido ofrecido a Dios y usado por Él, ha sido separado para Él y después no puede ser utilizado para ningún uso común. Algunos hermanos y hermanas tienen un concepto erróneo; piensan que pueden hablar la

palabra de Dios en un momento y la palabra de Satanás (las mentiras proceden de Satanás) en otro momento. Hermanos y hermanas, esta no puede ser nuestra práctica. Una vez que un hermano abre su boca para hablar por el Señor, esta boca le pertenece a Él para siempre. Muchos dejan escapar su poder a través de sus palabras. Algunos hermanos podían haber sido muy útiles en la mano del Señor, pero debido a que hablaron muchas cosas que no eran para Dios, su poder interno se esfumó con su hablar. Debemos recordar que una fuente sólo puede echar una sola clase de agua. Si nuestra boca ha hablado una vez la palabra de Dios, debemos comprender que ya no tenemos el derecho de decir cualquier cosa al volver a abrir nuestra boca. Nuestra boca fue santificada y ha sido separada. Una vez que algo ha sido consagrado a Dios, se convierte para siempre en una posesión de Dios; nunca podremos quitarle a Él lo que ya le hemos dado. Si se lo quitamos llegaremos a ser como la mula de Balaam; ya no seremos el profeta de Dios. Debemos ver que hay una estrecha relación entre la palabra de Dios y nuestra palabra. Nuestra boca ha sido separada; le pertenece a Dios y sólo puede ser usada para hablar la palabra de Dios.

Es lamentable que los que habrían podido ser muy útiles, se han vuelto inútiles a los ojos del Señor simplemente porque su boca ha llegado a ser un inmenso agujero por el cual se disipa el poder de Dios. Una vez que nuestra boca habla palabras erradas, el poder se desvanece de esa boca. El problema de muchas personas es que hablan demasiado. En la multitud de palabras podemos detectar la voz del necio (Ec. 5:3). Muchas personas pierden su poder por causa de su palabrería. A ellos les gusta decir esto y aquello, así y asá; siempre tienen algo que decir acerca de todo. No sólo tienen mucho que decir, sino que además les gusta informar a otros todo lo que oyen. Hermanos y hermanas, debemos prestar atención a esto y guardar nuestra boca, y debemos hacerlo de la misma manera en que guardamos nuestro corazón. Esto es particularmente cierto para aquellos que sirven como oráculo de Dios. Dios los usa como Sus portavoces y los usa para transmitir Su palabra. Sus bocas están santificadas para Su servicio; son santas y por tanto deben guardarlas tan celosamente como guardan su corazón. Su boca no puede ser suelta.

DOS

Hay varios puntos relacionados con el hábito de hablar que debemos tomar en cuenta. Primero, debemos notar delante de Dios la clase de hablar que nos gusta escuchar. La clase de hablar que escuchamos determina la clase de personas que somos. Muchas personas no se atreven a contarnos ciertas cosas porque saben que no somos como ellos y que no nos interesaremos en lo que nos digan. Pero si tales personas nos cuentan con entusiasmo ciertos asuntos, lo hacen porque saben que

somos de su misma clase y que sus comentarios tendrán cierto efecto sobre nosotros. Podemos conocernos a nosotros mismos al percatarnos de las cosas que otros vienen a contarnos.

Segundo, debemos observar la clase de comentarios que generalmente creemos, pues aquello a lo que damos crédito revela nuestra propia manera de ser. Cierta clase de persona tiende a creer cierto tipo de historias. Prestamos oído a cosas inadecuadas y creemos a la ligera tales conversaciones debido a nuestra ceguera por no estar en la luz de Dios. Tan pronto como tenemos menos luz, o carecemos por completo de la luz de Dios, caeremos en la posición de creer cosas equivocadas. Aquello a lo que prestamos oídos pone de manifiesto nuestra condición enferma. Muchas personas creen a otros, aun antes de saber nada de ellos. Después cuando oyen algo, los escuchan con gusto, creyendo ingenuamente en sus palabras. Las cosas que oyen pueden ser increíbles y absurdas; no obstante, quedan convencidos de que tales historias son ciertas. Así que, lo que creemos delata la clase de persona que somos.

Tercero, además de escuchar y creer, también tenemos que considerar el asunto de contarles a otros lo que oímos. Esto es similar en naturaleza a los primeros dos puntos. Si escuchamos y aceptamos ciertos comentarios y nos disponemos a comunicárselos a otros, esto pone en evidencia la clase de persona que somos, pues si nos identificamos con tal información, esto muestra que nos encontramos en tinieblas, y no sólo eso, sino que también, al contarlo a otros, los arrastramos juntamente con nosotros, haciéndolos iguales a nosotros. Todo el ser de uno se involucra con las palabras que uno habla. Cuando escuchamos, otros hablan; cuando creemos, recibimos las palabras de otros, y al pasar a otros esas palabras, todo nuestro ser está involucrado en esas palabras. A mucha gente se les escapa todo el poder porque les encanta hablar y transmitir esas palabras a otros, lo que causa que ya no sean aptos para ser ministros apropiados de la palabra de Dios.

En cuarto lugar, están las palabras inexactas. Algunos son muy inexactos en lo que dicen. Dicen una cosa primero y al siguiente minuto dicen otra cosa muy distinta. Tales personas son de “doble lengua” (1 Ti. 3:8), o doblez, no pueden servir como diáconos, pues le dicen una cosa a una persona y otra cosa muy diferente a otra. Dicen algo frente a una persona y a sus espaldas dicen lo contrario. Tal clase de personas son inútiles en la obra de Dios. Hermanos y hermanas, si no somos capaces de refrenar nuestra lengua, ¿cómo podremos ejercer control sobre nosotros mismos y cómo podremos servir al Señor? Antes de servir al Señor adecuadamente, uno debe ser capaz de refrenar sus palabras y de golpear su cuerpo. Tenemos un miembro terrible en nuestro cuerpo: nuestra lengua, la cual siempre nos causa

problemas. La inexactitud en lo que decimos, tener una lengua doble, y titubear en nuestras declaraciones, son indicios de que nuestro carácter es débil. Aquellos que tienen tales hábitos no tienen posición ni poder delante de Dios. Titubean de un lado al otro porque son despreocupados e inseguros. Tal comportamiento manifiesta una debilidad extrema en el carácter. En la obra del Señor, las palabras inexactas son un asunto muy serio y debemos eliminarlas.

Quinto, hay personas que intencionalmente son de doble lengua, es decir, que cuentan todo inexactamente. Algunos hacen esto por ignorancia, pero otros lo hacen conscientemente, con doble intención; esto es aún más serio, estos son peores que los primeros. Estos dicen una cosa y al siguiente momento dicen otra. Para ellos "si" y "no" significa más o menos lo mismo. No tienen un sentir de lo correcto o incorrecto, sino que están completamente en tinieblas. Si le preguntamos si cierto objeto es negro, tal vez nos digan que sí, y si le preguntamos si el mismo objeto es blanco, puede ser que también digan que sí. Ellos no están seguros de nada. Para tales personas, el negro y el blanco es casi lo mismo; llevan una vida descuidada y necia; ellos son de doble lengua por ignorancia. Pero hay otros que conscientemente son de doble lengua. Ellos a propósito dicen una cosas en una ocasión y otra cosa en distinta ocasión. Esto no sólo es una debilidad del carácter, sino también una corrupción moral. Mateo 21:23-27 narra que los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se acercaron al Señor y le preguntaron con qué autoridad hacía esas cosas. Él les respondió con esta pregunta: "El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres?". Ellos discutieron entre sí: "Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? Y si decimos, de los hombres, tememos a la multitud; porque todos tienen a Juan por profeta. Y respondiendo a Jesús, dijeron: No sabemos". La respuesta de ellos fue una mentira deliberada. En Mateo 5:37 el Señor dijo: "Sea, pues, vuestra palabra: Sí, sí; no, no; porque lo que va más allá de esto, procede del maligno". Si algo es sí, decimos sí. Si es no, decimos no. Esto es andar en la luz y con honestidad. Pero si nos detenemos a calcular los posibles efectos de nuestras palabras en los demás y consideramos cómo hablar con diplomacia, nuestros motivos y actitud no son dignos de un obrero del Señor. Si nuestras palabras son formuladas con astucia, entonces hacemos de nuestras palabras ¡instrumentos de engaño! Más bien, preferimos seguir el ejemplo de nuestro Señor. Cuando la gente planeaba ponerle una trampa con sus preguntas, Él optaba por el silencio. Si hemos de decir algo, preferimos que nuestras palabras sean: "Sí, sí; no, no". Lo que va más allá de esto, procede del maligno. Las personas inteligentes no tienen lugar aquí. Pablo exhortó a los corintios, diciendo: "Si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase necio, para que llegue a ser sabio" (1 Co. 3:18). Romanos 16:19 dice: "Quiero que seáis ... sencillos en cuanto al mal". A los ojos de Dios, ser sabio

en este siglo no nos lleva a ningún lado. Actuar con astucia es inútil. Nuestra sabiduría debe estar en la mano del Señor. No debemos ser de doble lengua. Este es el problema de muchas personas. Aquellos que no son de fiar son de poco uso para Dios, y si ellos se dedican a la obra, tarde o temprano se hallarán en problemas. Si una persona dice una cosa y en otra ocasión dice otra, vacilando entre lo correcto y lo incorrecto, entre el sí y el no, y titubeando entre lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer, ésta es de poco uso en la obra de Dios. Las personas que hablan palabras fluctuantes e inciertas son inútiles en la obra de Dios.

Sexto, debemos ser disciplinados en la manera en que escuchamos. Una persona puede ser dotada y talentosa, pero si es inexacto en sus palabras, entonces hay un gran agujero en su carácter. Esta falla causará que todo su poder se pierda. Es lamentable que muchos obreros del Señor han llegado a ser centros de información. Hermanos y hermanas, como obreros del Señor tenemos contacto constante con la gente y, por ende, muchas oportunidades de escuchar los asuntos de otros y de conversar con ellos. Así que, si no somos disciplinados y restringidos en nuestras palabras, es muy posible que mientras estemos hablando la palabra de Dios, a la vez estemos divulgando rumores y chismes. Si no restringimos nuestras palabras, puede ser que con una mano estemos edificando la obra de Dios y con la otra la estemos destruyendo. Por tanto, tenemos que acudir a Dios para aplicar una disciplina estricta a nuestros oídos. A menudo los hermanos y hermanas nos confían sus historias personales. Debemos prestarles oído y escucharles atentamente a fin de comprender bien su caso y brindarles la ayuda apropiada. Cuando otros nos hablan, debemos escucharles con el único fin de atender a su necesidad y resolver sus problemas, pero una vez que tengamos un claro entendimiento en nuestro interior de cuál es su necesidad, debemos detenerlos, pues no es necesario que nos cuenten todos los detalles. Debemos decirles que se detengan. Podemos decir: “Hermano, es suficiente con esto”. Debemos rechazar la curiosidad de saber más de lo necesario. No debemos tratar de enterarnos de los asuntos de los demás ni tener curiosidad por oír sus historias. Lo único que necesitamos es comprender su problema. Por tanto debemos detenerlos tan pronto como lo sepamos y tengamos cierta certeza de lo que dicen, diciéndoles: “Hermano, con eso es suficiente”. No debemos tener ansias de conocer sus vidas. El hombre común tiene morbo por enterarse de los asuntos de otros. Ellos tienen curiosidad y avidez por escuchar y conocer los asuntos personales de los demás. Pero nosotros debemos escuchar con cautela. No debemos pasarnos del límite; debemos detenernos. El propósito de escucharles es el de cuidar de sus asuntos con oración y tratar de resolver sus problemas. Debemos escuchar sólo para cuidar de los problemas de los hermanos y de las hermanas. Al llegar a cierto punto, debemos dejar de escuchar.

Séptimo, debemos ganarnos la confianza de las personas y preservarla. Si alguien comparte sus problemas espirituales con nosotros, eso es algo que nos han confiado. No debemos hablar acerca de tales confidencias de una manera descuidada. No debemos ser sueltos y repetir estas cosas, a menos que los intereses de la obra así lo requieran. Si no sabemos ser cautelosos con lo que hablamos, no podemos participar en la obra de Dios. A los siervos de Dios se les confían muchas cosas. Ellos tienen que tratar esas confidencias como un encargo sagrado y guardarlas fielmente. Dichas palabras que nos han sido confiadas no son posesiones nuestras, sino cosas que nos son confiadas en nuestro ministerio y en nuestro servicio divino. No podemos liberarlas según nuestra discreción. Tenemos que aprender a salvaguardar y proteger cada confidencia espiritual dada a nosotros por los hermanos y hermanas. No podemos esparcir estas cosas de forma irresponsable. Si nuestra responsabilidad, la obra de Dios o las necesidades humanas lo ameritan, entonces podríamos divulgarlas. De cualquier modo, una multitud de palabras siempre trae pérdida, una gran pérdida. A las personas que son sueltas de lengua y divulgan las cosas a la ligera, no se les puede confiar la obra del Señor. Debemos recibir la advertencia del Señor. Pidamos que Él restrinja nuestras palabras y que aprendamos a no abrir nuestra boca apresuradamente ni de manera ligera. Si una persona es disciplinada o no, se ve por la manera en que controla su lengua. Si alguien es disciplinado, su lengua siempre estará restringida. Debemos prestarle especial atención a este asunto.

Octavo, también debemos prestar especial atención al asunto de las mentiras. La persona de doble lengua, a la cual hemos aludido, es pariente cercano del mentiroso. Todo lo que se dice con la intención de dar una falsa esperanza o una falsa impresión cae en la categoría de la mentira. En ocasiones puede ser que una mentira no contenga nada falso, pero es hablada hábilmente para dar a otros una falsa impresión, y esto en realidad es una mentira. Debemos recordar que la honestidad en nuestro hablar es un asunto de motivos y no es simplemente un asunto de exactitud en las palabras. Si un hermano nos hace una pregunta que no deseamos o no podamos contestar, entonces debemos rehusarnos a darle una respuesta de una manera cortés, y no engañar al hermano. Un enunciado falso es una mentira, y todo lo que les dé a otros una falsa impresión también es una mentira. Queremos que la gente crea la verdad; por lo tanto, no debemos usar palabras, aunque sean ciertas, para transmitir una falsa impresión. El hablar de los hijos de Dios siempre debe ser: "Sí, sí; no, no". Lo que vaya más allá de esto, proviene del maligno. En una ocasión el Señor les habló a los judíos de una manera muy fuerte, diciéndoles: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer… Cuando habla mentira, de lo suyo propio habla; porque es mentiroso, y padre de mentira" (Jn. 8:44). El diablo es el autor de las

mentiras. Él fue mentiroso desde el principio; aún hoy en día él está lleno de mentiras. Él es un mentiroso y padre de mentira. Sería inconcebible que un hijo de Dios y, aún más, que un obrero del Señor mintiera. Con todo, ciertamente algunos lo hacen. Esto es deplorable. No hay enfermedad más terrible que ésta. ¡Éste es un problema serio, muy serio y muy grave! Debemos prestar toda nuestra atención al asunto de las mentiras. No debemos pensar que todo lo que decimos es siempre exacto. Cuanto más cuidadosos seamos, más nos daremos cuenta de lo difícil que es ser precisos en todo lo que decimos. Algunas veces nuestra intención es hablar la verdad, pero sólo con un pequeño descuido erramos el blanco. Si nos desviamos fácilmente aun tratando de ser exactos, ¿cuánto más nos desviaremos del blanco si no tratamos conscientemente de hablar con exactitud? Es muy difícil hablar la verdad aun cuando tenemos cuidado de lo que decimos, y es aun más difícil hablar la verdad cuando no controlamos nuestras palabras. Así que, debemos estar en guardia, prestar atención a nuestras palabras y nunca hablar a la ligera. De lo contrario, no seremos aptos para servir a nuestro Dios. Dios no puede usar una persona que es Su portavoz por un momento y el vocero de Satanás al siguiente. No, Él nunca puede usar a tal persona.

Noveno, debemos prestar especial atención a otro punto en cuanto al hablar: no contender ni levantar la voz. La Biblia profetizó acerca del Señor: “No contenderá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles Su voz” (Mt. 12:19; Is. 42:2). Pablo dijo: “El esclavo del Señor no debe ser contencioso” (2 Ti. 2:24). Esto significa que el siervo del Señor no debe contender ni levantar la voz. Levantar la voz es una expresión de rudeza. El siervo del Señor debe vivir bajo tal control que “no contienda, ni vocee”. No debe altercar con nadie. Levantar la voz por lo general denota falta de poder, por lo menos el poder del dominio propio. Ningún siervo del Señor debe hablar tan fuerte que su vecino escuche su voz. Nadie podía escuchar la voz del Señor en las calles. Este es el ejemplo que Él nos dejó. Esto tiene más valor que simplemente rechazar una mentira. Pese a que hay muchas palabras que son correctas y ciertas, aun así no debemos contender ni gritar. “El esclavo del Señor no debe ser contencioso”. En muchas ocasiones es mejor mantener nuestra boca cerrada. Un hermano o hermana tiene que ser muy suelto para gritarle a otros. Tiene que haber llevado una vida indisciplinada por muchos años para gritar con poca restricción. Todos nosotros debemos restringirnos y disciplinar nuestra propia voz, tal como lo hizo el Señor cuya voz no se escuchó en las calles. Aprendamos a ponerle freno a nuestra lengua para no vocear, gritar o clamar en voz alta. Esto no quiere decir que debamos asumir artificialmente una actitud seria y callada. Debemos ser espontáneos, y al encontrarnos con otros debemos hablarles de una manera apropiada y natural. Pero permanece el hecho que aquellos que nunca han sido disciplinados en su hablar, enfrentarán tiempos difíciles en la obra. Esperamos que

todos los obreros del Señor aprendan a ser más finos, más tiernos y que ninguno sea áspero ni rudo. Nuestro Señor es muy fino y tierno. Él no contendió ni voceó y nadie escuchó Su voz en las calles. Los siervos de Dios deben dar la impresión de que son personas finas y tiernas delante del Señor.

Décimo, debemos prestar atención a nuestros motivos y hechos. Lo que decimos es una cosa, pero nuestro motivo es otra cosa. Los hijos de Dios no sólo deben prestar atención a la exactitud de las palabras, sino también a la exactitud en los hechos. Preferimos ser exactos en los hechos en vez de ser sólo precisos en las palabras. Muchos sólo prestan atención a la exactitud de sus palabras, pero le restan importancia a la exactitud de sus hechos. En realidad, aun cuando seamos muy cuidadosos y exactos en lo que decimos, puede ser que aún estemos en error. Delante del Señor debemos prestar atención a la exactitud de los hechos. Si no lo hacemos, aun si nuestras palabras son correctas, seremos de poco uso para el Señor. Algunos hermanos y hermanas prestan mucha atención a sus palabras; sin embargo, no son de confiar porque, aunque nunca hallamos errores en sus palabras, sabemos que sólo se preocupan de la exactitud de sus palabras y no les interesa lo correcto que puedan ser los hechos. Supongamos que usted aborrece a un hermano en su corazón. Esto es un hecho. En lo que respecta al hecho, usted lo aborrece, pero cuando le ve en la calle, lo saluda como si todo estuviera bien. Cuando él lo visita, usted le sirve comida, y cuando él está enfermo, lo visita. Cuando él tiene necesidad, usted le ayuda con dinero o vestido. Tal vez otro hermano venga a usted y le pregunte: “¿Cómo se siente usted acerca de este hermano?”. Pese a que en su corazón usted no lo ama, aun así contesta: “¿No lo saludo con respeto? ¿No lo visito cuando está enfermo? ¿No le ayudo cuando está en necesidad?”. Es verdad que usted tiene todos estos argumentos. Legalmente, la razón puede estar de su lado y todas sus palabras pueden ser correctas, pero aún así usted está mintiendo, porque lo que dijo no refleja la realidad de los hechos. Algunos hermanos y hermanas le prestan mucha atención a la forma de proceder. Nadie puede encontrar faltas a sus procedimientos; sin embargo, su corazón dice algo totalmente diferente. Esto está mal. No es bueno estar bien en cuanto a las palabras pero estar incorrecto en cuanto a los hechos. Cuando hablemos con otros, no sólo debemos asumir un procedimiento correcto y asumir que estamos diciendo la verdad, sino más bien debemos prestar especial atención a nuestro motivo delante del Señor. Éste es el asunto fundamental que está detrás de nuestras palabras. No piense que es suficiente usar las palabras precisas. No piense que es suficiente con ser agradables y corteses con los demás. No puede afirmar que sólo porque tiene estas cualidades y atenciones con aquel hermano, usted no lo aborrece. Debemos considerar los hechos. La prueba no radica en las palabras que se hablan. Debemos hablar la verdad, lo que son realmente los hechos. Si los

hechos son incorrectos, aún estaremos mintiendo aunque usemos las palabras correctas. Lamentablemente, esta es la manera en que viven muchas personas. Al hablar, no sólo debemos ser cuidadosos de las palabras mismas, sino debemos ir más allá, a nuestros motivos y darle la importancia debida a los hechos.

Onceavo, no debemos hablar palabras ociosas, "porque de la abundancia del corazón habla la boca ... de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio" (Mt. 12:34-36). Después de esto el Señor dijo: "Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado" (v. 37). Cuando los hijos de Dios se reúnen es aconsejable evitar palabras ociosas. Esto no quiere decir que no se saluden y que no puedan comentar sobre el clima o el arreglo del jardín. El saludo nos ayuda a mantener las relaciones humanas y es apropiado usarlas en nuestra conversación, pero las palabras ociosas son los chismes sobre esta o aquella familia, que no tienen nada que ver con nosotros directamente; simplemente son innecesarias. El Señor Jesús dice: "De toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio". Las palabras ociosas no se hablarán una, sino dos veces. Son habladas hoy por nosotros y serán mencionadas otra vez en el día del juicio. Ellas serán repetidas. En el día del juicio tendremos que dar cuenta por todas y cada una de las palabras ociosas. Un día descubriremos las muchas palabras ociosas que hemos hablado, y Dios nos justificará o condenará basado en ellas. Por esta razón, no debemos hablar ninguna palabra a la ligera.

Debemos desechar los chistes, habladurías triviales y las bufonerías. Por supuesto, esto no incluye cuando algunos hermanos y hermanas ocasionalmente hacen comentarios ingeniosos o les dicen algunas palabras divertidas a sus hijos o nietos, eso es un caso distinto. Pero Pablo en su Epístola a los Efesios nos advierte sobre: "obscenidades, palabras necias, o bufonerías maliciosas" (5:4). Estas son palabras frívolas y debemos rechazarlas y apartarnos de ellas.

Por otra parte, no debe haber ningún burlador entre nosotros. Cuando el Señor estaba en la cruz, los hombres hicieron burla de Él, diciendo: "Dejad, veamos si viene Elías a bajarle" (Mr. 15:36). Esto es burlarse. Los que no creen en la segunda venida del Señor se burlan y dicen: "¿Dónde está la promesa de Su venida? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2 P. 3:4). Otros pueden burlarse y hacer toda clase de bufonerías, pero los hijos de Dios no debemos permitir que estas cosas salgan de nuestra boca.

Hay muchas otras clases de palabras impropias, tales como las palabras que se dicen a espaldas de los demás o las críticas. Las palabras injuriosas son pecado y deben desecharse (Tit. 3:10); éstas definitivamente no deben salir de la boca de los cristianos. Tenemos que cuidarnos de no decir todas estas clases de palabras y abstenernos de ellas.

TRES

El obrero del Señor debe hablar palabras precisas; no debe ser descuidado en su hablar. Únicamente debe transmitir la palabra de Dios. Si disciplina su lengua se evitará de muchos enredos. Nuestro corazón se duele al ver cuántos obreros del Señor no son capaces de restringir sus palabras. Tal vez estos obreros puedan entretener a los hermanos y hermanas con sus interesantes cuentos y su palabrería, pero ciertamente perderán el respeto de la audiencia cuando hablen la palabra del Señor. No piensen que todo estará bien si acostumbran bromear y hacer chistes con los hermanos y hermanas. Tal vez haya mucho entretenimiento con las bromas y los chistes, pero cuando queramos hablar seriamente la palabra de Dios, ellos le darán la misma importancia que a nuestros cuentos e historietas, y nuestras palabras perderán peso. Algunos hermanos podrán ganar los oídos de la audiencia, mientras que otros dirán lo mismo y no serán escuchados con el mismo interés. Debemos considerar por qué unos capturan a la audiencia y otros no. Sus palabras pueden ser las mismas. Ciertamente la palabra de Dios es la misma, pero la diferencia está en la manera en que ellos hablan en su vida diaria. Prestemos la debida atención a este asunto. Podemos ser iguales en cuanto se refiere a hablar la palabra de Dios, pero si somos diferentes con nuestro otro hablar, seremos distintos en lo que se refiere al poder de la palabra de Dios. Si tenemos el hábito de hablar a la ligera y nos entregamos a conversaciones sin restricciones, cuando hablemos la palabra del Señor el impacto de nuestras palabras en nuestra audiencia será el mismo que cuando hablemos vanas palabrerías, habrá muy poco impacto. Hermanos y hermanas, recordemos que de una fuente no puede brotar agua dulce y amarga a la vez. No se puede suplir agua dulce en una ocasión y agua amarga en otra. El agua amarga siempre será amarga. Aunque en ocasiones el amargor se puede moderar un poco, aún con esto seguirá siendo amarga. Si mezclamos agua limpia y agua sucia, el agua sucia no se volverá limpia; más bien, el agua limpia se ensuciará. Muchos hermanos no tienen impacto en su hablar, no porque la palabra que predican esté mal, sino porque las cosas que hablan en su vida cotidiana, fuera del podio, están mal. Cuando ellos predican la palabra de Dios, nadie les escucha. Tenemos que recordar que las palabras que hablamos desde el podio son reguladas por las palabras que hablamos fuera del podio. Si fuera del podio hablamos de manera necia e insensata, dicho hablar dañará por

completo lo que digamos desde el podio. El agua dulce se volverá amarga. No es necesario preparar nuestro mensaje tan laboriosamente antes de predicar, pero sí es muy necesario cuidar y restringir nuestra conversación normal diaria. No esperemos tener poder en nuestro servicio al Señor si no nos restringimos en nuestro vivir diario. Si somos sueltos e imprecisos en nuestras palabras, si confundimos la verdad con lo falso, bromeamos y hacemos chistes todo el tiempo y hasta mentimos, no tendremos poder en nuestro servicio. Tenemos que comenzar por controlar nuestra lengua para que podamos predicar la palabra de Dios.

Además, las palabras precisas tienen mucho que ver con la lectura de la Biblia. La Biblia es el libro más preciso del mundo, y la palabra de Dios es la única palabra precisa en el mundo. Si no tenemos el hábito de hablar con precisión, no podemos leer la Biblia, mucho menos predicarla. Algunos hermanos no pueden leer la Biblia debido a la condición en que se encuentran. Se requiere cierto carácter para ser un predicador del evangelio, y también requerimos dicho carácter para leer la Biblia. Una persona descuidada no es apta para leer la Biblia debido a que la palabra de Dios es muy precisa. Una persona descuidada pasará por alto lo que lee en la Palabra; de hecho, la entenderá equivocadamente.

Pongamos un ejemplo para mostrar el significado de ser precisos. De acuerdo con Mateo 22, los saduceos no creían en la resurrección. Un día ellos vinieron al Señor y le formularon una pregunta, diciendo: “Maestro, Moisés dijo: Si alguno muere sin tener hijos, su hermano, como pariente más cercano, se casará con su mujer, y levantará descendencia a su hermano. Hubo, pues, entre nosotros siete hermanos, el primero se casó, y murió; y no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano. De la misma manera también el segundo, y el tercero, hasta el séptimo. Y después de todos murió la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?” (vs. 24-28). Para ellos la resurrección era un hecho inconcebible. Preferían creer que no existía tal cosa, porque si hubiera la resurrección, eso complicaría todo. Así que, era más conveniente para ellos no creer en la resurrección. Ellos vinieron y discutieron con el Señor, trayéndole un problema que parecía no tener solución. Pero Jesús contestó: “Erráis por no conocer las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles en el cielo. Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: ‘Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob’? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos” (vs. 29-32). Ciertamente los saduceos leían las Escrituras, pero el Señor les dijo que ellos no conocían las Escrituras. El hablar de ellos era tan descuidado que les era imposible apreciar la absoluta precisión de las declaraciones de Dios. Nuestro Señor sólo citó un breve pasaje de

Éxodo 3 para comprobarles la resurrección: Dios se llama a Sí mismo el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. ¿Cómo este pasaje tan corto puede probar la resurrección? El Señor siguió y les explicó: “Él no es Dios de muertos, sino de vivos”. Para los saduceos, Abraham estaba muerto, Isaac también y Jacob igualmente; para ellos, los tres estaban muertos. Si éste era el caso, ¿no hacía esto que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob fuera el Dios de los muertos? Pero Dios no es Dios de muertos. ¿Cómo puede ser esto? Ya que Dios no es Dios de muertos, entonces Abraham no debe haber permanecido muerto para siempre. Lo mismo tiene que ser cierto en cuanto a Isaac y Jacob. Pero, ¿cómo puede un muerto dejar de estar muerto? Sólo si es resucitado. Así que, Abraham, Isaac y Jacob deben haber sido todos resucitados porque Dios no es Dios de muertos sino de vivos. El Señor Jesús les contestó a los saduceos de esta manera. Nuestro Señor era muy exacto en todo lo que decía. En dicha ocasión, Él puso en evidencia la inexactitud de los saduceos y su ignorancia de la Biblia.

Si somos descuidados en nuestro hablar, no apreciaremos cuán exacta es la Palabra de Dios. Una persona cuyo carácter es descuidado no se interesa por la exactitud y es incapaz de ser exacto no es capaz de poseer y contener la Palabra de Dios. La Biblia es el libro más exacto que existe; es exacto hasta la última jota y tilde. El Señor dijo: “Ni una jota ni una tilde pasará de la ley” (Mt. 5:18). Dios tiene un propósito con cada jota y tilde; Él nunca es descuidado. Ya que Dios es tan exacto en Sus palabras, sus obreros también deben ser exactos al hablar. Hermanos y hermanas, Dios nunca tiene un hablar ambiguo, nunca es descuidado. Sus palabras siempre tienen un firme cimiento; cada una de ellas es segura e inconmovible. Cuanto más leemos Su Palabra, más nos daremos cuenta que no se le puede añadir ni quitar ni una sola palabra. Debemos prestar atención al hecho de que nadie que sea descuidado en su hablar puede ser un siervo del Señor. Una persona que es suelta en su hablar no tendrá impacto entre los hermanos y no podrá manejar bien la Palabra de Dios. Algunos hermanos sólo hacen sufrir a la audiencia cuando hablan desde el podio. Sólo hay que escuchar un mensaje de ellos para darse cuenta de lo descuidados que son. Una persona descuidada sólo puede hablar palabras desordenadas, aun cuando presente la Palabra de Dios lo hará de una manera descuidada. Si es una persona descuidada en su vivir cotidiano, ¿cómo no puede ser descuidado cuando habla desde el podio? Ninguna persona desordenada puede leer la Biblia ni es capaz de hablar por el Señor. Que Dios tenga misericordia de nosotros. Que recibamos misericordia para tener un hablar preciso. Debemos ofrecer una oración al Señor, diciendo: “Señor, dame la lengua de un aprendiz para que no sea suelto, descuidado ni defectuoso en mi hablar. No quiero sufrir mucha pérdida. No quiero perder mi testimonio”. Si somos descuidados al hablar no podremos leer ni entender la Palabra de Dios. Al estudiar la Biblia, debemos

descubrir los hechos, pero una persona descuidada no es capaz de encontrar ningún hecho. A fin de apreciar la exactitud de cada palabra de Dios, necesitamos primero aprender a hablar de una manera cuidadosa y cautelosa.

CUATRO

Cada obrero del Señor tiene una función especial. Tiene su propia porción especial delante del Señor, y Dios la usa al ponerla de manifiesto. Sin embargo, debe también tener un desarrollo balanceado en otras áreas. Un desarrollo balanceado eliminará toda grieta o defecto en su ministerio. Si un hermano es bueno en su especialidad, pero fracasa en otras áreas, su ministerio será dañado debido a estas grietas de escape. En los capítulos anteriores abarcamos varios rasgos del carácter, tales como saber escuchar a los demás, amar a la humanidad, armarse con una mente dispuesta para sufrir, golpear el cuerpo y ser diligentes. Estos son los requisitos básicos que debemos tener. Ningún siervo de Dios debe carecer de estos rasgos del carácter. El tema de este capítulo —ser restringidos en nuestro hablar— es otro rasgo básico. Alguien que habla descuidadamente no puede transmitir la palabra de Dios con exactitud. Muchos hermanos pudieran tener un futuro brillante y prometedor si no fuera por el hecho de que su lengua es muy suelta; y por esta razón pierden toda su fuerza ante Dios.

Tenemos que guardar nuestro valor espiritual, nuestro peso espiritual y nuestra utilidad espiritual delante del Señor por cualquier medio. No debemos desperdiciar la porción especial que Dios nos ha dado. No debemos dejarla escapar un poco aquí y otro poco allá; antes bien, debemos tapar todos los agujeros por donde se nos pueda escapar para así preservar nuestro ministerio. La preocupación más crucial que debe tener todo obrero del Señor es preservar su ministerio. Si no preservamos nuestro ministerio, todas las cosas y las responsabilidades que Dios nos ha dado se perderán poco a poco y al final no quedará nada. No podemos ser descuidados con ninguna palabra que digamos. Debemos recibir las correcciones, reprensiones y juicios de parte del Señor. Hermanos y hermanas, no es suficiente sólo recibir las cosas positivas. También debemos esforzarnos por preservarlas para que no se pierdan. Si no restringimos nuestro hablar, ciertamente perderemos las cosas positivas que hemos recibido.

Cuando estemos ante el tribunal de Cristo, descubriremos que el daño causado por hablar descuidada y frívolamente excede a todo el daño causado por otras carencias. Esto se debe a que tal daño no paró con nosotros mismos, sino que también causó gran destrucción en la vida de otras personas. Cuando las palabras son dichas ellas no paran con nosotros. Una vez que hablamos algo, eso continúa esparciéndose. Supongamos que algunos hermanos dicen algo impropio. Una vez

que las palabras se fugan de su boca, ya no se pueden retractar. Podemos arrepentirnos de nuestra insensatez y podemos pedir perdón. Incluso podemos enterrarnos en cenizas y arrepentirnos diciendo: “Señor, he dicho algo impropio”. Ciertamente la sangre del Señor nos limpiará, pero las palabras que salieron de nuestra boca no serán quitadas. Éstas continuarán en la tierra. Podemos confesar nuestros pecados al Señor y a los hermanos, y ambos pueden perdonarnos, pero las palabras que hemos hablado permanecerán y continuarán propagándose. Algunos obreros pueden carecer de la disposición para sufrir. Otros pueden tener el problema que no saben escuchar o la debilidad de ser perezosos. Sin embargo, el problema de hablar sin restricción puede ser más serio que incluso la pereza, el no ser buenos oidores o la falta de disposición para sufrir. Las palabras dichas descuidadamente liberan una corriente de muerte que fluye y se propaga esparciendo muerte por dondequiera que va.

Hermanos y hermanas, ante hechos tan serios tenemos que ser extremadamente cuidadosos con nuestro hablar. Debemos arrepentirnos delante del Señor por muchas palabras que han salido de nuestra boca. Tales palabras no producen buen fruto; de hecho, dañan en muchas maneras. Muchas de las palabras que proferimos en el pasado fueron palabras “ociosas”, pero ahora no sólo son simples palabras “ociosas”, sino que se siguen esparciendo por toda la tierra. En el momento que las dijimos fueron simplemente palabras “ociosas”, pero después de un tiempo siguen siendo muy activas y han estado causando mucho daño. Debemos pedir la misericordia de Dios para ser limpiados de nuestro pasado, y en el presente debemos pedirle que nos discipline y nos purifique radicalmente, quemándonos con brasas encendidas (Sal. 120:3-4). Si Él nos disciplina de tal manera que queme nuestra boca, ya no la abriremos tan apresuradamente y nos ahorraremos muchos lamentos en el futuro. Muchos errores, una vez cometidos, son irreparables. Lot pudo arrepentirse y regresar a su antigua posición, pero Moab y Amón aún están con nosotros hoy. Abraham pudo engendrar a Isaac después de arrepentirse, pero para entonces Isaac ya tenía un enemigo. Abraham pudo despedir a Agar, pero el problema que había creado todavía persiste. Una vez que emitimos nuestras palabras, no se detienen, y el problema que causan no para. Debemos orar para que el Señor queme nuestra lengua con Su fuego encendido, para que no pronunciemos nunca más palabras ociosas ni mentiras y para que ya no tengamos más una lengua desenfrenada. Debemos orar para que nuestra lengua sea la lengua de un instruido. Sólo cuando el Señor ponga nuestra boca bajo un estricto control y dejemos de hablar descuidadamente, podemos esperar que Él nos use como Sus portavoces. De otra manera, de una misma fuente seguirán brotando dos clases de agua. No podemos darles a otros agua dulce y amarga a la vez. Podemos sentir la carga de servir a Dios y de participar en Su obra, pero no podemos hablar la Palabra de Dios

un momento y la del diablo al siguiente. Tenemos que pedirle al Señor que por Su gracia le pongamos fin a nuestra boca desenfrenada. Debemos decirle al Señor: "Permite que todas mis palabras sean aceptables a Ti, tal como mi corazón lo es". ¡Que el Señor tenga misericordia de nosotros!

El Señor Jesús dijo: "Y por ellos Yo me santifico a Mí mismo" (Jn. 17:19). Todo siervo de Dios que desea servirle tiene que aprender a santificarse a sí mismo dondequiera que esté. Para servir a otros tenemos que santificarnos a nosotros mismos en nuestro hablar. Hablar es una gran tentación. Cuando tres, cinco, ocho o diez personas están enfrascadas en alguna conversación, es una gran tentación el unirse y ser parte de ellos. Tenemos que aprender a santificarnos, a apartarnos de los demás y no mezclarnos con ellos. No debemos hablar ligeramente. Debemos tener las palabras y la lengua del que ha sido instruido. Nuestros labios tienen que pasar por el fuego. Nunca debemos exponernos a ceder a la tentación. Cuando otros hermanos y hermanas están enfrascados en conversaciones inapropiadas, lo primero que tenemos que hacer es apartarnos de ellos. Tan pronto como nos mezclemos con ellos y nos hagamos uno con ellos, ya habremos caído. Tenemos que separarnos de ellos y apartarnos de su medio. Cada vez que oigamos conversaciones frívolas, no debemos ceder a la tentación, ni debemos asociarnos con tales personas. Siempre debemos separarnos. Creo que Dios nos concederá Su misericordia para edificarnos poco a poco con Su gracia.

CAPÍTULO SIETE

SER ESTABLES

UNO

La estabilidad es otro rasgo del carácter que debe hallarse en la vida de todo obrero cristiano. En realidad, la estabilidad en el carácter equivale a la estabilidad en nuestras emociones. Algunas personas son sólidas y estables delante del Señor, pero otras son sueltas e inestables. Debido a que no tienen convicciones, están a la merced del medio ambiente. Muchos no son confiables por naturaleza, no porque ellos quieran ser así, sino porque su carácter no es confiable. Tan pronto algo les afecta, ellos cambian. No son estables en su carácter. Dios requiere que Sus siervos posean un carácter estable, sólido, confiable e inconmovible.

En la Biblia tenemos el caso de un hombre que era fácilmente sacudido, quien era conocido como Simón Pedro. Leamos algunos versículos acerca de él. Mateo 16:13-16 dice: "Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a Sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron:

Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o uno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". En 1 Juan 5:1 dice: "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios" y el versículo 13 dice: "Estas cosas os he escrito a vosotros los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna". Cuando Pedro dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente", sin duda tuvo que haber tocado la vida de Dios, y al tocarla, supo esto. Ahora, leamos Mateo 16:17: "Entonces le respondió Jesús y dijo: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos". Hermanos y hermanas, el simple hecho de estar con el Señor Jesús, seguirlo y estar a Su lado, no nos garantiza que le conozcamos. Únicamente podemos conocerle por medio de la revelación dada por el Padre que está en los cielos. Ahora prestemos atención al versículo 18, que dice: "Y Yo también te digo, que tú eres Pedro [*Petros*], y sobre esta roca [*petra*] edificaré Mi iglesia". Tenemos que ver que la iglesia es algo inconmovible. El fundamento de la iglesia es inconmovible y la iglesia misma también lo es. Ya que éste es el caso, todos los siervos del Señor también deben ser inconmovibles. El Señor dijo: "Sobre esta roca edificaré Mi iglesia". Ya que la iglesia es edificada sobre esta roca, debemos prestarle atención a esta roca.

En el versículo 18, el Señor parecía estar haciendo referencia oculta al pasaje de Mateo 7, en donde Él habla de los que edifican su casa sobre la arena, y cuando la lluvia, el viento y los ríos vienen, ésta tambalea y cae. Luego Él advirtió que debemos edificar nuestra casa sobre la roca, para que ésta no caiga cuando vengan las lluvias, los ríos y los vientos. El Señor afirmó que la iglesia está edificada sobre la roca, lo cual significa que la iglesia nunca caerá. Pueden venir las lluvias, y los vientos y los ríos harán su obra, pero el edificio no caerá. La iglesia nunca se derrumbará, aunque la azoten la lluvia, el agua y el viento, porque está firmemente edificada sobre la roca. Es estable, inconmovible e inamovible. Esta es la naturaleza subyacente de la iglesia. Pablo le dijo a Timoteo que la casa de Dios, la cual es la iglesia, es la columna y el fundamento de la verdad (1 Ti. 3:15). La iglesia es como una columna, la cual nunca puede ser movida. Una silla puede ser sacudida y movida, pero una casa no puede moverse de un lugar a otro. La naturaleza subyacente de la iglesia consiste en que ésta es un edificio fundado sobre la roca. Tal roca es estable e inconmovible. Los hijos de Dios son piedras pequeñas (*litos*) establecidos sobre la roca única. En el capítulo 2 de su primera epístola, Pedro escribió que nosotros somos piedras vivas de Dios y que estamos siendo edificados en una casa espiritual (v. 5). Cada hermano y hermana es una piedra viva edificada sobre la roca. La superestructura de la iglesia es de la misma sustancia que el fundamento. El material para la superestructura es igual que el material para el

fundamento. La iglesia no tiene ladrillos, únicamente piedras. La torre de Babel fue hecha de ladrillos hechos por el hombre, los cuales son una imitación de la piedra. Pero en la iglesia no hay ladrillos; aquí no hay ninguna cosa hecha para dar estabilidad fabricada por el hombre. La iglesia está edificada sobre la roca. Cada uno de nosotros es una piedra y somos edificados juntos, pieza por pieza, en una casa espiritual. Tenemos que abrir nuestros ojos para ver la naturaleza intrínseca de la iglesia. La iglesia del Señor es algo inconmovible. En Mateo 16:18 el Señor continúa diciendo: "Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella". La iglesia es inconmovible. El fundamento de la iglesia es la roca, algo inconmovible, y la iglesia misma está hecha de piedras, también inconmovibles. ¿Podemos entonces decir que los ministros en la iglesia pueden ser inestables? De esto es de lo que estamos hablando en este capítulo. No estamos hablando de la iglesia, sino de la persona misma de los ministros. Los ministros no deben ser sacudidos porque son piedras. El Señor le dijo a Pedro: "Tú eres Pedro". Esto significa: "Tú eres una *piedra*". "Y sobre esta roca edificaré Mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella". Pedro representa a todos los ministros de la iglesia. Un ministro y siervo de Dios debe ser una piedra. Aunque la piedra no es tan grande como la roca, es de la misma naturaleza que la roca y es igual de inconmovible.

En el versículo 19 el Señor dijo: "Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en la tierra habrá sido atado en los cielos; y lo que desates en la tierra habrá sido desatado en los cielos". La promesa que el Señor le hizo a Pedro también fue una promesa dada a la iglesia. Esta promesa llegó a ser posesión de la iglesia en Mateo 18, pero primero el Señor se la dio a Pedro. Lo que muestra claramente que el Señor consideró a Pedro como uno de sus ministros. El Señor le dio las llaves del reino de los cielos para que él pudiera abrir las puertas. En el día de Pentecostés Pedro abrió una puerta, y en la casa de Cornelio abrió otra. Él abrió la puerta a los judíos y abrió la puerta a los gentiles. Esto es lo que hizo una piedra. Antes de que Simón llegara a ser Pedro (una piedra), él no podía usar las llaves. Hoy en día, no todos los que se llaman Pedro, son Pedros; de la misma manera, no todos los que se llaman Israel son hombres de fuerza. Una persona puede llamarse Israel y ser una persona débil. Aquí vemos a una persona cuyo nombre era Pedro. El Señor puso las llaves en sus manos. Sin embargo, él sólo pudo usar las llaves después de que verdaderamente vino a ser un Pedro, una piedra. Cuando ese día llegó, todo lo que él ató fue atado, y todo lo que desató fue desatado.

La efectividad de un ministro tiene mucho que ver con la estabilidad de su carácter. Este es un requisito básico. Si una persona es voluble delante de Dios, no puede ser un ministro, y la iglesia no le puede seguir. Un problema fundamental con algunos hermanos y hermanas es la falta de un carácter estable. Ellos cambian

constantemente. Son llevados de un lado a otro y nunca están estables ni firmes delante del Señor. Por consiguiente, no pueden servir a la iglesia, debido a que no pueden permanecer firmes y estables, y las puertas del Hades fácilmente prevalecen contra ellos.

Le damos gracias al Señor porque escogió a Pedro como un modelo. Dios busca hombres cuya naturaleza sea la misma que la naturaleza del fundamento sobre el cual están edificados, y que también sean de la misma naturaleza que la superestructura del edificio del cual ellos forman parte. Un ministro debe ser una piedra estable. Gracias a Dios que Pedro fue escogido como tal modelo, porque su caso nos muestra que Dios puede hacer estable a cualquiera de nosotros. Aquí vemos a un hombre llamado Pedro, pero él no siempre fue un “Pedro”. Aunque su nombre hacía referencia a una piedra, su carácter era como agua. No era una persona confiable. Él era una cosa en un momento y en el siguiente otra. Un minuto era osado, y al siguiente minuto era muy débil. Ésta era la clase de persona que era Pedro. El Señor escogió a tal clase de persona para mostrarnos cuán inestable puede ser la naturaleza de un hombre antes de que sea disciplinado por el Señor. Tal persona no puede usar las llaves ni puede ser útil al Señor en ninguna manera hasta que llegue a ser una piedra. Dios sólo puede usarlo una vez que su naturaleza voluble haya sido disciplinada por el Señor. Agradecemos al Señor porque el carácter de las personas puede ser cambiado; el carácter no es algo incambiable. Pedro era una persona inestable; sin embargo, pudo ser cambiado en una persona estable. Cuando la luz del Señor quema nuestra lengua, dejamos de hablar de una forma suelta. Cuando un hombre perezoso es corregido, su pereza se extingue. El Señor maldijo la higuera, y ésta se secó. La reprensión del Señor conlleva Su maldición, y donde está Su maldición, hay languidez y muerte. Si nunca le hemos tocado a Él, podemos seguir viviendo descuidadamente, pero tan pronto le tocamos nuestra frivolidad desaparece. Tan pronto como la luz de Dios nos toca, ya sea mediante un mensaje o por la reprimenda directa de un hermano, algo en nosotros se marchita. La reprensión del Señor produce una inmediata pérdida de nuestras fuerzas. De lo que estamos hablando es de una reconstitución, o sea, de rehacer nuestro carácter. Muchas personas tienen un carácter que les impide escuchar a otros, o pueden tener un carácter demasiado frío, perezoso o débil. Sin embargo, tan pronto Dios los toca, o un hermano viene y les señala su insensibilidad para escuchar o su debilidad, ellos reciben la luz y algo en ellos languidece. Fue por la gracia de Dios que Pedro fue escogido. Si no hubiera sido por Pedro, todos aquellos que son débiles e inestables no tendrían esperanzas. Pero el Señor escogió a un hombre y lo llamó Pedro, y después de hacerlo un “Pedro”, le dio las llaves para introducir a los hombres en la iglesia.

DOS

La Biblia nos dice que después de que Pedro reconoció al Señor como el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Señor le dijo: "No te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos" (Mt. 16:17). Pedro no tenía mérito alguno en ello, pues esto fue obra absolutamente de Dios; sin embargo, la revelación del Padre lo capacitó para ver que el Señor era el Cristo y el Hijo de Dios. Pedro recibió una revelación del Padre, de Dios mismo. Tal revelación no es conocida a la carne y sangre, incluso era desconocida por la propia carne y sangre de Pedro. El mismo pasaje continúa diciendo: "Desde entonces comenzó Jesús a manifestarles a Sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer muchas cosas de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reprenderle, diciendo: ¡*Dios* tenga compasión de Ti, Señor! ¡De ningún modo te suceda eso! Pero Él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de Mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mente en las cosas de Dios, sino en la de los hombres" (vs. 21-23). En el pasaje anterior Pedro recibió la visión, mientras que en este pasaje, Pedro se convirtió en un instrumento de Satanás. En los versículos anteriores Pedro tocó a Dios el Padre, pero ahora tocó a Satanás. En la primera ocasión pudo decir: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". En la segunda dijo: "¡*Dios* tenga compasión de Ti, Señor! ¡De ningún modo te suceda eso!". Estas dos declaraciones están de distantes como lo están el polo norte y el polo sur. Si nuestro entendimiento es el correcto, podríamos afirmar que ninguna otra revelación en los cuatro evangelios es tan elevada como la revelación de Pedro. Fue el Padre quien le dio tal revelación a Pedro; él reconoció al Señor como "el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Entonces el Señor declaró que la iglesia sería edificada sobre este conocimiento, sobre esa roca. Ciertamente Pedro recibió una gran revelación, la cual no había visto ninguno de los seguidores y amigos del Señor. Tal vez la revelación que Pedro recibió y vio debe considerarse como la revelación máxima. No obstante, en el mismo capítulo él cayó hasta lo más profundo; no sólo habló según la carne, sino por Satanás. En un momento él habló según el Padre, pero al siguiente se volvió y habló conforme a Satanás. ¡Qué cambio tan drástico! Si la iglesia fuera edificada sobre tal ministro, ciertamente las puertas del Hades prevalecerán contra ella. Pero la iglesia no puede ser edificada sobre alguien tan inestable; más bien, necesita ser edificada por hombres cuya constitución sea piedra. Los ministros de la iglesia deben ser tan estables como piedras. No pueden ser portavoces de Dios en un momento y portavoces de Satanás en otro. Éste es un asunto muy serio. No mucho después de que Pedro recibiera la revelación más elevada, él cayó hasta el abismo más bajo. Él trató de evitar que el Señor fuera a la cruz. No puso su mente en las cosas de Dios y fue utilizado por Satanás. Cuando se

libera la palabra de Satanás, las puertas del Hades se abren, y si Satanás y las puertas del Hades prevalecen, la iglesia es derrotada. Si el Señor no hubiera transformado a Pedro en una piedra estable, la iglesia no tendría esperanzas. Hoy necesitamos ministros que sean estables como piedras. Tienen que ser firmes e inconmovibles. No pueden ser de una manera un día y de otra el día siguiente, diciendo una cosa en un momento y otra muy distinta en otro momento. Si somos sólidos y firmes delante del Señor, veremos la realidad de la iglesia y tendremos la bendición y la victoria sobre las puertas del Hades. Pero si somos débiles e inestables, Satanás abrirá su boca inmediatamente y las puertas del Hades se abrirán. En Pedro vemos un contraste drástico, porque habían grandes discrepancias en su carácter. Este es un cuadro que nos presenta la naturaleza vieja de Pedro, antes de que fuera cambiada.

Después de la última cena el Señor Jesús le dijo a Sus discípulos: "Todos vosotros tropezaréis por causa de Mí esta noche; porque escrito está: 'Heriré al Pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas'". Pedro respondió a esto: "Aunque todos tropiecen por causa de Ti, yo nunca tropezaré" (26:31, 33). La palabra de Pedro se basaba en su manera de ser; él estaba diciendo lo correcto, y no estaba mintiendo en lo más mínimo. Pero debemos recordar que no sabemos todo lo que le hemos dicho al Señor en el momento de nuestra consagración y avivamiento. Pedro era una persona muy rica en emociones, así que dijo: "Yo jamás tropezaré". Tal convicción descansaba solamente en sus emociones, pero en realidad él no era esta clase de persona. Aquellos que son muy emotivos, tienen que aprender a separar sus emociones de su persona. Tarde o temprano descubrirán que sus emociones no corresponden realmente con su manera de ser. Algunos viven demasiado en la esfera de su mente; siempre están en la mente. Cuando ellos oran y otros les dicen: "Estás orando sólo con tu mente, pero tu corazón no está en tu oración". Ellos contestan: "¿Qué quieres decir con que mi corazón no está puesto en mi oración?". Una persona puede estar tan acostumbrada a estar en su mente que cuando no pone su corazón en lo que hace, puede permanecer engañado y creer que su mente equivale realmente a su corazón, hasta que un día la luz lo ilumina y se da cuenta que su mente no es realmente su corazón. Algunas personas sienten que su corazón arde dentro de ellos, por lo que piensan que aman al Señor. Proclaman con orgullo: "Amo al Señor", pero si otro hermano les dice: "Tal vez piensas que estás amando al Señor, pero en realidad no es así", ellos argumentarán: "Si yo no amo al Señor, ¿entonces quién lo ama?". Sin embargo, una vez que sus emociones sean disciplinadas por el Señor, se darán cuenta que su corazón y sus emociones son dos cosas muy diferentes. Su persona no es lo mismo que su emoción; hay una gran diferencia entre ambas. De la misma manera, hay una gran diferencia entre su mente y su persona. Pedro hablaba basado en su emoción. Él pensaba que era su

persona quien hablaba y se jactaba de que aun si todos los demás tropezaran por causa del Señor, él nunca tropezaría. No se daba cuenta de que el "yo", quien estaba hablando, no era realmente su persona, sino su emoción. No se daba cuenta de cuánto estaba trabajando su hombre exterior. No se percataba de cuánto él estaba viviendo en su hombre exterior. No sabía lo que decía ni se entendía a sí mismo. Entonces el Señor le dijo: "De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces" (v. 34). Pero Pedro aún no se conocía a sí mismo. Así que le dijo al Señor: "Aunque me sea necesario morir contigo, de ninguna manera te negaré" (v. 35). Aquí vemos otros dos extremos. Aunque Pedro dijo que él nunca tropezaría, negó al Señor tres veces. Además, se jactó de que estaba dispuesto aun a morir con el Señor. Sin embargo, cuando la muchedumbre lo señaló como uno de los que habían estado con Jesús, falló y fue atemorizado aun antes de que se le presentara la oportunidad de morir con el Señor.

Estos dos extremos nos muestran que Pedro era una persona muy inestable. Aunque su nombre denotaba que era una piedra, su carácter era tan voluble como el agua; en un momento fluía hacía un lado y al siguiente momento cambiaba hacía el otro. Cambiaba constantemente, en cierto momento su forma era "rectangular" y un rato después parecía ser "circular". Él estaba completamente dominado por su medio ambiente; se convertía en una persona distinta dependiendo de las circunstancias. En el huerto del Getsemaní, se quedó dormido junto con los demás discípulos. En el calor de su jactancia afirmó que aunque otros tropezaran, él jamás tropezaría. Pero en el huerto de Getsemaní, fue vencido por el sueño al igual que todos los demás. Era una persona que parecía ser muy segura al hablar, y se sentía igualmente seguro en sí mismo, pero hacía todo lo contrario de lo que decía. Vivía conforme a sus sentimientos y no según su verdadera persona. Una persona puede vivir tanto en sus sentimientos que ya no sabe realmente cuál es su verdadera persona; llega al grado de confundir sus sentimientos con su persona misma. Así era Pedro; él fue movido por sus sentimientos, afirmó que jamás tropezaría y lo creyó sinceramente. Pero aun antes de afrontar oposición de parte de los hombres, se dejó vencer por el sueño en el huerto del Getsemaní. Su espíritu estaba dispuesto, pero su carne era débil (26:41). Poco después, armándose de valor, sacó su espada e hirió al esclavo del sumo sacerdote cortándole la oreja (v. 51). Fue osado al hacer esto. Amaba tanto al Señor que hizo a un lado toda consideración personal y se puso a la altura, pero poco después, retrocedió nuevamente. Este era Pedro.

Marcos 14 también nos narra la historia de Pedro cuando negó al Señor. Al principio: "Pedro le siguió de lejos hasta dentro del patio del sumo sacerdote; y estaba sentado con los alguaciles, calentándose a la lumbre" (v. 54). Una criada del

sumo sacerdote vino y le dijo a Pedro: "Tú también estabas con el Nazareno, con Jesús" (v. 67). Pedro negó esto y contestó: "Ni sé, ni entiendo lo que dices" (v. 68). Aquí tenemos un hombre que siguió al Señor por tres años y medio. ¿No sabía él quien era el Señor? En un momento sacó su espada y cortó a alguien, mas al siguiente perdió su valentía por completo. El Señor estaba siendo juzgado y todos se mofaban de Él. Y en tales circunstancias, la valentía de Pedro no se manifestó por ninguna parte. Un poco antes, él estaba verdaderamente listo para morir por el Señor, pero ahora estaba amandose a sí mismo y retrocediendo ante el peligro de muerte. Cambió de un extremo al otro. Marcos nos dice que la segunda vez que la criada habló no se dirigió a Pedro, sino a aquellos que estaban a su alrededor, diciendo: "¡Este es uno de ellos!". Después que la criada le habló a Pedro por primera vez, de que él había estado con Jesús el Nazareno, Pedro lo negó y salió afuera, al ante-patio. Pero entonces la criada lo vio otra vez y les dijo a los que estaban cerca, que él era uno de ellos. Entonces Pedro lo negó por segunda vez (vs. 69-70). Mateo 26:72 dice: "Pero él negó otra vez con juramento: ¡No conozco al hombre!". Después de poco tiempo, aquellos que estaban cerca le dijeron a Pedro: "Verdaderamente tú eres uno de ellos, pues además eres galileo" (Mr. 14:70). Pedro comenzó a maldecir y jurar: "¡No conozco a este hombre de quien habláis!" (v. 71). ¡Comenzó a maldecir y jurar! Un poco antes lo había negado con juramento, ahora lo negaba con maldición y juramento. Inicialmente, cuando la criada se dirigió a él, Pedro negó al Señor y salió al ante-patio, porque ya no pudo quedarse en el mismo lugar. Ahí oyó a la criada decirles a los que estaban cerca que él había estado con Jesús de Nazaret. Entonces, negó al Señor con un juramento diciendo que no lo conocía. Finalmente, aquellos que estaban cerca reaccionaron a las palabras de la criada, diciendo que él había estado con Jesús; en esta ocasión no sólo juró, sino que juró y maldijo. En el lenguaje original, griego, se usan tres palabras diferentes para describir la negación de Pedro. Una se usa en su segunda negación, y las otras dos aparecen en su tercera negación. Pedro agotó todas las formas de maldición y juramento posibles. La segunda vez que lo negó, él juró por el nombre de Dios y por el cielo y la tierra. Pero la tercera vez que lo negó, simplemente maldijo y juró. ¡No sólo juró por el nombre de Dios para asegurarles a los otros que no conocía a Jesús, sino que dijo que él mismo sería maldito si conocía al Señor! Su vocabulario fue muy vil. Pedro se degradó y cayó hasta lo sumo. Aquí vemos a un hombre que era todo lo contrario a un "Pedro" o "piedra", es decir, a alguien que debía ser sólido como una roca. Por el contrario, él actuó de una manera en un momento y de otra manera al siguiente. En un momento estaba tan alto como los cielos y al siguiente actuaba como un instrumento de Satanás. En un instante se podía jactar de que nunca tropezaría aunque otros lo hicieran, e inmediatamente después se dejaba vencer por el sueño. En un momento era tan osado como para sacar su espada y cortar la oreja de Malco, y enseguida le temía a una simple criada, al grado de negar

al Señor con maldición y juramento. Tal persona sin duda tenía un serio defecto en su carácter.

TRES

¿Por qué Pedro era tan inestable? Hablando en términos generales, podemos decir que una persona es inestable por tres razones: primero, porque es gobernado por sus emociones; segundo, porque teme sufrir pérdida; es decir, que busca su propia felicidad y le teme a la cruz y al dolor; y tercero, porque le teme a los hombres en general, es decir, teme ofender a los demás. Quiere agradar a los hombres en su medio ambiente. Éstas son las razones básicas de la inestabilidad del hombre.

Pedro era tal clase de persona. Él estaba empañado por sus emociones. Si una persona vive según sus emociones, unas veces puede ser llevado a las alturas más sublimes y otras veces cae en la trampa de Satanás. Las emociones son muy inestables. Nunca hemos visto a una persona que pueda permanecer en el mismo nivel emocional por mucho tiempo. Si alguien vive según sus emociones, está a la merced del capricho de los impulsos emocionales, los cuales lo llevan de frío a caliente o viceversa. Tales personas pueden recibir la misericordia y la revelación de Dios, pero también pueden ser empujados por el impulso de su corazón a exclamar: "¡*Dios* tenga compasión de Ti, Señor! ¡De ningún modo te suceda esto!". Pedro fue un obstáculo para el Señor. Tal parecía que él estaba más claro que el Señor en lo que debía hacer. "Entonces Pedro, tomándole aparte, comenzó a reprenderle". A todas las personas emocionales les gusta ser consejeros del Señor; les gusta hacerle propuestas y tienen un plan para todo. Una persona emocional puede actuar por el impulso de sus emociones y repentinamente volverse a reprender al Señor, diciendo: "¡*Dios* tenga compasión de Ti, Señor! ¡De ningún modo te suceda esto!". Es rápido para sentir, rápido para hablar y rápido para actuar. ¡Pero en realidad su hablar es el hablar de Satanás!

Tenemos que aprender algunas lecciones básicas. Por naturaleza, somos personas emocionales. No pensemos que somos muy distintos que Pedro. Esta debilidad de carácter es el impedimento más grande a nuestra obra. Si no eliminamos este obstáculo, nunca experimentaremos nuestro Pentecostés. Nuestra vida no debe ser controlada por nuestras emociones ni por el impulso de nuestros sentimientos. No debemos ser dirigidos por los estímulos; más bien, debemos negar nuestros sentimientos. Nuestros sentimientos nos llevan un minuto a la izquierda y el otro a la derecha; un minuto hacia el este y el próximo hacia el oeste; un minuto hacia arriba y el otro hacia abajo. Estos sentimientos no provienen del Señor, sino del hombre corrupto en nuestro interior. Si dichos sentimientos ocupan el lugar central en nuestra vida, seremos de poca utilidad en la obra de Dios. Sólo los más

débiles viven conforme a sus sentimientos. Ser gobernados por nuestros sentimientos no es una señal de fortaleza, sino de debilidad. Un hombre fuerte es uno que se controla a sí mismo, que tiene los ojos abiertos y que no confía en sus propios sentimientos. Únicamente aquellos que no confían en sus propios sentimientos, sino que los niegan, pueden aprender lo que significa no vivir según sus sentimientos. De lo contrario, siempre confundirán sus sentimientos con su persona misma. Pedro tenía un carácter franco. Él decía lo que creía; decía lo que veía y lo que sentía. Para otros, él era un hombre recto y sincero, no dado a la diplomacia ni a doble intención. Pero en realidad, él vivía por sus emociones, y por ello, era de poca utilidad en lo que respecta a la senda espiritual. Por consiguiente, no tenía otra alternativa que pasar por un proceso de tratos disciplinarios. Hermanos y hermanas, tal vez sintamos que amamos al Señor, pero en realidad no hay tal amor por Él dentro de nuestro ser. Tal vez sintamos que somos para Él, pero en realidad no hay nada para el Señor dentro de nosotros. Nuestro verdadero ser es más profundo que nuestros sentimientos; está sepultado muy, pero muy debajo de nuestros sentimientos. Tal vez sintamos que estamos dispuestos hasta a morir por el Señor, pero ¿verdaderamente conocemos qué clase de persona somos? Cuando afirmamos que *nosotros* vivimos absolutamente para el Señor, en realidad no conocemos quién es ese "nosotros" a quien nos referimos. No conocemos al nosotros que se jacta de estar dispuesto a morir por el Señor o a vivir para Él. Nuestra verdadera persona se halla más allá y es más profunda que nuestros simples sentimientos. Pedro pensaba que su hombre exterior era su persona. Pero quien se jactó de morir por el Señor fue la emoción del hombre exterior de Pedro. Sólo tomó un poco de tiempo para que su verdadera condición fuera puesta en evidencia. Antes de que las emociones sean quebrantadas por el Señor, invariablemente el hombre vive por ellas. Es dado a fluctuar de un lado para otro. Quizás sienta que es muy genuino, pero la realidad es que está siendo controlado por sus emociones. Sabemos que mentir es detestable, pero es más lastimoso cuando alguien no se percata de que está mintiendo. Del mismo modo, nuestras emociones inconstantes son detestables, y es aún peor cuando no nos damos cuenta de lo volubles que éstas son. Aquellos que están convencidos de que sus sentimientos son una reflexión exacta de su persona, son unos insensatos. Éstos tienen que experimentar lo mismo que Pedro experimentó, un fracaso total y rotundo, a fin de que se den cuenta que sus sentimientos no son su persona misma. Ellos se sienten de una manera en la "última cena" y de otra en el "huerto de Getsemaní". Se sienten de cierta forma cuando salen de "Getsemaní" y de otra cuando están en el "ante-patio". Bienaventurado aquel que sabe distinguir entre sus sentimientos y su persona. Sólo un insensato asume que sus sentimientos equivalen a su persona misma. Todo aquel que ha sido instruido por Dios sabe que sus sentimientos no son su persona misma. Nuestros sentimientos son algo

totalmente diferente a nuestra persona. Hermanos y hermanas, ¿pueden ver esto? Cuando nuestros impulsos emocionales nos empujan en cierta dirección, esto no representa necesariamente que nosotros seamos la persona que retratan esos impulsos. En lo que respecta a los impulsos de Pedro, él era un hombre celestial, alguien que nunca fallaría. Él estaba dispuesto a cortar la oreja de Malco por amor al Señor. Pero hablando espiritualmente, los sentimientos de Pedro no pueden considerarse como su persona misma. Él era valiente según sus sentimientos, pero era temeroso según su propia persona. Según sus sentimientos amaba al Señor, pero según su persona se amaba a sí mismo más que al Señor. De acuerdo con sus sentimientos, estaba dispuesto a sacrificar su propia vida, pero su persona buscó protegerse a sí mismo. Si así son los ministros de la iglesia y si la iglesia sigue este modelo, seguramente será sacudida tal como ellos, y las puertas del Hades seguramente prevalecerán contra la iglesia. Dios nunca puede usar a personas como éstas.

Sin embargo, eso no era todo. Pedro además tenía temor de sufrir. Una de las razones por las que una persona es inestable, es porque le teme al sufrimiento. Muchos son valientes siempre y cuando no se enfrenten a la cruz ni experimenten pruebas y tribulaciones, pero tan pronto se requiera darlo todo y sacrificar su vida, retroceden. En tiempos normales, pareciera que aman al Señor y que están dispuestos a llevar la cruz. Mas cuando enfrentan momentos críticos, no pueden resistir, porque le temen al sufrimiento debido a que se aman a sí mismos. En esto radicaba el problema de Pedro. El temor que movió a Pedro en aquel ante-patio fue el mismo que lo movió a actuar en Cesarea de Filipo al hablar con el Señor. Su temor al sufrimiento y su amor propio no aparecieron súbitamente en el ante-patio. Cuando el Señor declaró abiertamente que iría a la cruz, él se acobardó y le dijo: "¡*Dios*tenga compasión de Ti, Señor! ¡De ningún modo te suceda esto!" Creyó sus palabras, y su declaración reveló la clase de persona que era. Ésa fue la razón por la que él reprendió al Señor de la manera que lo hizo. Él le tenía temor a la pérdida y a la muerte. No quería que esto le sucediera al Señor. Era tan testarudo que incluso tomó al Señor aparte para reprenderlo. Hermanos y hermanas, sólo una clase de persona es estable: aquel que le sea fiel al Señor hasta la muerte. Satanás no puede hacer nada con aquellos que menosprecian su propia vida. Los más débiles son aquellos que aman su propia vida. Si una persona ama su propia vida, tropezará apenas algo toque su vida. Esto fue lo que sucedió con Pedro. Él reprendió al Señor diciéndole: "¡*Dios* tenga compasión de Ti, Señor! ¡De ningún modo te suceda esto!". En otras palabras, él estaba diciendo: "¡Señor, Tú nunca deberías ir a la cruz!". Más tarde él mismo trató varias veces de escaparse de la cruz. ¡Incluso recurrió a maldecir y jurar! Por lo que es crucial estar armados con una mente dispuesta a sufrir. Tiempo después, Pedro pudo hablar acerca de estar dispuestos a

sufrir. Él reconoció que carecía de esto, y aprendió buenas lecciones. Comenzó a armarse con la disposición para sufrir. Él no conocía esta actitud en la primera etapa de su vida. Nadie que abrigue temores puede ser fuerte. Tenemos que ser llevados al punto que digamos: "Señor, estoy dispuesto y contento de llevar Tu cruz. Estoy dispuesto a sufrir cualquier pérdida, o sea, dispuesto a no buscar mi propio bienestar y deleite". Si una persona tiene esta firme disposición, Satanás no podrá hacerle nada. Si usted no le teme a ninguna pérdida ni dolor; si puede ser como Job, que dijo que confiaría en Dios aun si Él determinara su muerte; o ser como la señora Guyón, quien dijo que besaría el látigo que la castigara, entonces el hecho de que su ser sea entregado de forma incondicional le hará una persona fuerte. Si la cruz no puede sacudir a una persona, nada la sacudirá, porque no existe una demanda más grande que la cruz. Si usted puede satisfacer la demanda más grande, no tendrá problemas con las más pequeñas. Pero si no es capaz de satisfacer la demanda de la cruz y por el contrario retrocede ante ella, fracasará al enfrentarse a cualquier otra prueba. Será una persona inestable e inconstante. Tiene que creer en el hecho de la cruz y debe entrar en la experiencia de la cruz. Tiene que aceptar y someterse a todas las pruebas, tribulaciones y sufrimientos que Dios le asigne. Si lo hace, ninguna prueba ni tribulación en este mundo le parecerá grande. Está atribulado porque no conoce la cruz. Si nunca se ha enfrentado a una prueba grande, tropezará frente a cualquier prueba pequeña, pero si ya ha pasado por tribulaciones grandes, no será sacudido por ninguna pequeñez. Pedro fue sacudido porque le tenía temor al sufrimiento y porque se amaba demasiado a sí mismo.

Otra razón por la que Pedro era inestable es porque siempre buscaba amoldarse al medio ambiente. Debido a que le temía a los hombres, quería agradar a todos los que le rodeaban. No tenemos idea de cuán influenciados somos por los gustos y conceptos de los demás. Una vez que tratamos de agradar a los hombres y evitar que se molesten, nuestra actitud deja de ser la correcta. Nos veremos forzados a decir esto o aquello para satisfacer las expectativas de los demás. Le prestamos demasiada atención a lo que otros dicen. Pedro le tuvo temor a la criada y a muchos otros. Él estaba atado por causa de su debilidad. Hermanos y hermanas, ¿están tratando de agradar a los hombres o a Dios? Debemos contestar esta pregunta desde el primer día en que nos consagramos al servicio de Dios. Si buscamos agradar a los hombres, ¿evitaremos las persecuciones? ¿Evitaremos los problemas? Si buscamos agradar a los hombres, anularemos el tropiezo de la cruz (Gá. 5:11). Hermanos y hermanas, si no resuelven el problema de su temor a los hombres, no podrán correr en una senda recta delante del Señor. Aquellos que le temen a los hombres, cambian su curso tan pronto como algo los afecta en una forma u otra, y por ende nunca podrán ser estables ni fuertes delante del Señor.

CUATRO

Hermanos y hermanas, la iglesia de Dios tiene una naturaleza de piedra, por lo que la naturaleza de sus ministros también debe ser de piedra. Tanto el fundamento de la iglesia como su edificación es de piedra y su servicio debe ser de piedra. Todo lo de ella debe ser de piedra sólida, inconmovible y sin sombra de variación. Dios no puede usar en Su obra divina, en la iglesia, a nadie que sea indiferente, voluble o inestable. Lo que es estable, es sólido y confiable. Cuando se edifica una piedra sobre otra, si una de ellas es inestable, pondrá en peligro toda la estructura. Así mismo, si en un muro de piedra una de las piezas es inestable, todo el muro estará en peligro de derrumbarse. En la iglesia de Dios nosotros no somos las últimas piedras; muchas más serán edificadas sobre nosotros. La iglesia no está compuesta de miles de piedras independientes, sino de piedras edificadas una sobre otra. Todas éstas son edificadas juntas para conformar una casa espiritual. Si dichas piedras no están edificadas una encima de otra, en realidad no tenemos iglesia. Cuando el templo fue destruido, no quedó piedra sobre piedra. A fin de que el templo sea edificado, cada piedra tiene que estar edificada sobre otras. En Su obra espiritual hoy en día, Dios aún está edificando pieza por pieza. Si una pieza tiembla, todo el edificio peligrará; muchas vidas estarán en peligro y la iglesia de Dios no podrá avanzar. Por esta razón, nuestro carácter tiene que ser tan sólido como una roca; tenemos que ser estables. Si nuestro carácter es inestable y voluble, lo que sea edificado sobre nosotros será débil, y tarde o temprano todo se derrumbará. En 1 Corintios 15:58 dice: “Estad firmes e inconmovibles, abundando siempre en la obra del Señor”. Únicamente podremos avanzar si somos firmes e inconmovibles. Pero si nuestro carácter flaquea y tenemos altibajos constantemente, si somos de una manera un minuto y de otra el siguiente minuto, la obra de Dios sufrirá daño.

Algunos hermanos y hermanas no pueden participar en la obra del Señor porque son muy inestables. Si edificamos sobre algo frágil, nos daremos cuenta rápidamente que tenemos que derribarlo. Y aparte de ser una pérdida de trabajo, también es una pérdida de tiempo. Lo que se ha edificado y derribado puede neutralizarse el uno con lo otro, pero el tiempo perdido no se puede recuperar. Si una persona es confiable, todo lo que se edifique sobre él será confiable y no habrá pérdida de tiempo. Cualquier daño o pérdida en la obra puede remediarse reconstruyéndolo, pero en el proceso pueden perderse cinco, diez o veinte años, y esta pérdida no se puede recuperar. Tenemos que orar para que Dios nos haga personas confiables. Tal vez no lleguemos tan alto como Pedro, porque toma tiempo alcanzar esas alturas, pero al menos podemos ser firmes y confiables, de modo que no edifiquemos algo que después tenga que ser derribado. Si no tenemos tal carácter confiable, no podremos participar en la obra de Dios. Cuando somos

estables y confiables, podemos tomar cualquier reto o responsabilidad que sea puesto sobre nuestros hombros. De lo contrario, nos vencerá el sueño tan pronto como se nos llame a vigilar. Si una persona no es confiable y tiene altibajos, éste fracasará cuando el Señor le llame a vigilar y el sueño lo vencerá fácilmente. Él demandará siempre sus ocho horas de sueño como mínimo, sin importar cuánto se le llame a velar. Cuando esté cansado, se quedará dormido invariablemente, sin importarle la necesidad de vigilar. Ciertamente obtendrá su sueño, pero no se imagina la pérdida que sufrirá al quedarse dormido. Supongamos que usted se queda dormido cuando el Señor lo llama a vigilar. ¿Qué hará cuando el Señor lo llame a trabajar? No tendrá ningún sentido de responsabilidad. Si una persona no es estable delante del Señor, no es confiable y, por ende, no tendrá ningún sentido de responsabilidad. Cuando se sienta bien trabajará más, pero tan pronto como se sienta mal se irá a dormir. No sentirá nada de responsabilidad. Por consiguiente, la estabilidad en nuestro carácter es una necesidad crucial en la obra; sólo las personas estables pueden laborar en la obra del Señor. Ellos trabajarán cuando todo sea favorable y también cuando no lo sea, cuando brille el sol y también cuando llueva; cuando estén alegres y cuando estén atribulados. Las personas así son estables. En cambio, las personas inestables son afectadas por cualquier cosa; incluso el clima las afecta. Si nuestra obra es afectada por el medio ambiente, le habremos fallado al Señor. Delante de Él debemos tener un espíritu fuerte.

Hermanos y hermanas, ¿son ustedes confiables? ¿Son estables? ¿Son los que nunca flaquean? Cuando hayan aprendido todas las lecciones que Dios requiere de ustedes, entonces obtendrán las llaves, las cuales primero abrieron la puerta a los judíos y después a los gentiles. Esta es la manera que se edifica la iglesia. Debemos tener presente este principio: Dios requiere ministros a fin de edificar la iglesia. Dios no puede edificar la iglesia si primero no obtiene tales ministros. Las puertas en muchos lugares sólo pueden ser abiertas cuando Dios cuente con ministros apropiados y útiles. Pero si Sus ministros y siervos no son estables ni confiables, estas puertas no podrán ser abiertas. Gracias a Dios que Pedro vio su debilidad a través de su fracaso. Su caída fue severa y su fracaso grande, tanto que le llevaron a reconocer lo débil que era en sí mismo; entonces apartándose, lloró amargamente. Muchos hermanos y hermanas están plenamente conscientes de su debilidad, inestabilidad y fragilidad. Debemos orar al Señor, diciendo: “¡Señor no puedo lograrlo en mí mismo!”. Muchos oran a Dios para obtener luz, pero con frecuencia son los grandes fracasos los que son la fuente de gran luz. Estos fracasos nos proveen con mucha luz al igual que si recibiéramos una fuerte reprimenda o escucháramos un mensaje ardiente. Debemos postrarnos delante de la palabra de Dios, y debemos postrarnos cuando recibimos una seria reprensión de parte del Señor o cuando experimentamos un serio fracaso. Los fracasos pueden convertirse

en una gran luz en sí mismos, porque a través de ellos Dios nos muestra la clase persona que somos. Pedro lloró amargamente por su fracaso, pero gracias a la misericordia de Dios que estaba sobre él, llegó a ser un verdadero "Pedro". Fue cambiado de una persona débil y voluble, a una persona sólida y estable. Por consiguiente, la puerta de Pentecostés se abrió a través de él. Que el Señor nos dé Su gracia para que seamos testigos del cambio en nuestro carácter. Nuestro carácter necesita cambiar, y Él lo puede hacer. El perezoso puede cambiar a diligente; un parlanchín a uno de pocas palabras; una persona insensible, a una que sepa escuchar; una persona que se ama a sí misma, a una que esté dispuesta a sufrir; una que tema los sufrimientos, a una que no le tenga miedo a ningún sufrimiento; una que no sepa controlar su cuerpo, a una que es amo de su cuerpo. De igual modo, el Señor puede cambiar a una persona débil, voluble e inestable, en una persona fuerte, estable y sólida. Que el Señor tenga misericordia de nosotros.

CAPÍTULO OCHO

NO SER SUBJETIVOS

UNO

La subjetividad es otro defecto en el carácter de algunos hijos de Dios, especialmente de algunos obreros del Señor les impide hacer un buen trabajo.

¿Cuál es el significado de ser subjetivos? Ser subjetivos significa insistir en nuestras propias opiniones y rechazar nuestras opiniones. Significa tener una idea preconcebida antes de escuchar a otros y aferrarse a su propia idea aun después de haber escuchado a los demás. La subjetividad implica ser renuentes a aceptar otros puntos de vista o a ser corregidos. Significa tener una opinión propia desde el comienzo y siempre insistir en dicha opinión. Una persona subjetiva hace su propio juicio antes de escuchar lo que le diga el Señor, antes de examinar los hechos y antes de que otros presenten sus opiniones. Insiste en su juicio aun después de escuchar al Señor, después que se presenten los hechos y después que otros hayan presentado su punto de vista del asunto. Este es el significado de ser subjetivos. La raíz que causa la subjetividad consiste en que su "yo" nunca ha sido quebrantado, y cuando esto no ocurre, se tiene un concepto inflexible de las cosas, y las opiniones difícilmente pueden ser desechadas y corregidas.

DOS

¿Cuáles son los problemas o pérdidas que acarrea la subjetividad? Si un hermano o hermana es subjetivo, no será capaz de escuchar a otros. Aprender a escuchar a

otros nos libra de ser subjetivos. Para poder recibir la palabra de Dios y la de otros, primero tenemos que vaciar nuestro interior. Si somos subjetivos, nos será difícil abrirnos a los demás. Es esencial que todo obrero cristiano cultive la habilidad de escuchar lo que otros tienen que decir; primero tiene que conocer la situación de otros y entender sus problemas. Ya hemos dicho que un problema serio en los obreros de Dios es que no son capaces de escuchar a otros. La razón principal por la que no saben escuchar a otros es la subjetividad. Una persona subjetiva está llena de muchas cosas, por lo que sus opiniones se convierten en un muro impenetrable y sus ideas son incambiables. Siempre está llena de sus propios argumentos y preocupaciones. Cuando un hermano o hermana acude a él para confiarle alguna frustración o alguna carga que les agobia, simplemente no es capaz de entenderlos, incluso si los oye por medio día. No sabe escuchar a otros. Este es un problema asociado con la subjetividad.

TRES

Otro efecto dañino de la subjetividad es la incapacidad para aprender. Una persona subjetiva confía mucho en sí misma y piensa que lo entiende todo a la perfección. Todo ya está decidido en su mente. Tiene una opinión incambiable acerca de cualquier cosa y cree estar segura de todo. Es difícil que pueda aprender algo. Al principio, cuando algunos jóvenes empiezan a servir en la obra, es más difícil enseñarles algo que darle medicina a un niño. Casi hay que forzarlos a aceptar otro punto de vista. Están llenos de ideas, propuestas y maneras de hacer las cosas. Creen que saben todo lo que se puede saber. Aunque no se atreven afirmar que son omniscientes, actúan como si lo fueran. Es más difícil enseñarles algo que darles a tomar una medicina amarga. ¿Cuánto tiempo puede sobrevivir un hombre si en cada comida hay que darle de comer con cucharita? Con algunos hermanos, lo único que podemos hacer es suspirar en nuestro corazón y decir: “Hermano, ¿cuánto podrá aprender del Señor una persona como tú?”. El problema más grande de una persona subjetiva es su incapacidad para aprender. Solamente esto puede costarle mucho. Casi hay que pelear con ellos para que aprendan algo. Tal vez le derrotemos y pueda aprender un poco. Aun así en la siguiente ocasión en la que queramos enseñarle algo, tendremos que batallar nuevamente con ella. Esto es una gran frustración. Un requisito básico para el obrero del Señor es ser capaz de mantenerse objetivo; tiene que ser tan objetivo que pueda recibir ayuda de otros fácilmente. Hermanos y hermanas, nuestra ayuda viene de todas partes. Hay muchas cosas que tenemos que aprender. Supongamos que sólo aprendemos una lección cada mes o cada seis meses o cada año. ¿Cuánto vamos a vivir? ¿Cuántas cosas podríamos aprender a lo largo de nuestra vida? A una persona subjetiva le resulta más difícil aprender a medida que pasan los años. Con el tiempo su

subjetividad aumenta. Ciertamente, la subjetividad es un gran problema entre nosotros.

Es cierto que el obrero de Dios debe ser estable; su camino debe ser recto y sin desviaciones. Sin embargo, si sus opiniones, su parecer y sus juicios son inflexibles, tendrá poca oportunidad de aprender las lecciones y su utilidad será muy limitada. Por un lado, tenemos que ser estables y firmes delante del Señor; pero por otro lado, no debemos ser subjetivos. Los hijos de Dios deben aprender a no ser subjetivos; mas bien, deben aprender a ser flexibles en el mover de Dios. De lo contrario, les será imposible aprender. Para saber si una persona es subjetiva o no, basta con ver si aprende rápida o lentamente, o si es incapaz de aprender. Podemos saber si una persona es subjetiva por la cantidad de lecciones espirituales que aprende y por cuán frecuentemente las aprende. Sin embargo, el mayor obstáculo para aprender es la subjetividad. La subjetividad afecta la capacidad de aprender de una persona e incluso puede impedirle que aprenda hasta el grado que no aprenda nada.

El requisito básico para avanzar espiritualmente es estar abiertos a Dios. Nuestro corazón, mente y espíritu tienen que estar bien abiertos a Él, y esto significa que no somos subjetivos. El significado principal de estar abiertos es el no ser subjetivos. Por supuesto, abrir nuestro espíritu a Dios es más profundo que simplemente no ser subjetivos. Pero la condición básica es no ser subjetivos. Nuestras puertas se cierran en el momento que actuamos subjetivamente. No ser subjetivos significa que somos sensibles a Dios, que podemos aprender y podemos recibir impresiones de Él. Para algunas personas es difícil recibir alguna impresión de parte de Dios. Dios tiene que usar una vara, un látigo o incluso un martillo para obligarlos a recibir algunas impresiones de Su parte. Debemos aprender a conocer la voluntad de Dios tan pronto Él nos dé una mirada. Muchos somos como caballos o mulas, que no entienden a menos que se les ponga freno y brida. Este es el significado de ser subjetivos. Una persona subjetiva no puede captar ninguna señal de parte de Dios. Dios puede luchar con ella y conducirla a un callejón sin salida o a una puerta cerrada y, aun así, seguirá discutiendo con Dios. No puede calmarse y aprender la lección. Muchas personas no son lo suficientemente mansas y flexibles delante de Dios; son demasiado duras y necias. Llegan a ser piedras de tropiezo en la obra, porque no han aprendido sus lecciones ni han recibido el suplir suficiente del Señor durante toda su vida. Pueden convertirse en un problema y una pérdida para la obra.

CUATRO

Otro gran problema de una persona subjetiva es que no puede recibir ninguna orientación de parte de Dios. No tiene manera de conocer cómo Dios lo guía y es completamente ignorante de esa guía. Las personas subjetivas se hallan muy lejos de la voluntad de Dios como lo están el polo norte y el polo sur. Les es imposible conocer la voluntad de Dios porque no llenan los requisitos de un seguidor de Dios. Para ser guiados por Dios se requiere ser flexibles y diligentes, y tener un oído que sepa escuchar. Cuando la palabra de Dios llega a una persona así, ésta actúa de inmediato de acuerdo a ella, sin interponer ningún punto de vista personal y subjetivo. El corazón de Balaam erró por su inclinación hacía las riquezas. En su juicio hubo subjetividad ya que insistió en su propia opinión. Fue por eso que Balaam oró una y otra vez hasta que Dios le permitió que fuera. Cuando la mente de un hombre es inflexible, le es difícil entender la voluntad de Dios. Tenemos que aprender a andar en la voluntad de Dios. Tenemos que darnos cuenta que la voluntad de Dios a menudo requiere que nos detengamos inmediatamente o que empecemos a marchar de inmediato. Frecuentemente descubrimos que hemos planeado toda la jornada, sólo para descubrir que el Señor quiere que nos detengamos inmediatamente. ¿Qué debemos hacer si el Espíritu del Señor nos dice que nos detengamos? ¿Estaremos dispuestos a hacerlo? Una persona subjetiva no se detendrá. En cambio, una persona que ha aprendido a escuchar a Dios, que no es subjetiva en ninguna manera, irá adelante cuando Dios se lo indique y se detendrá cuando Dios se lo ordene. No piense que esto es algo insignificante. Una persona subjetiva no es capaz de avanzar cuando Dios se lo indique. Sin embargo, una vez que haya arrancado, será difícil que Dios la detenga. Aquí es donde radica el problema. Se requiere un gran esfuerzo para empujar a los que son subjetivos, y una vez estos comienzan a moverse, nadie los puede detener. En cambio, las personas instruidas son flexibles en las manos de Dios. Cuando Dios les dice que avancen, lo hacen y, cuando les ordena detenerse, obedecen. Estos son los únicos que serán guiados por Dios. Muchos no se mueven hasta que reciben un castigo fuerte, y una vez que comienzan a moverse, nunca se detienen. Siguen en la misma dirección continuamente. Dios tiene que usar Su fuerza para lograr detenerlos. Su subjetividad les impide conocer la voluntad de Dios y llevarla a cabo.

Un cuadro precioso de un hombre que no era subjetivo lo vemos cuando Abraham ofreció a Isaac. Si Abraham hubiera sido una persona subjetiva, cuando Dios le pidió que ofreciera a Isaac le habría sido difícil obedecer. Hubiera tenido muchas cosas que decir. Habría argumentado de esta manera: “Antes no tenía un hijo, y nunca pensé en la posibilidad de tener uno; creía que con Eliezer era suficiente. Fue Dios quien quiso que tuviera este hijo. Yo ni siquiera pensaba ni me imaginaba en tenerlo, ni Sara tampoco. Todo fue idea de Dios. Y ahora que me ha dado un hijo, ¿por qué quiere que lo ofrezca en holocausto?”. Hermanos y hermanas, ¡una

persona subjetiva tendría muchas razones para rechazar esta demanda! Pero Abraham era tan simple que ni siquiera tal demanda representó un problema para él. Él creía que Dios podía levantar a su hijo de los muertos. Así, mientras estaba frente al altar y levantaba el cuchillo para matar a su hijo, Dios preparó un carnero para que lo ofreciera en lugar de su hijo (Gn. 22:10, 13). Si Abraham hubiese sido una persona subjetiva, tal demanda hubiera representado un problema para él. Sin duda se habría quedado perplejo pensando por qué Dios le diría una cosa primero y enseguida lo opuesto. Pero Abraham no pensó de esta manera. Él no era subjetivo. Para algunas personas es difícil ponerse en el altar, y una vez están allí, les es más difícil bajarse. Pasan años para decidir ponerse en el altar, y una vez que lo logran, insisten en permanecer allí hasta morir. Alguien que es subjetivo actúa según su propia voluntad aun cuando esté tratando de obedecer a Dios. Incluso Dios mismo no puede detenerlo. Una persona subjetiva es forzada a obedecer, y su obediencia muchas veces es el resultado de su esfuerzo propio. Nadie lo puede hacer desistir, no importa cuánto lo intenten. Puede ser que la voluntad y el mandamiento de Dios le dirijan a dar marcha atrás, pero él no puede hacerlo.

Es interesante notar que a menudo nuestra voluntad coincide con la voluntad de Dios, pero llega un momento en que la voluntad de Dios cambia. Si nuestra voluntad no cambia una vez que la de Él cambia, nos será difícil simplemente actuar conforme a Su palabra. Aquí radica nuestro mayor problema. ¿Sabe cómo un jinete doma un caballo? Un caballo salvaje rechazará a cualquier jinete que lo monte. Es realmente difícil domar un caballo. Para domarlo, un jinete entrenado tiene que saltar a su lomo y permitir que el caballo relinche y luche hasta que se canse. El jinete tiene que usar toda su destreza para permanecer montado en el caballo. Tiene que permitir que el caballo corra todo lo que quiera, tal vez por muchos kilómetros, o cientos de kilómetros. Una vez que el caballo se da cuenta que no puede quitarse a su amo de encima, cederá a su mando. Tales entrenadores de caballos pueden transformar a un caballo salvaje en uno dócil y educarlo para concursar. El caballo podrá trotar alrededor de un pequeño círculo atado con una soga a un poste. Aprenderá a marchar tan bien que no se alejará tanto como para estirar la soga, ni se acercará tanto como para que la soga quede floja. Puede dar vueltas cientos de veces manteniendo siempre la misma distancia. El entrenador entrenará al caballo hasta que pueda maniobrar de esta manera. Cuando termina su entrenamiento, podrá dirigir al caballo a cualquier parte. Podrá pasar por un espacio estrecho o por una puerta ancha y siempre será obediente. Hermanos y hermanas, nosotros somos como caballos salvajes y es algo grandioso que el Señor nos entrene. Él tiene que trabajar mucho con nosotros a fin de que podamos ser dóciles. Una vez que se doma a un caballo, éste ya no será subjetivo nunca más. Estará tan entrenado que tan pronto su jinete tire un poco de las riendas, sabrá si

su amo quiere que corra o que trote. Irá de la manera que le indique su amo, no sólo una o diez veces alrededor del corral, sino aun cientos de veces.

Salmos 32:8-9 dice: "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos. No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, que han de ser sujetados con cabestro y con freno, porque si no, no se acercan a ti". Esto es muy significativo. No debemos ser como el caballo o como el mulo. Una mula necia puede ser entrenada para ir a donde su amo le indique. Debería ser más fácil enseñar a los hijos de Dios a seguir la dirección divina que domar a un caballo. Un caballo, aun cuando haya sido domado, es considerado por Dios como una bestia "sin entendimiento". Esto se debe a que el caballo sólo entiende la voluntad de su amo cuando es golpeado, empujado o llevado por las riendas. En cuanto a nosotros, debemos mirar el consejo que proviene de los ojos del Señor. Esto es algo que ni el caballo ni la mula pueden hacer. David dijo en este salmo: "te enseñaré ... sobre ti fijaré mis ojos" (v. 8). Debemos saber lo que el Señor está diciendo con sólo una mirada Suya. Debemos entender aun antes de que mueva Su mano, con sólo una pequeña mirada de Sus ojos. Prestemos especial atención a los ojos mencionados en este versículo. Una persona subjetiva no se identifica con este versículo. Hermanos y hermanas, no piensen que nuestra manera de ser y nuestro carácter son asuntos insignificantes. Por favor, recuerden que si somos subjetivos, no podremos ser objetivos con Dios. Sin el debido entrenamiento, actuaremos de una manera subjetiva durante toda nuestra vida. No pensemos que repentinamente conoceremos la voluntad de Dios. Nosotros podemos estar satisfechos con ser como un caballo domado, pero Dios considera que un caballo y una mula no tienen entendimiento, aun después de ser domados. Esto quiere decir que no es suficiente con ser domados. Tenemos que movernos tan rápido como se muevan los ojos del Señor. Tan pronto conozcamos el deseo de nuestro amo, debemos actuar. Tan pronto como Él nos dé una señal, debemos detenernos. Pero si estamos llenos de nuestras propias ideas, puntos de vista y conceptos subjetivos, nos será imposible responder a la dirección del Espíritu del Señor, movernos cuando Él se mueva y detenernos cuando Él se detenga. El Señor a menudo quiere que nos detengamos, pero no lo hacemos. No podemos detenernos porque nuestro yo se ha involucrado en la actividad. Aquellos que buscan o hacen la voluntad de Dios tienen que controlar su yo. Debemos movernos cuando el Señor así lo quiera y detenernos cuando el Señor así lo desee. Tenemos que mantener nuestro yo a raya. Apenas seamos subjetivos el yo se involucra y entonces somos incapaces de parar cuando Dios así lo desee. Muchos tienen el doble problema de que al principio no pueden moverse, pero una vez que comienzan no pueden parar. Estos son problemas serios, y el mayor problema que

tenemos es nuestra subjetividad. Esto es lo que impide que la voluntad de Dios se manifieste a través de nosotros.

Entender la voluntad de Dios no tiene nada que ver con métodos, sino que depende del carácter de la persona. Uno no puede entender la voluntad de Dios simplemente porque alguien le indique la manera de conocerla. Esto no es posible. Sólo una persona con el carácter correcto y equipado con el método adecuado, puede conocer la voluntad de Dios. Si la persona no es la correcta, aunque tenga el método indicado no podrá conocer la voluntad de Dios. Entender la voluntad de Dios tiene que ver con la persona. El simple hecho de contar con el método apropiado, no puede ayudarnos a entender Su voluntad. Esto no quiere decir que para entender Su voluntad no se requiera ningún método. Más bien, quiere decir que nuestra persona es el factor principal para entender la voluntad de Dios. Si no somos la persona adecuada, nada funcionará aunque tengamos el método correcto. No debemos ser subjetivos. A fin de poder captar cada movimiento de Dios, tenemos primero que haber sido tocados por el Señor, y nuestra subjetividad tiene que haber sido subyugada hasta el grado que hayamos desechado todas nuestras opiniones. Si no podemos ser flexibles de modo que nos movamos y nos detengamos de acuerdo a la voluntad de Dios, no podremos entender Su voluntad ni podremos ser Sus siervos. Los siervos de Dios tienen que estar listos para seguir la voluntad de Dios. Debemos ignorar las voces y exigencias que provengan del exterior, pues éstas no deben ser nuestra preocupación. Los requisitos básicos de un obrero del Señor son la flexibilidad y estar abiertos a seguir los cambios iniciados por Dios, Sus giros, Sus paradas, y a la forma que nos lleve. Esta es la única manera en que Dios puede guiarnos a Su camino.

CINCO

Con respecto a la subjetividad, debemos observar otro asunto: nuestra subjetividad tiene que ser disciplinada por Dios a fin de que seamos las personas adecuadas para disciplinar a otros. Dios nos guiará a tratar asuntos disciplinarios con otras personas sólo cuando Él ya haya hecho lo mismo con nosotros. Él no confía en una persona subjetiva, ya que ella no puede hacer la voluntad de Dios y no tiene la manera de llevar a otros a hacer Su voluntad. Si una persona subjetiva es puesta en la obra para instruir a otros en el camino de Dios, su propia voluntad se manifestará diez veces más fuerte que la del Señor. Las personas subjetivas quieren que todos las escuchen a ellas. Una persona no puede ser usada por el Señor a menos que sea llevada a tal punto que haya perdido todo interés por ganar seguidores. Debemos permitir que seamos quebrantados y destrozados al grado que ya no busquemos que otros nos obedezcan. No debemos interferir con la

libertad, la vida personal ni el criterio de otros. No tenemos interés en involucrarnos en la vida o los asuntos de otras personas. Como siervos del Señor, tenemos que ser disciplinados por el Señor hasta este grado. Sólo entonces podremos ser usados para hablar por Él como Su autoridad delegada. De otra manera, existirá el riesgo de que usurpemos la autoridad de Dios buscando llevar a cabo nuestra propia voluntad, por medio de la cual nos convertiremos en gobernantes, maestros o padres sobre los hijos de Dios. El Señor dijo: "Sabéis que los gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos ... mas entre vosotros no será así" (Mt. 20:25-26). Si alguien nunca ha sido quebrantado por el Señor, y si valora secretamente sus propias ideas, demandas y preferencias, Dios no podrá usarlo porque no es digno de Su confianza. Si Dios le confiara Su rebaño a tal persona, ésta guiaría el rebaño a su propia casa. Muchas personas no son dignas de la confianza de Dios, por tanto Él no puede confiarle a nadie en sus manos. Si una persona sólo busca sus propios intereses, no es capaz de llevar a otros al camino de Dios. Nuestro hermano Pablo era muy flexible. Él era soltero y sabía que era mejor permanecer soltero que casarse. Sin embargo, nunca criticó el matrimonio. Hermanos y hermanas, vean cuán ejercitado estaba nuestro hermano Pablo delante del Señor. Si una persona es subjetiva y su subjetividad nunca ha sido quebrantada, ciertamente insistiría en que todos se quedasen vírgenes y permaneciesen sin casarse. De seguro que condenaría a todo matrimonio. Alguien que es subjetivo ciertamente actuaría de esta manera, pero aquí había un hombre diferente. Él estaba firme en lo que hacía; conocía el valor de lo que estaba haciendo y defendía su posición, pero al mismo tiempo les daba a otros la libertad de hacer su propia elección. Deseaba que otros evitaran todo sufrimiento de la carne producido por el matrimonio; sin embargo, estaba de acuerdo con que otros se casaran. En él vemos a un hombre firme en el Señor, pero al mismo tiempo era comprensivo y tierno. Al discutir el asunto del matrimonio, aunque él era un hombre soltero, Pablo pudo declarar que la enseñanza de la abstinencia era una enseñanza de demonios.

Hermanos y hermanas, tenemos que aprender a asumir tal posición. Nunca debemos darle demasiado énfasis a una verdad tan sólo porque nos sentimos identificados con ella, pero tampoco debemos callar la verdad aunque tengamos un sentir diferente. Una vez dejemos de empeñarnos en tratar de influenciar la verdad de Dios según nuestros sentimientos, estaremos calificados para servir y guiar a otros de acuerdo con la dirección del Señor. Un requisito básico para participar en la obra es ser quebrantados y permitir que nuestra subjetividad sea reducida. Si nuestra subjetividad aún nos domina, causaremos que la obra de Dios se desvíe tan pronto como ésta sea puesta en nuestras manos. Esto sería algo terrible. Es algo terrible que una persona actúe de forme precipitada y que hable descuidadamente. Debemos aprender a no interferir en los asuntos de otros. Jamás deberíamos dar

órdenes en cuanto a la vida o los asuntos de otros, basados en nuestra subjetividad. Dios no interfiere en el libre albedrío del hombre. El árbol de la ciencia del bien y del mal fue puesto en el huerto del Edén, y Dios le advirtió al hombre que no comiera de él, pero no lo mantuvo alejado del árbol con una espada de fuego. Si la espada encendida del capítulo 3 se hubiera usado en el capítulo 2 para custodiar el árbol del conocimiento del bien y del mal, el hombre nunca hubiera pecado. Le habría sido fácil a Dios hacer esto, pero no lo hizo. Más bien, Él dijo: "Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:17). Si el hombre insiste en comer de él, es cosa suya.

Tenemos que aprender a no controlar a otros imponiéndoles nuestros conceptos. Cuando no quieran escuchar nuestras palabras, no debemos forzarlos a escucharnos, debemos dejarlos en paz. Si tenemos una carga delante del Señor, debemos compartirla con los hermanos y hermanas. Si aceptan nuestra palabra, qué bien; pero si no lo hacen, debemos estar conformes y seguir nuestro camino. Nunca debemos imponerle nuestros pensamientos a nadie. Dios nunca ha hecho esto, y tampoco debemos hacerlo nosotros. Si alguien escoge rebelarse contra Dios, Él le permite tomar su propio camino. Si otros no quieren tomar nuestro camino, ¿por qué debemos insistir? Tenemos que aprender a no insistir. Tenemos que permitirles que rechacen nuestro consejo. Si hemos aprendido las lecciones apropiadas delante del Señor, con gusto permitiremos que otros tomen su propio camino. No debemos obligar a nadie a que nos escuchen, a que sigan nuestro camino ni a que reciban nuestra ayuda. Podremos estar seguros de nuestra función, pero no debemos obligar a otros a que reconozcan dicha función. Dios nunca obliga a nadie, y nosotros tampoco debemos hacerlo. No debemos actuar de manera subjetiva en la obra de Dios. Ninguno de nosotros debe insistir en que otros nos escuchen. Aprendamos a estar atentos delante de Él. Mientras más otros nos escuchen, mayor será nuestra responsabilidad delante del Señor. ¡Qué gran responsabilidad llevamos si les damos una palabra equivocada a otros! No se regocijen porque otros acepten su palabra. Deben recordar la tremenda responsabilidad que está sobre nuestros hombros. Es algo tremendo que otros nos escuchen. Si otros nos escuchan cuando nuestro camino es torcido y no estamos claros acerca de la voluntad de Dios, de cierto seremos ciegos guiando a ciegos. No sólo caerá en el hoyo el ciego que nos siga, sino que ambos ciegos, nosotros y nuestros seguidores caeremos en el mismo hoyo (Lc. 6:39). No piensen que sólo los seguidores caen y que tal vez los líderes se pueden escapar de la caída. Cuando un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo. No debemos pensar que es algo simple hablar, enseñar y dar consejos a otros, o que es algo simple decir: "Debe hacer esto" o "Debe hacer aquello". Si nos convertimos en maestros de muchos, instruyéndoles que hagan esto o aquello, corremos el riesgo de que tanto ellos

como nosotros terminemos en el hoyo. Por lo tanto, tenemos que aprender a temer a Dios. Debemos darnos cuenta que mientras más otros nos escuchen, más nosotros debemos escuchar la palabra de Dios con temor y temblor. Aun cuando estemos ciento veinte por ciento seguros de algo, debemos decirlo sólo con un setenta u ochenta por ciento de seguridad. Debemos tener temor de cometer errores. Mientras más fácil le sea a un hombre decir palabras de peso, menos peso tiene él delante del Señor. Cuanta más confianza en sí misma tenga una persona, menos digna de confianza es. No debemos pensar que mientras otros nos escuchen, todo estará bien. No es así. ¿Qué haremos con estos que son obedientes? ¿Adónde los guiaremos? Tenemos que ver la seriedad de nuestra responsabilidad. Es por esto que tenemos que aprender a no ser subjetivos. Un problema de la subjetividad es que ansía que otros los escuchen. A una persona subjetiva le agrada que otros la escuchen. Quiere que sus ideas sean para otros una fuente de dirección y que sus opiniones sean una fuente de luz. Pero tenemos que darnos cuenta que nuestras opiniones no son una fuente de luz ni nuestras ideas son una fuente de dirección. Tenemos que aprender a no llevar a otros de la mano, a no obligarlos a que sigan nuestro camino ni a imponerles la obediencia a Dios. Si los hermanos y hermanas están contentos de ir con nosotros, debemos darle gracias al Señor, pero si escogen su propio camino, debemos dejarlos que hagan su propia elección. No debemos tratar de arrastrarlos con nosotros. Debemos permitirles ir y venir como lo deseen. Una característica de alguien que conoce a Dios es que no le gusta forzar a nadie a que le escuche.

Sin embargo, una persona subjetiva nunca puede hacer esto, ya que no es capaz de escuchar lo que otros tienen que decir ni puede recibir la dirección del Señor. No siente que tenga que aprender nada de nadie; por consiguiente, Dios no puede confiarle ningún trabajo. Si antes de acudir a Dios ya hemos tomado todas las decisiones, no descubriremos la decisión de Dios. Sólo una persona flexible puede conocer la decisión de Dios. Tenemos que desechar todos nuestros conceptos a fin de percibir la voluntad de Dios. Si alguien nunca ha aprendido a hacer a un lado su subjetividad y está lleno de opiniones, costumbres, ideas y razonamientos propios, tan pronto como la obra de Dios sea puesta en sus manos, la iglesia será dividida. La división en la iglesia es causada por la subjetividad del hombre. Muchos hermanos sólo pueden trabajar individualmente; por tanto, no pueden participar en la obra de la iglesia. Sólo pueden servir individualmente, pero no son capaces de servir en el Cuerpo. Nunca han estado bajo autoridad; por consiguiente, no pueden ser una autoridad. Desde que iniciaron su servicio, nunca se han sometido a nadie. Así que es difícil que Dios los ponga como autoridad sobre otros. Hermanos y hermanas, debemos prestar especial atención a este asunto. Cuando un hermano joven se une a la obra, primero tiene que ser probado. Una persona subjetiva

siempre se considera a sí mismo como cabeza y siempre pretende asumir el liderazgo. Siempre trata de imponer sus ideas en otros. En cambio, alguien que ha sido tratado por el Señor, siempre será fiel y siempre estará dispuesto a hablar, pero nunca tratará de imponer su voluntad sobre otros. Nunca tratará de someter a otros a su voluntad. Por un lado, mediante Dios él llega a ser estable; por otro, no será subjetivo ni impondrá unilateralmente nada sobre otros. Todos son libres para obedecer a Dios o para desobedecerle. No podemos forzar a nadie a hacer nada. Cada cual lleva su propia responsabilidad delante de Dios. Siempre debemos darles a otros la oportunidad de escoger por ellos mismos. Esperamos que todos podamos ser flexibles, siempre dándoles a otros la libertad para escoger y siempre preguntándoles lo que quisieran hacer. Nuestra labor consiste en presentarles los diferentes caminos. Lo que ellos escojan depende de ellos. Debemos darles la libertad de hacer su propia elección en todo. Debemos hacer lo posible por no tomar ninguna decisión por ellos.

SEIS

La subjetividad se puede expresar a través de las cosas más pequeñas en nuestra vida, ya que es una naturaleza, un hábito. Si la subjetividad de un hombre es quebrantada por el Señor, éste mostrará un notable cambio en muchos actos pequeños de su vida cotidiana. Cuando una persona es subjetiva, lo es en todo. Le gusta controlar a otros, expresar sus opiniones, dar órdenes, y decirle a uno que haga esto y a otro que haga aquello. La persona que es subjetiva tiene una solución para todos los problemas. Cuando se pone a un obrero del Señor joven junto con otros hermanos, inmediatamente se sabrá si es una persona subjetiva o no. Si está solo, no podremos distinguir si es subjetivo o no. Pero tan pronto como hayan dos personas, veremos que aquella que es subjetiva siempre tratará de estar sobre la otra. Querrá dar su opinión en cuanto a qué comer y qué no comer, qué vestir y qué no vestir, dónde dormir y dónde no dormir. Siempre insistirá en esto y en aquello. Dicha persona es “omnisciente y omnipotente”. Cuando se ponen dos hermanas en una habitación, inmediatamente podremos notar si una de ellas es subjetiva. Si ambas son subjetivas, no se podrán llevar bien en nada. Si sólo una de ellas es subjetiva, tal vez puedan llevarse bien, pero si ambas lo son, no podrán llevarse bien entre sí. Esto no quiere decir que de ahora en adelante tenemos que quedarnos callados. Si surgen dificultades en la obra o surgen problemas con los obreros, tenemos que ser fieles. Lo que estoy tratando de decir es que, una vez que hayamos expresado nuestro punto de vista, si otros ignoran nuestras palabras, no debemos forzarlos en nada. Ni tampoco debemos sentirnos heridos si otros no aceptan nuestras palabras. Muchos atesoran demasiado sus propias ideas, de modo que si otros no aceptan su palabra, se sienten dolidos. Esta es la reacción de una

persona subjetiva. Si hemos de ser fieles, siempre tenemos que expresar nuestro sentir. Pero no debemos hablar simplemente porque queramos interferir en los asuntos de otros, ni porque nuestro temperamento nos exija hablar, o porque tengamos la costumbre de hablar siempre. Ni tampoco tenemos que hablar cada vez que surja la oportunidad de hacerlo. Podemos hablar cuando realmente sea necesario, pero no tenemos que hacer una regla o un hábito que tengamos que hablar todo el tiempo. Es incorrecto hablar cada vez que surja una oportunidad. No es correcto hablar con una lengua indisciplinada. Dios no nos ha asignado para ser maestros de todos. Algunos están acostumbrados siempre a hablar y a enseñar a otros. Esto muestra claramente lo subjetivos que son. Si la subjetividad de una persona no es quebrantada, le será difícil trabajar para el Señor.

Una persona subjetiva no es necesariamente una persona fiel; el que es fiel habla porque tiene que hacerlo, no meramente porque le guste hablar ni porque tenga el apetito de hacerlo. Una persona fiel habla porque no quiere que otros caigan en error. No habla simplemente porque tenga ganas de hablar. Si la persona fiel se da cuenta que sus palabras son rechazadas, no se siente desalentado, puede apartarse en paz. Pero alguien que es subjetivo es muy diferente; siempre tiene un deseo apasionado de hablar, y si no lo hace se siente insatisfecha. Tal persona tiene el hábito de abrir la boca siempre que ve algo. ¿Pueden ver la diferencia? Una persona subjetiva habla porque le gusta hablar, porque desea imponer su voluntad sobre otros. Le gusta dominar a otros con sus ideas y le gusta que todos escuchen sus palabras. A dicha persona le es difícil aceptar el rechazo de su voluntad. Hermanos y hermanas, una persona subjetiva es totalmente diferente a una persona fiel. Debemos ser fieles. Muchas veces es incorrecto no abrir la boca. Pero tenemos que diferenciar entre la fidelidad y la subjetividad. A una persona subjetiva le gusta meterse en los asuntos de otros. Le agrada que otros escuchen sus palabras. Le gusta controlar a los demás en todo. Le encanta dar órdenes a éste y dirigir a aquél. Siempre considera que su método es el mejor y que su manera es la más correcta. Quiere que todos tomen su camino. Las personas subjetivas no soportan que otros sean diferentes. Hermanos y hermanas, una persona subjetiva es la persona más estrecha del mundo. Uno sólo puede ser amplio y generoso una vez que ha sido tratado por el Señor y su subjetividad ha sido quitada. Sólo una persona amplia o abierta puede tolerar a aquellos que son diferentes de ella. La subjetividad exige uniformidad o igualdad, y no puede tolerar diferencias en nadie. Si dos personas subjetivas comparten una habitación, no habrá paz en tal lugar. Una querrá hacer una cosa y la otra querrá hacer otra; así que la habitación estará llena de argumentos. Una pensará que está llevando la cruz y la otra también pensará lo mismo. Ambas tendrán problemas entre sí y ambas creerán que están llevando la cruz. Esto es lo que sucede cuando dos cabezas subjetivas se juntan. Una persona

subjetiva siempre trata de manejar y tener las cosas bajo su control y busca establecerse como el líder entre el pueblo de Dios. Siempre toma decisiones en el acto y decide cómo se deben hacer las cosas. A tales personas les gusta entrometerse aun en el asunto más insignificante. Les encanta interferir y controlar. Este es el problema básico de las personas subjetivas. Sabemos que Dios no les confía nada a tales personas. Nunca he visto que Dios le confíe algo a una persona subjetiva. Dios no puede usar a tales personas. Nunca he visto a una persona subjetiva que haya progresado mucho espiritualmente. Su manera de ser les impide recibir instrucción alguna. Una manera de ser que rehúsa ser instruida no se le puede enseñar y es inútil.

A una persona subjetiva le gusta tomar control y hacer propuestas. Tales personas crean problemas en la obra de Dios. No sólo son torpes para aprender e ineptos para cumplir la comisión de Dios, sino que gastan todas sus energías en su propia subjetividad. Como resultado, no tienen energías para la obra de Dios. Cuando una persona interfiere en los asuntos de otros, es negligente con su propia obra porque los asuntos de otros lo mantienen ocupado. Si se preocupa por cuidar las viñas de otros, ciertamente descuidará su propia viña. Hermanos y hermanas, no tenemos el tiempo para consentir nuestra subjetividad. Dios nos ha confiado suficiente ministerio, responsabilidad y obra. No tenemos el tiempo para entremeternos en los asuntos de los demás. Tenemos que concentrar nuestro tiempo y energías en el trabajo que debemos hacer y estaremos suficientemente ocupados. Sólo aquellos que son negligentes en la obra de Dios y que no atienden a su propia responsabilidad delante Él, tienen energías para involucrarse con los diversos asuntos de otros hermanos y hermanas. Es claro que todas las personas subjetivas han abandonado la obra que Dios les ha encomendado. Dejan su propia obra desatendida por ocuparse en los asuntos de otros. Si un obrero descuida su obra para cuidar la de otros, su propia obra será pobre. Una persona subjetiva no es eficaz en la obra del Señor. Dios no puede confiar en él, y aun si le confiara algo, no lo llevaría a cabo apropiadamente. Es difícil quitar la subjetividad de una persona, porque se trata de su manera de ser. Tal persona es subjetiva en todo aspecto, no sólo en la obra de Dios, sino también en su vida personal. Es subjetiva en cuanto a los asuntos de otros. Una persona subjetiva siempre está muy ocupada; quiere estar siempre involucrada en todo y, como resultado de ello, no puede seguir una senda definida delante de Dios. Tiene su propia opinión y perspectiva y su propia manera de hacer las cosas. Esto representa un verdadero problema espiritual, una barrera espiritual. Tenemos que orar: “Señor, concédeme Tu gracia. Hazme una persona flexible delante de Ti. Quiero ser flexible y dócil, no sólo delante de Ti sino también delante de los hermanos y hermanas”. Pablo era tal clase de persona. Sus cartas eran “duras y fuertes”. En lo que respecta al testimonio de su persona delante del

Señor, él era duro y fuerte, pero cuando estuvo frente a los corintios su presencia parecía "débil y su palabra menospreciable" (2 Co. 10:10). Pablo no comprometía su testimonio, por lo cual sus palabras eran "duras y fuertes", pero cuando hablaba con otros no era áspero sino manso. Hermanos y hermanas, tenemos que aprender a distinguir estos dos aspectos. En nuestro ministerio tenemos que ser fuertes y duros, pero en nosotros mismos no debemos ser subjetivos. "Algunos predican a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad; estos lo hacen por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del evangelio, pero aquellos anuncian a Cristo por ambición egoísta, no con intenciones puras, pensando añadir aflicción a mis prisiones. ¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o con veracidad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo; sí, me gozaré aún" (Fil. 1:15-18). ¿Pueden ver el equilibrio en este pasaje? Si otros toman el mismo camino nuestro, agradecemos al Señor por ello, pero si otros no toman la misma dirección, sino un camino distinto, aun así somos sus hermanos, y su actitud no nos molesta. Tenemos que mantener este equilibrio. Por un lado, debemos ser fieles a nuestro testimonio; por otro, no debemos ser subjetivos en nosotros mismos. Una persona fiel nunca actúa subjetivamente, y una persona subjetiva no es necesariamente fiel. Tenemos que trazar una línea de separación entre las dos.

En resumen, la subjetividad es simplemente el yo que no ha sido quebrantado. Hermanos y hermanas, debemos orar para que Dios aplique a nuestra persona su obra de quebrantamiento, a fin de que no seamos subjetivos en ninguna manera, ya sea con relación a otros o con relación a nuestros propios asuntos. El Señor tiene que aplastarnos por completo a fin de que lleguemos a ser dóciles y mansos. Si no somos quebrantados, siempre seremos subjetivos de alguna manera. A diferencia de algunos que tienen más percepción que otros, una persona subjetiva siempre opinará, estará llena de métodos y buscará como controlar a los demás. Tenemos que permitirle al Señor que trate con nosotros severamente por lo menos una vez, a fin de ser aplastados hasta caer postrados para no levantarnos nunca más. Entonces, cuando venga la prueba de nuevo, seremos fieles a nuestro testimonio, y les daremos a otros la libertad de decidir si nos siguen o no. No tendremos la compulsión de hablar. No estamos aquí para ser los maestros de muchos, por lo que no debemos estar ansiosos por hablar, proponer, tomar decisiones, enseñar ni controlar la obra. Hermanos y hermanas, debemos ser fuertes al ejercer nuestro ministerio, pero al mismo tiempo, debemos aprender a ser mansos y a no ser subjetivos delante del Señor.

CAPÍTULO NUEVE

CONCERNIENTE AL DINERO

¿Cuál debe ser la actitud de un obrero cristiano, un siervo de Dios, en cuanto al dinero? Éste es un asunto muy serio, y a menos que el obrero tenga una victoria completa en este asunto, no podrá trabajar para el Señor. Frecuentemente todo obrero tiene que manejar dinero. Pero si el obrero tiene problemas en el manejo del dinero, no podrá avanzar mucho. Por tanto, debemos tener presente que lo que está en juego es un asunto de suma importancia.

Mammon, osea, las riquezas, está en oposición a Dios, así que debemos rechazar su influencia. Ésta es la visión apropiada que todos los cristianos deben tener hacia el dinero. Debemos estar alertas para no caer bajo su poder. Ningún obrero que esté atado por las riquezas materiales puede persuadir a otros a ser liberados de su control. Esto no es posible. Si estamos atados y controlados por Mammon, será imposible que ayudemos a los hermanos y hermanas a ser liberados de su control y atadura. El obrero debe odiar la pereza y también debe detestar el poder de las riquezas, de otro modo, no será útil en la obra de Dios. El dinero es un asunto crucial. Analicemos algunos aspectos relacionados con el dinero.

UNO

En primer lugar, observemos la relación que existe entre el dinero y el camino y la enseñanza del obrero. En el Antiguo Testamento tenemos la historia de Balaam, y en el Nuevo Testamento vemos el camino y la enseñanza de Balaam, lo cual se relata en 2 Pedro, Judas y Apocalipsis. Estos relatos nos muestran la importancia que Dios le da a Balaam, quien era un profeta que buscó su beneficio propio. En otras palabras, él hizo un comercio del ministerio profético. Balaam no ignoraba su posición de profeta, estaba consciente de ella y le sacó provecho. Tampoco ignoraba la voluntad de Dios. Cuando Balac, el rey de Moab, se propuso destruir al pueblo de Dios, Balaam estaba plenamente conciente de que el pueblo de Dios no debía ser maldecido; él sabía que era un pueblo bendecido por Jehová. Sin embargo, debido a que codició la oferta de Balac, quien le ofrecía darle todo lo que deseara, él acudió a Dios una y otra vez buscando Su permiso para hacerlo. Finalmente, Dios se lo concedió. Muchos piensan erróneamente que este episodio es un buen ejemplo acerca de como esperar en Dios. De hecho, Balaam nunca habría consultado a Dios de no haber sido por la promesa de Balac; sabía perfectamente que tal viaje no estaba de acuerdo con el Señor. Pues Dios nunca desea maldecir a Su pueblo, sino mas bien siempre intenta bendecirlo y cuidarlo con Su gracia. No obstante, Balaam indagó a Dios repetidas veces debido a la promesa que había recibido de Balac.

Finalmente, Dios le permitió ir. Pero no por que fuera Su voluntad, sino que era sólo Su permiso para ir, considerando que si la oferta de Balac podía generar tanta oración en Balaam, entonces le dijo que fuera. Indudablemente Balaam era un profeta, pero él permitió que el dinero afectara su camino y lo condujera a extraviarse.

Todo obrero cristiano que no haya resuelto el asunto del dinero en su vida, y que aún esté atado por su poder, ciertamente dejará que la influencia del dinero afecte su campo de trabajo. Cuando él tenga que decidir a dónde debe ir a trabajar, su decisión será influenciada por el apoyo financiero que pueda recibir. Irá a donde reciba ayuda económica y no irá a donde no la den. El respaldo monetario se convertirá en su dirección. Si va solamente a adonde hay ayuda financiera, seguramente no irá a un lugar pobre o, en todo caso, si llega ir a tal lugar, se quedará poco tiempo. En cambio, si en otro lugar hay un apoyo generoso, espontáneamente será atraído por su apoyo y sentirá que Dios lo está conduciendo a ese lugar. Algunas oraciones sólo siguen a la ayuda monetaria. El dinero se convierte en el centro de atención. El beneficio propio y el dinero condujeron a Balaam a molestar a Dios repetidas veces, insistiendo acerca si debía ir o no. Hace unos diez años, un hermano de mayor edad comentó sobre la situación tan lamentable en que se encuentran los cristianos, diciendo: "¡Consideren cuántos siervos de Dios van en pos del dinero! Tantos lugares pobres carecen de cuidado espiritual, y miren cuántos obreros se amontonan en los lugares más prósperos. ¿No hay algo que está mal en la dirección que han recibido?". Ésta fue una palabra fuerte. Si un hermano no ha resuelto el asunto del dinero, no será una sorpresa que sus pasos sean como los de Balaam. El camino que tome será determinado por la cantidad de ayuda económica que reciba. La cantidad de apoyo económico se convertirá en la dirección para su camino. Si un lugar es pobre, él no lo visitará, o lo hará raramente. Y si lo visita, se irá de allí rápidamente. Pero si un lugar es rico y tiene abundancia, él lo visitará más o permanecerá allí permanentemente. El dinero se convertirá en la fuente de su dirección. A tales personas Dios sólo puede decirles: "ve y cumple tu deseo". Un obrero que no esté libre de la influencia del dinero, es inútil. Si con respecto al dinero, un obrero no puede jactarse como Pablo se jactó, tal obrero es inútil. Si no puede librarse del dinero y de su influencia, no puede ser un ministro de Dios; su camino ciertamente será el mismo que el de Balaam. Algunos son fácilmente dominados por el dinero; el dinero fácilmente determina su camino. Como consecuencia, su camino viene a ser el camino de Balaam. El cual es simplemente un camino determinado por el dinero. Que el Señor nos conceda Su gracia para que seamos liberados de la influencia del dinero. No deseamos ver que ninguno de nosotros se convierta en un mendigo, y que la ubicación donde labore sea el lugar donde mendiga. Una vez que hacemos esto, nos

convertimos en esclavos del dinero. ¡Es lamentable y vergonzoso que un siervo de Dios sea conducido y controlado por el dinero! ¡Es una vergüenza que en lugar de buscar la guía del Señor postrándose a Sus pies, vayan a donde el dinero los guíe! Si una persona no ha sido plenamente liberada del dinero, realmente puede estar bajo una profunda esclavitud al dinero, aun cuando dice que está bajo la dirección de Dios. ¡Esto es muy vergonzoso! Por supuesto, el asunto del dinero es muy superficial. Si el Dios en quien creemos es viviente, entonces podemos ir a cualquier lugar. Pero si Él no lo es, entonces podemos emprender la retirada y no hacer nada. Es una vergüenza predicar al Dios vivo y tomar un camino que es gobernado por el dinero. ¡Esto es una gran vergüenza!

En el Nuevo Testamento Pedro habla del camino de Balaam, y nos muestra lo que significa: "Tienen los ojos llenos de adulterio, no cesan de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón ejercitado en la codicia, y son hijos de maldición" (2 P. 2:14). Aquí el énfasis recae en el ejercicio habitual de la codicia. La codicia es un asunto del corazón, y esta puede convertirse en un hábito. Cuando alguien es dominado por la codicia una, dos o muchas veces, la codicia se convierte en su hábito. "Han dejado el camino recto, y se han extraviado, siguiendo el camino de Balaam, hijo de Beor, el cual amó el pago de la injusticia" (v. 15). ¿Qué sucede cuando una persona cae en el hábito de la codicia? Él abandona el camino recto y se extravía siguiendo el camino de Balaam, hijo de Beor. Hermanos y hermanas, Dios ha puesto ante nosotros "el camino recto". ¿Cuál camino debemos escoger? Algunos han abandonado el camino recto y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam. ¿Cuál es "el camino de Balaam"? Él era un profeta que amó el pago de la injusticia. Esto nos demuestra claramente que el camino de Balaam es un camino que compromete el ministerio profético de uno al venderlo por ganancia personal. Pero el evangelio no se vende, ni se vende el ministerio profético. No podemos vender el evangelio de Dios ni el ministerio de los profetas. Con todo, aquí vemos a un hombre que vendió su ministerio profético. Su camino estaba errado. Su corazón se llenó de codicia. Por esto se extravió tan pronto como sobrevino la tentación. La razón por la que Balaam aceptó la oferta de Balac no fue meramente porque se le cruzó por la mente un simple pensamiento de codicia; sino que fue el resultado de que tenía el hábito de codiciar. Hermanos y hermanas, ¿pueden ver este punto? En él la codicia era un hábito. Ésta fue la razón por la que él se extravió tan pronto como Balac le ofreció dinero. Si el poder de Mammon no es erradicado de nosotros, nuestros pies correrán tras él tan pronto como su cebo sea puesto ante nosotros, y así sacrificaremos nuestra utilidad al Señor. Si deseamos seguir por un camino recto, tenemos que rechazar por completo a Mammon. De otro modo, aunque externamente podamos buscar la dirección del Señor, orando por orientación y procurando la voluntad del Dios, nuestros pies permanecerán en la

senda incorrecta. Balaam oraba, procuraba hacer la voluntad de Dios y esperaba en Él, pero a pesar de ello, tomó el mal camino. Recuerde por favor, que mientras el dinero ocupe un lugar en nuestro corazón y la codicia se convierta en un hábito para nosotros, podemos orar todo lo que queramos para que Dios nos impida ir a cierto lugar, pero finalmente el dinero dirigirá nuestros pasos. Seremos incapaces de tomar el camino recto.

Judas también habla de Balaam. El versículo 11 dice: "Ay de ellos porque ... se lanzaron por lucro en el error de Balaam". Esta es una palabra dura. Algunos se lanzaron por motivos de lucro. Lanzarse significa correr rápido, velozmente y con prisa. Algunos se han lanzado al error de Balaam. Los hijos de Dios deben ser completamente liberados de codiciar el lucro. De otra manera, no tendrán otra opción que tomar el camino del error.

Además de hacer referencia a Balaam, 2 Pedro 2:3 describe otra condición: "y en su codicia, harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. El juicio pronunciado sobre ellos hace tiempo no está ocioso, y su destrucción no se duerme". 2 Pedro 2 habla de los falsos profetas. ¿Qué hacen los falsos profetas? En su codicia fingen palabras para hacer mercadería de los creyentes. Ellos son codiciosos y buscan su propio beneficio; por lo tanto, fabrican mentiras. Si el camino de una persona es dirigido por el dinero, tarde o temprano su enseñanza también lo será. Podemos asegurar esto. Tal persona les dirá una cosa a los pobres y otra a los ricos. Él les hablará a los pobres sobre una clase de demanda del Señor, y cuando vengan los ricos les hablará de otra clase de demanda del Señor. Sus palabras serán dirigidas por su deseo de obtener ganancias propias. Es decir, su enseñanza estará influenciada por el dinero. La palabra de Dios es franca y fuerte. Temo que algunos hayan seguido el ejemplo de los falsos profetas y de los falsos maestros. Si la línea de conducta de una persona es dirigida y gobernada por el poder del dinero, tal persona es un falso profeta y un falso maestro. Ningún profeta, instructor o maestro que sea un fiel siervo de Dios debe ser manipulado por el poder del dinero. Si alguien puede ser comprado con dinero, si puede ser influenciado por el dinero y el dinero puede cambiar la dirección que tome, debe cubrirse con cenizas y confesar que es un profeta falso y un maestro falso. Él es un falso siervo de Dios, no es genuino. Éste es un asunto muy serio. Debemos ser librados totalmente de Mammon. Aquellos que son guiados por el dinero en cuanto al camino que tomen y a las palabras que hablen, deben ser quitados de la obra de Dios.

Pedro y Judas no fueron los únicos que hablaron de este tema. Pablo le dijo lo mismo a Timoteo subrayando este peligro de caer en la codicia. En 1 Timoteo 6:3 dice: "Si alguno enseña cosas diferentes, y no se conforma a las sanas palabras, las

de nuestro Señor Jesucristo, y a la enseñanza que es conforme a la piedad". ¿Qué quiere decir ser uno que enseña cosas diferentes y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo? Los versículos 4 y 5 dicen: "Está cegado por el orgullo, nada sabe, y padece la enfermedad de cuestiones y disputas acerca de palabras, de las cuales nacen envidias, contiendas, calumnias, malas sospechas, constantes altercados entre hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia". Es interesante observar que en la historia de la iglesia todos los maestros heréticos, aquellos que enseñaron algo diferente, fueron los que tomaron la piedad como fuente de ganancia. Ninguno de ellos se entregó tanto como Pablo; pues ellos siempre calculaban cuánto podrían obtener por lo que hacían. ¡Ninguno de nosotros debe tratar de obtener ganancia de ninguna persona valiéndose del evangelio! Nada en este mundo es tan condenado por Dios como el hecho de tomar la piedad como fuente de ganancias. Nada puede ser más bajo que hacer de la obra cristiana una fuente de ganancias. Esto es lo más detestable. Tomar la piedad como fuente de ganancias es lo más repugnante. Todo obrero debe estar totalmente libre de cualquier pensamiento de lucro antes de involucrarse en la obra. Hermanos y hermanas, si desean laborar para el Señor, deben estar totalmente libres de la influencia del dinero. La muerte y el hambre deben ser preferibles que trabajar por lucro personal. Todo obrero del Señor tiene que ser muy estricto en este asunto. Si alguien nos tienta a transigir en esto, no debemos concederle ni un centímetro de terreno. Tenemos que seguir a nuestro Señor de forma incondicional. Hermanos y hermanas, podemos vender nuestra ropa y nuestras posesiones, pero nunca podemos vender nuestra verdad y nuestra piedad. A menos que nos declaremos muertos para con Mammon y que nuestra mente esté totalmente libre de su influencia, sería mejor no tocar nada de la obra del Señor. El versículo 6 dice: "Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento". Es aquí donde reside la verdadera ganancia: donde hay piedad, hay contentamiento. Cuando tenemos piedad, ya no pedimos nada más, no esperamos nada más y nos quedamos satisfechos con lo que tenemos. Ésta es la verdadera ganancia, una gran ganancia. Sería una vergüenza para la piedad que vayamos en pos de ganancias económicas. Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento. Los versículos del 7 al 10 son de suma importancia para los obreros del Señor: "Pues nada hemos traído a este mundo, porque nada podremos sacar. Pero teniendo sustento y abrigo estemos contentos con esto. Mas los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y ruina. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual persiguiendo algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores". Hermanos y hermanas, nunca debemos hacer de la piedad un medio de ganancias. Debemos ser totalmente libres de la influencia del dinero. Si tenemos problemas para vencer en

este asunto, sería mejor buscar otra ocupación. Jamás deberíamos caer tan bajo como para buscar que nos paguen por nuestra predicación y nuestra obra. Sería mejor tener otra profesión y servir al Señor de otra manera. No hay nada malo en servir al Señor en cualquier empleo decente, pero nadie debería ser descuidado en cuanto al asunto del dinero ni traerle vergüenza al nombre del Señor por causa del dinero. El obrero del Señor debe ser íntegro en este asunto. Su corazón debe estar completamente libre del amor al dinero. Tiene que ser absoluto, porque la Palabra de Dios condena seriamente cualquier impureza relacionada con el dinero.

En Judas 16 dice: "Estos son murmuradores, quejumbrosos, que andan según sus propias concupiscencias, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho". Muchos hablan cosas infladas. Se jactan de la cantidad de oraciones contestadas y de las muchas veces que han realizado milagros increíbles y obras maravillosas. Pero ellos dicen estas cosas "para sacar provecho". Muchas personas dicen lo que a otros les gusta oír para adularlos y sacar provecho. Tenemos que eliminar cualquier motivo que nos induzca a buscar nuestro beneficio propio. Éste es un rasgo básico del carácter de un obrero del Señor. Una persona que cede en el asunto del dinero hará concesiones en todas las cosas. Con respecto al dinero debemos ser severos, muy severos, y no ceder a ninguna corrupción. Como obreros del Señor, tenemos que ser íntegros, absolutamente limpios en cuanto al asunto del dinero.

DOS

Ahora consideremos cómo el Señor Jesús entrenó a Sus discípulos en este asunto. Lucas 9 narra que Él envió a los doce discípulos, y el capítulo 10 registra que Él envió a los setenta. De los cuatro Evangelios, solamente Lucas registra el envío de los setenta. Al enviar a los doce, el Señor les dijo: "No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni tengáis dos túnicas cada uno" (9:3). El Señor les mandó que dejaran atrás muchas cosas. Cuando Él comisionó a los setenta, les dijo: "No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias" (10:4). Un punto común en ambos casos es el dinero. Es decir, que el dinero no debe ser un artículo que el obrero precise para su labor. Más tarde, el Señor les dijo: "Cuándo os envié sin bolsa, sin alforja, y sin sandalias, ¿acaso os faltó algo? Ellos dijeron: nada" (22:35). Enseguida el Señor dijo "Mas ahora, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una" (v. 36). La razón para esto fue que la dispensación había cambiado. Para entonces, el Señor Jesús ya había sido rechazado. Mientras los israelitas tenían la oportunidad de recibir al Señor, no había necesidad de estas cosas. El punto que debemos subrayar en este caso es que, al cumplir su comisión para el Señor, un obrero no debe prestar atención a su

cartera. Todo su ser debe estar centrado en su mensaje, no en su cartera. Salimos para testificar que Jesús de Nazaret es el Señor designado por Dios. Nuestro ser debe centrarse en el mensaje, no en la cartera. En otras palabras, estamos calificados para trabajar sólo si estamos totalmente libres del dinero. Si vamos a ir de ciudad en ciudad a predicar el evangelio del reino, no debemos ser como un camello que se atora en el ojo de una aguja y queda excluido del reino, mientras que al mismo tiempo les habla a otros sobre la necesidad de entrar en el reino tomándolo con violencia (Mt. 11:12). Esto es imposible.

¿Qué significan las palabras *no llevéis*? Estas palabras nos muestran que el principio del evangelio contradice el principio de la cartera y de las dos túnicas. Cuando alguien se prepara para predicar el evangelio, no debe fijar su mente en estas cosas. Para un viaje ordinario, uno necesita de una cartera para llevar dinero, un bastón para caminar y dos túnicas para cambiarse. Todas estas cosas son necesarias. Ésta es la razón por la que el Señor les dijo a Sus discípulos que llevaran esto en Lucas 22. Entonces, ¿por qué les dijo que estas cosas no eran necesarias cuando Él envió a los doce discípulos en el capítulo 9 y a los setenta en el capítulo 10? Él les prohibió estas cosas porque un predicador del evangelio no debe fijar su mente en estas cosas. Cuando alguien es enviado, debe ir. Debe ir si hay dos túnicas y debe ir si solamente hay una. Debe ir con o sin bastón, con o sin dinero, y con o sin cartera. Esto es lo que significa ser un predicador del evangelio. Éste fue el entrenamiento básico que el Señor les dio a los discípulos cuando Él envió a los doce y a los setenta a la obra. Hermanos y hermanas, tenemos que estar claros en este asunto. Si el corazón de un hombre está centrado en el evangelio, estas cosas de menor importancia no serán importantes para él en absoluto. Si tales cosas son de mucha importancia para él, sería mejor que no saliera. Si hemos de predicar el evangelio, nuestra ropa, cartera y bastón no deben ser una preocupación para nosotros. Si lo son, no somos aptos para predicar el evangelio. El evangelio requiere que nos enfoquemos absolutamente en él; requiere tanto de nuestra atención que estas cosas deben llegar a ser irrelevantes para nosotros. El evangelio es lo único que debe ocupar nuestros corazones. Cuando nos alistamos para realizar nuestro trabajo, debemos estar contentos si tenemos o no tenemos hospitalidad. Tenemos que ponernos del lado de Dios y llevar un testimonio glorioso para el Señor. Esta es la razón por la cual el Señor dijo: "En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: paz sea a esta casa" (10:5). ¡Cuán digno es esto! Un obrero es uno que imparte paz a otros. Debe honrar su posición delante del Señor. Puede ser pobre, pero nunca debe perder la dignidad. Ningún obrero debe estar tan mal como para perder su dignidad. Si vamos a cierto lugar y la gente allí no nos recibe, ¿qué debemos hacer? El Señor dijo: "Y cuando no os reciban, al salir de su ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos" (9:5). ¿Pueden ver la

dignidad de los siervos de Dios? Cuando ellos son rechazados, no se sienten avergonzados ni se quejan, diciendo: "Qué mala suerte. Vinimos a la casa equivocada". En lugar de ello, sacuden el polvo de sus pies; no toman ni un ápice de polvo de esa ciudad. Los siervos de Dios deben mantener su dignidad. Pueden ser pobres, pero no pueden perder su dignidad. Si nuestra mente no está completamente convencida de esto, no podemos tener parte en la obra de Dios. Como obreros, tenemos que tratar con el Señor apropiadamente con respecto al dinero. De otra forma, no debemos tocar la obra de Dios, porque Mammon es un asunto muy serio.

Podemos ver más de cómo el Señor entrenó a Sus discípulos en los pasajes de la alimentación de los cinco mil y más tarde de los cuatro mil. En una de estas ocasiones, Él tomó a Sus discípulos consigo y predicó a una gran muchedumbre de cinco mil, sin contar a las mujeres y a los niños. Al caer la tarde, se acercaron a Él los discípulos, diciendo: "El lugar es desierto y la hora ya avanzada; despide a las multitudes, para que vayan a las aldeas y compren para sí alimentos. Mas Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer" (Mt. 14:15-16). Los discípulos esperaban que el Señor enviara a la muchedumbre a conseguir su propio alimento. Pero el Señor dijo: "Dadles vosotros de comer". Cuando uno de los discípulos oyó esto, fue sorprendido y dijo: "Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomara un poco" (Jn. 6:7). Mientras ellos contaban los doscientos denarios, el Señor dijo: "¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo" (Mr. 6:38). Cuando ellos le trajeron cinco panes y dos peces, el Señor realizó un milagro y los alimentó a todos. Hermanos y hermanas, todos aquellos que se ponen a contar sus doscientos denarios no son aptos para la obra del Señor. Si el dinero significa tanto para nosotros, no debemos tocar la obra de Dios. En estos versículos el Señor nos muestra que todo obrero debe estar dispuesto a dar todo lo que tiene. Si le damos mucha importancia al dinero, siempre estaremos calculando el monto de nuestras ganancias. El obrero debe ser librado del poder de Mammon. El dinero no debe ejercer ningún poder ni influencia sobre el obrero del Señor. Durante los tres años y medio que el Señor permaneció con los doce discípulos, se dedicó a ellos por completo. Ésta fue la manera que Él entrenó a los doce discípulos. Él les mostró que había que gastar lo que fuera necesario. La obra de Dios no tiene nada que ver con sacar provecho. Es un error el ver la obra de Dios desde una perspectiva comercial. Aquellos que siempre están contando el dinero no son esclavos de Dios; son esclavos de Mammon. Tenemos que ser rescatados del poder de las riquezas.

Los discípulos no aprendieron esta lección inmediatamente. En Mateo 15 vemos otra ocasión donde había cuatro mil personas, sin contar mujeres ni niños. Esta vez

la situación era aún más precaria. La muchedumbre había estado allí por tres días. ¿Qué podían hacer los discípulos bajo tales circunstancias? El Señor les dijo: "Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y despedirlos en ayunas no quiero, no sea que desfallezcan en el camino" (v. 32). La palabra "y" significa que el Señor mismo también había estado sin alimento por esos tres días. Él continuó diciendo: "y despedirlos en ayunas no quiero, no sea que desfallezcan en el camino". Pero los discípulos aún no habían aprendido la lección. Ellos le preguntaron cómo podrían conseguir suficiente comida para alimentar a la gente. La preocupación del hombre siempre es de dónde vendrá el alimento. Entonces el Señor les preguntó: "¿Cuántos panes tenéis? Y ellos dijeron: Siete, y unos pocos pececillos" (v. 34). Entonces ellos le trajeron los siete panes y los pocos pececillos, y el Señor realizó otro milagro y alimentó a los cuatro mil.

El Señor repitió este milagro porque los doce discípulos necesitaban ser entrenados dos veces. Si el Señor no hubiera alimentado a los cinco mil y a los cuatro mil, los discípulos probablemente no habrían podido manejar la situación en Pentecostés. Si nunca hubieran tenido la experiencia de alimentar a los cinco mil y a los cuatro mil mencionados en los Evangelios, no habrían sabido cómo cuidar de los tres mil y los cinco mil en el libro de Hechos. Aquellos que huyen ante los osos y leones, ciertamente también huirán ante Goliat. Los que no pueden pastorear ovejas ciertamente no podrán pastorear a Israel. Aquí vemos a un grupo de discípulos que aprendió la lección de alimentar a cinco mil y a cuatro mil. Por consiguiente, no tuvieron ningún problema en Pentecostés cuando fue necesario que tomaran cuidado de los necesitados. Hermanos y hermanas, nosotros tenemos que pasar por el mismo entrenamiento; nuestros corazones tienen que ser ensanchados. Podemos restringir nuestros gastos, pero Dios no desea que restrinjamos Sus milagros. Muchos están muy preocupados por el dinero. No le dan a otros la impresión de que son siervos de Dios; no se asemejan a alguien que ha sido entrenado por Dios. Una persona que ha sido entrenada no le dará tanta importancia al dinero; no estará tan preocupada por el dinero que tiene en su bolsillo. Hermanos y hermanas, cuanto más calculamos, más nos desviaremos de la meta de Dios y más pobres nos volveremos. Éste no es el principio que Dios tiene con respecto al dinero. Necesitamos el mismo entrenamiento que recibieron los doce y los setenta discípulos. Con todo, uno de los doce finalmente llegó a ser un ladrón que hurtaba dinero. Él no aprendió su lección y el dinero seguía siendo muy importante para él. Cuando él vio que María derramó el frasco de alabastro de nardo puro sobre el Señor, él lo consideró como un desperdicio, y dijo, "¿Por qué no fue este ungüento vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?" (Jn. 12:5) Para una persona calculadora, un frasco de ungüento puede ser vendido por

trescientos denarios para ayudar a los pobres. Pero el Señor no estuvo de acuerdo con esa manera de calcular. En lugar de eso dijo: “De cierto os digo: Dondequiera que se proclame este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella” (Mt. 26:13). El resultado máximo y final del evangelio es quebrar nuestro frasco de alabastro y ungir al Señor Jesús con el ungüento que cuesta trescientos denarios. Es decir, cuando alguien recibe el evangelio, por causa de Cristo no escatima el costo y derrama sobre el Señor todo lo que tiene; esto es grato a los ojos del Señor. Es correcto incluso “desperdiciar” todo nuestro ser sobre el Señor. Aquellos que no entienden el evangelio están siempre contando su dinero, pero aquellos que lo entienden, saben que es bueno y apropiado “desperdiciarse” a sí mismos sobre el Señor. Es bueno que el Señor reciba nuestra ofrenda “derrochadora”. ¿Quién fue el que consideró aquello como un desperdicio? Judas. Él fue uno que nunca aprendió su lección. Sus palabras parecían muy razonables. Para el hombre, no era de ningún beneficio gastar trescientos denarios de esta manera. Para Judas, trescientos denarios eran suficientes como para traicionar a un hombre; él vendió al Señor Jesús por treinta monedas de plata. Sin embargo, para él, verter aquel ungüento era un desperdicio, y él estaba afligido por ello. Él quería sacar provecho de eso; era muy calculador. Pero aquellos que han recibido genuinamente el evangelio y que se entregan incondicionalmente al Señor, lo sacrificarán todo. Incluso si el sacrificio les parece demasiado a otros, ellos hacen este sacrificio por causa del evangelio del Señor. Donde se proclama el evangelio, nadie debe regatear con el Señor. Él dijo: “Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a Mí no siempre me tendréis” (v. 11). El Señor estaba dando a entender que no había nada malo con atender a los pobres, pero en lo que se refiere a sacrificio por el Señor, nosotros, no debemos escatimar nada por Él. Incluso si exageramos y vamos hasta el extremo, nunca será un desperdicio para el Señor. Un hermano dijo en una ocasión: “Si un creyente toma el camino de moderación cuando recién cree en el Señor, no tendrá futuro espiritual”. Hermanos y hermanas, podemos tener pensamientos de moderación a los diez o veinte años de creer en el Señor, pero un nuevo creyente debe desperdiciarse absolutamente en el Señor. Si usted es un nuevo creyente, debe ofrecerle al Señor todo lo que tiene. Debe derramar sobre el Señor todo el frasco de alabastro de nardo puro. Tiene que sacrificarlo todo de esta manera para que pueda avanzar. Éste fue el entrenamiento que los discípulos recibieron. Tenemos que aprender a sufrir un poco más y a desperdiciarnos un poco más en el Señor y en otros. Como siervos de Dios, debemos ser muy generosos en cuanto al dinero. Debemos seguir adelante con dinero o sin dinero. Aquellos que siempre están contando el dinero no son personas adecuadas para la obra.

En Hechos 3:6 Pedro le dijo al hombre lisiado: "No poseo plata ni oro". El Señor trajo a Pedro y a Juan a un punto donde podían afirmar: "No poseo plata ni oro". Aunque en el capítulo 2 vemos que se manejaba mucho dinero, encontramos un testimonio en el capítulo 3: "No poseo plata ni oro". ¿Qué siguió diciendo Pedro al hombre lisiado? Le dijo "pero lo que tengo, esto te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda". Ellos estaban tan entrenados que, aunque por sus manos pasaba mucho dinero, aún así podían decir: "No poseo plata ni oro". Hermanos y hermanas, si nos entregamos a la obra del Señor, tenemos que ser íntegros con respecto al dinero. Si somos débiles en este asunto, también seremos débiles en otros asuntos. Un factor subyacente que tienen los obreros que son fuertes y estables es que son confiables ante Dios en lo concerniente al dinero. Dios puede confiarles Su obra a tales personas.

TRES

Veamos el tercer asunto: la actitud de Pablo hacia el dinero. La palabra de Pablo en cuanto a este tema es muy clara. En Hechos 20 le dijo a los efesios: "Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado" (v. 33). Esto se refiere al motivo. Él no codiciaba nada. Al trabajar para el Señor, él podía jactarse de que nunca había codiciado ninguna posesión de ninguna persona. Él no albergaba la más mínima codicia por tener oro, plata o vestido de nadie. Ésta fue su primera declaración. Luego añadió: "Vosotros mismos sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido" (v. 34). Ésta debe ser la actitud de todo siervo de Dios. No debemos codiciar la plata, el oro, ni la ropa de nadie. Las posesiones de otros son suyas, y no codiciamos nada de ellos. Ellos deben quedarse con lo que tienen. A la vez, trabajamos para suplir nuestras propias necesidades y las de nuestros colaboradores. Esto no significa que un obrero del Señor no pueda ejercer su derecho que tiene en el evangelio (1 Co. 9:18), pero sí quiere decir que un obrero del Señor debe ver el evangelio como una responsabilidad tan seria e inmensa que prefiere ofrecer sus manos y su dinero a la obra. Éste debe ser nuestro deseo delante del Señor. Hasta donde nos sea posible, debemos trabajar con nuestras manos. Por supuesto Pablo aceptaba donativos de otros, pero eso tiene que ver con otro tema, a saber, con la responsabilidad de aquel que ofrenda. Veremos ese asunto un poco después.

La palabra de Pablo a los corintios fue muy dulce. En 2 Corintios 11:7 él dijo: "¿Pequé yo humillándome a mí mismo, para que vosotros fueseis enaltecidos, por cuanto os he anunciado gratis el evangelio de Dios?". Y él continuó en los versículos 9 al 12: "Y cuando estaba entre vosotros y tuve necesidad, a ninguno fui carga, pues lo que me faltaba, lo suplieron los hermanos que vinieron de Macedonia, y en todo

me guardé y me guardaré de seros gravoso. Por la veracidad de Cristo que está en mí, que no se me impedirá esta mi gloria en las regiones de Acaya. ¿Por qué? ¿Porque no os amo? Dios lo sabe. Mas lo que hago, lo haré aún, para quitar la ocasión a aquellos que la desean, a fin de que en aquello en que se glorían, sean hallados semejantes a nosotros". Pablo no se negaba en forma categórica a recibir donativos, pero en aquella región, en Acaya, era un asunto del testimonio. Algunos criticaban y buscaban la oportunidad de criticar; se jactaban como si fueran diferentes a otros, y Pablo no quería darles esa ocasión para criticar. Él declaró que les había anunciado el evangelio de Dios gratuitamente, y que no había sido una carga para ellos, ni siquiera cuando estuvo en escasez. Él se cuidó de no ser una carga y determinó mantener dicha actitud. No se permitiría a sí mismo convertirse en una carga para ellos. Esto no significa que no los amara; más bien, actuaba de esa manera y continuaría haciéndolo para no darles ocasión a aquellos que la buscaban y para cerrar sus bocas. Ésta es la actitud de un obrero hacia el dinero. A dondequiera que vamos, tan pronto como detectemos cualquier renuencia, debemos cortar toda oportunidad de que se susciten críticas. Los hijos de Dios deben mantener su dignidad en la obra de Dios. Cuanto más una persona ame el dinero, más debemos anunciarle el evangelio gratuitamente, y cuanto más se aferre a su dinero, menos debemos recibir donativos de él. Debemos entender cuál es nuestra posición como siervos de Dios. Si encontramos cualquier persona como los de Acaya, que eran renuentes y que buscaban la oportunidad para criticar, debemos decirles lo que Pablo parecía decirles: "no seré carga a ninguno de vosotros. Pero si desean enviar algo a los pobres de Jerusalén, puedo llevárselo. Si viene Timoteo, pueden enviarlo en paz. Pero yo mismo, debo mantener mi dignidad como obrero del Señor". Pues si nos critican por recibir alguna dádiva de alguien, habremos perdido por completo nuestra dignidad como siervos del Señor, y nosotros debemos mantener nuestra dignidad como siervos de Dios. En nuestro servicio al Señor, no podemos ser descuidados con el dinero. Tenemos que ser muy estrictos en este respecto; de otro modo, no podremos hacer mucho para Dios.

Pablo no sólo nos dijo cómo mantuvo su integridad, sino también cómo trabajó con sus manos para suplir las necesidades de sus colaboradores. Esto nos muestra el principio de dar. Pablo declaró: "Para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido" (Hch. 20:34). Ningún obrero empobrecerá por el hecho de dar. Si retenemos todo lo que recibimos y sólo hacemos provisión para nosotros mismos, no conoceremos el significado de lo que es la obra de un ministro. Si los colaboradores sólo ofrendan poco de su propia bolsa, algo está mal. Si un obrero sólo sabe recibir, es decir, si ejercita su fe solamente para recibir, pero no la ejercita para dar, su función será limitada. Hermanos y hermanas, nuestro futuro espiritual tiene mucho que ver con nuestra

actitud hacia el dinero. La peor actitud que podemos tomar es acumular sólo para nosotros mismos y hacer todo sólo para nosotros mismos. Tal vez parezca una tarea dura pedirles a los levitas que ofrenden. Sin embargo, ellos tienen la misma responsabilidad de diezmar como todos los demás. Es verdad que los levitas no tenían ninguna herencia en ninguna de las ciudades; sino que eran peregrinos entre las doce tribus y vivían del altar. Algunos levitas podían haber sido tentados a decir: "Yo vivo del altar. ¿Qué pues tengo yo para dar?". Pero Dios dispuso que todos los levitas debían recibir el diezmo y que también debían diezmar. Esto impedirá que los siervos de Dios puedan decir: "Yo lo he dejado todo. ¿Tengo además que ofrendar de mis reducidos ingresos?". Si nuestros ojos están siempre puestos en nuestras propias necesidades, terminaremos en problemas económicos y no seremos capaces de suplir las necesidades de nuestros colaboradores. Tenemos que aprender a dar. Tenemos que ser capaces de proveer para todos nuestros hermanos y hermanas. Si retenemos el dinero en nuestras manos, no importa cuán poco sea, y si al mismo tiempo esperamos que Dios trabaje constantemente en los hermanos y hermanas para que nos suplan, encontraremos que Dios hará lo contrario, y ya no confiará más Su dinero a nuestras manos.

Las palabras de Pablo en 2 Corintios 6:10 son maravillosas: "Como pobres pero enriqueciendo a muchos". Aquí vemos a un hermano que realmente conocía a Dios. Aparentemente él era pobre, pero asombrosamente enriquecía a muchos. Hermanos y hermanas, éste es nuestro camino. Cuando laboramos en un lugar y los hermanos y hermanas hablan negativamente de nosotros o si tienen una actitud incorrecta hacia nosotros, debemos mantener nuestra dignidad como obreros del Señor. Por ningún motivo debemos aceptar sus dádivas. Al contrario, debemos decirles abiertamente: "No puedo tomar su dinero ya que soy un siervo de Dios. Ustedes han murmurado contra mí, así que no puedo aceptar su dinero. Como siervo del Señor, tengo que mantener la gloria de Dios. Es por ello que no puedo recibir vuestro dinero". Incluso cuando estemos pasando por una pobreza extrema, tenemos que aprender a dar. Si deseamos recibir más, tenemos que dar más. Cuanto más podamos dar, más podremos recibir. Éste es un principio espiritual. A menudo cuando estamos en carencia, debemos dar más, porque tan pronto como el dinero que tenemos se va, el suplir del Señor viene. Algunos hermanos y hermanas tienen muchas de estas experiencias. Pueden testificar que cuanto más dan, más reciben. Nosotros no debemos contar con cuanto dinero nos quedamos, porque el Señor dice: "Dad, y se os dará" (Lc. 6:38). Ésta es una ley de Dios. No podemos anular las leyes de Dios. La mayordomía cristiana es diferente de la del mundo. En el mundo se gana mediante el ahorro; pero nosotros ganamos al dar. Podremos ser pobres, pero podemos enriquecer a otros.

En 2 Corintios 12:14 Pablo dijo: “He aquí, por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros; y no seré gravoso”. Ésta era la actitud de Pablo. ¡Cuán estricto era consigo mismo! Algunos habían hablado contra Pablo y tenían un problema con él. Por lo tanto, cuando Pablo estaba listo para ir a ellos por tercera ocasión, él no fue una carga para ellos. En el versículo 14 él continuó diciendo: “Porque no busco lo vuestro, sino a vosotros”. ¿Tenía él una mala actitud y era estrecho? No. Él añade en el mismo versículo: “Pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos”. Hermanos y hermanas, ¿pueden ver cuán tierna era la actitud de Pablo delante de Dios? Los corintios oyeron muchos rumores y hablaron muchas cosas sobre Pablo. Por lo tanto, Pablo se vio obligado a rechazar sus dádivas, pero aun así, él no puso a un lado su responsabilidad de enseñarles acerca del dinero. Segunda de Corintios puede ser la epístola que aborda más detalladamente el asunto del dinero. Si Pablo se hubiera refrenado de hablar algo sobre el tema del dinero, algunos habrían interpretado que él estaba ofendido al respecto, pero él no estaba ofendido en lo mas mínimo, porque el dinero tenía muy poca influencia sobre él. Por eso podía instruir a los corintios acerca el dinero. Les dijo que debían enviar el dinero a Jerusalén. No les aconsejo lo contrario. Él se encontraba por encima del dinero; por eso él podía trascender sobre la actitud que los corintios tenían hacia su persona. Él rechazó sus dádivas porque quería mantener su dignidad. No obstante se jactó ante los macedonios de que los corintios estaban bien preparados. Y al mismo tiempo, alentó a los hermanos corintios a tener lista de antemano su bendición antes prometida, a fin de que no fueran avergonzados por hallarse desprevenidos cuando los macedonios vinieran a ellos (9:2, 4-5). Su sentir personal fue completamente puesto a un lado. Los siervos de Dios deben ser librados de la influencia del dinero. Si Pablo no hubiera sido una persona libre de la influencia del dinero, los corintios nunca habrían oído su mensaje. Pablo todavía les habría dicho tales cosas a los efesios o a los filipenses, pero no a los corintios. Sin embargo, él todavía procuró ver a los corintios; no los abandonó, sino que continuó hablándoles acerca del dinero. Él les mostró que Dios aún podía utilizar su dinero, pero Pablo mismo no lo haría; él no buscaba ninguna cosa de ellos. En este respecto, él no llegó a serles gravoso a ellos. Sin embargo, aún abrigaba esperanzas de que ellos pudiesen avanzar en cuanto al asunto del dinero.

Hermanos y hermanas, cuando se relacionan con otros en la iglesia, ¿pueden distinguir entre *ellos* y *lo que es de ellos*? Cuándo vemos a los hermanos, ¿vamos en pos de ellos o en pos de sus bienes materiales? Si ellos tienen algún problema con nosotros y no podemos ganar sus corazones, ¿aun así los apoyamos, los edificamos y oramos por su crecimiento espiritual? Pablo tenía demasiadas razones para abandonar a los corintios, pero él vino a ellos vez tras vez, e incluso en una tercera ocasión. Con todo, él no buscó sus posesiones. Hacer esto es una gran tentación

para los siervos de Dios. Tenemos que aprender a hacer lo que hizo nuestro hermano Pablo.

En 2 Corintios 12:15-18 él continuó diciendo: "Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas. Amándoos más, ¿seré yo amado menos? Pero admitiendo esto, que yo no os he sido carga, sino que, según algunos de vosotros dicen, como soy astuto, os prendí por engaño, ¿acaso he tomado ventaja de vosotros por alguno de los que os he enviado? Rogué a Tito, y envié con él al hermano. ¿Acaso se aprovechó de vosotros Tito? ¿No hemos procedido con el mismo espíritu y en las mismas pisadas?". Hermanos y hermanas, piensen en la actitud de Pablo: Él con el mayor placer gastaba lo suyo y él mismo se gastaba en beneficio de ellos. Al predicar el evangelio, no es suficiente que nosotros mismos nos gastemos, sino también debemos gastar lo nuestro. Tenemos que dar todo lo que tenemos. Nunca es correcto recibir dinero a cambio de nuestra predicación del evangelio. Más bien, tenemos que estar preparados y dispuestos a gastar con gusto nuestro dinero por causa del evangelio. Si no invertimos nuestro dinero en la predicación, algo está mal. Pero si nuestro dinero va con nuestra predicación, estamos haciendo lo correcto y estamos invirtiendo nuestro dinero en una causa digna. Esto es lo que hizo Pablo. Él estaba dispuesto a desgastarse y también a gastar lo suyo. Estaba dispuesto a gastar y a gastarse por amor a las almas de los corintios. Cuando estuvo entre ellos, no fue una carga para ninguno. Tampoco Tito ni el otro hermano fueron gravosos en absoluto. Pablo no tomaba ventaja de nadie. El evangelio es la verdad: es por esta razón que podemos invertir nuestro dinero en él. Hermanos y hermanas, tenemos que ser como nuestro hermano Pablo; no debemos ser una carga para nadie. Por el contrario, debemos gastarnos por completo por amor al evangelio. Ya que el evangelio es la verdad, es correcto gastarlo todo y gastarnos completamente en él. Nuestro evangelio es uno que se lleva nuestro dinero con él. Este es el camino apropiado por el que debemos andar.

A pesar de lo que hemos dicho hasta ahora, Pablo aceptó donativos de los macedonios y de los filipenses. Bajo circunstancias normales, es correcto que un predicador del evangelio reciba ofrendas. Pablo aceptó donativos de algunos lugares y los rechazó de otros lugares. Él no estaba limitado en cuanto a recibir donativos. Aceptó la dádiva de los macedonios. Pero cuando algunos en Acaya y Corinto lo criticaban y buscaban oportunidad para desacreditarlo, él rehusó aceptar sus donativos. Esta era la actitud de Pablo. Debemos ser iguales a él hoy en día. Podemos aceptar donativos de algunos lugares como Macedonia y debemos rechazar el dinero de otros lugares donde murmuran contra nosotros. Hermanos y hermanas, debemos mantener esta posición delante del Señor. No debemos pensar

que podemos aceptar dinero sin ninguna restricción. Si alguien está hablando mal a nuestras espaldas o si está buscando la oportunidad para criticarnos, simplemente no podemos aceptar sus dádivas; de otros lugares podemos aceptar alguna ofrenda, pero no de ese lugar.

Ahora veamos la Epístola de Pablo a los Filipenses para ver su actitud al recibir ofrendas de los santos allí. Filipenses 4:15-17 dice: "Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al comienzo del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades. No es que busque dádivas, sino que busco fruto que aumente en vuestra cuenta". Ésta era la actitud de Pablo. Tal pareciera que los filipenses eran los únicos que le proveyeron. Cuando él estuvo en Corinto y Tesalónica, fueron los filipenses los que le suplieron. Él les dijo a los filipenses: "no es que busque dádivas, sino que busco fruto que aumente en vuestra cuenta". Él sabía que Dios haría depósitos en la cuenta de los filipenses por el dinero que ellos habían invertido en él. Dios tomaría nota del dinero que aportaban los filipenses. Esta es la razón por la cual él no pedía dinero de ellos. Aquí encontramos a un hombre que tenía una actitud especial para con los únicos que le proveían. Él no buscaba dádivas, sino fruto que aumentara en su cuenta. Los macedonios le habían dado ofrendas repetidas veces, pero los ojos de Pablo no estaban puestos en el dinero. En ocasiones podemos rechazar algunas dádivas, pero cuando las aceptemos, debemos hablar como Pablo lo hizo a los filipenses. Debemos orar para que haya fruto que aumente a su cuenta. Es totalmente incorrecto que los siervos de Dios estén atados al dinero. Debemos ser librados del dinero.

Sigamos para ver lo que Pablo dijo en el versículo 18: "Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno". Éste no era un informe financiero ordinario. Un informe común generalmente destaca cierta carencia, buscando que otros sean motivados a dar. Pero a la única iglesia que lo apoyaba, nuestro hermano Pablo le dijo: "Todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno". Las palabras de Pablo raras veces eran repetitivas, pero aquí, él dijo: "todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno". Hermanos y hermanas, por favor presten atención a la actitud de nuestro hermano. Él le dijo a la única iglesia que lo apoyaba que él estaba lleno, que tenía abundancia y que lo había recibido todo. Él tenía lo suficiente; su único anhelo era que aquellas dádivas se convirtieran en "un olor fragante, un sacrificio acepto, agradable a Dios" (v. 18). Aquí vemos a una persona con un espíritu hermoso. Él no estaba consciente del dinero, éste no lo afectaba de ninguna forma.

Avancemos al versículo 19, el cual es muy precioso: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”. Él estaba agradecido por su apoyo, pero no perdió su dignidad. Ellos habían ofrecido su dinero como sacrificio a Dios; este dinero no era para Pablo personalmente y él no tenía nada que ver con ello. Al mismo tiempo, él los bendijo, diciendo: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”. No podemos hacer otra cosa sino decir: “Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amen”.

CUATRO

Finalmente, consideremos la actitud de Pablo concerniente a los fondos que la iglesia puso en sus manos para que los administrara. En 2 Corintios 8:1-4 él escribió: “Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado en las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su liberalidad. Pues doy testimonio de que, conforme a sus fuerzas, y aún más allá de sus fuerzas, por su propia voluntad, con muchos ruegos nos pidieron la gracia y la participación en la ministración a los santos”. Los hijos de Dios deben ser estrictos en cuanto al asunto del dinero. Cuando un obrero va a cierto lugar a laborar para el Señor, ésta debe ser su actitud siempre que toque dinero. Los hermanos de Macedonia ofrecieron ayuda financiera para los hermanos que estaban padeciendo hambruna en Jerusalén. Primero, Pablo les informó la calamidad. Después de que lo oyeron, fueron más allá de su capacidad, pues a pesar de su profunda pobreza y aflicción cuidaron de los hermanos en Jerusalén. ¿Qué hicieron? Pablo dijo que con muchos ruegos le pidieron la gracia y la participación en la ministración a los santos. Ésta fue la actitud de los macedonios al ofrecer ayuda financiera para cubrir las necesidades de los santos. Ellos deseaban tener parte en esta gracia. No les importaba si ellos mismos estaban en pobreza y aflicción; aun así deseaban tener parte en esta obra. Fue por eso que le rogaron a Pablo una y otra vez que recibiera su ayuda. Es decir, Pablo no les permitió dar la primera vez. Esto muestra una actitud apropiada. Un obrero del Señor debe no aceptar a la ligera cualquier ofrenda que se le ofrezca, incluso cuando no está destinada para su propio uso. Es verdad que los hermanos en Jerusalén estaban pasando necesidad, pero esa no era simplemente una cuestión de conseguir el dinero y pasarlo a los santos. Los hermanos macedónicos también estaban en gran necesidad, y Pablo les dijo que tomaran de nuevo sus ofrendas. No obstante, ellos insistieron una y otra vez, le suplicaron repetidas veces rogándole mucho que les permitieran participar de esta gracia de ministrarles a los santos. Ambas partes actuaron maravillosamente bien. Esta es la manera de proceder que debe tener un cristiano. Por una parte, el oferente dice: “Aunque sea

pobre y esté en necesidad, aun así daré. Aunque esté más allá de mi capacidad de dar, aun así quiero dar". Por otra parte, el obrero dice: "Usted no debe dar". ¡Esto es hermoso! Finalmente el obrero dice: "Si usted realmente desea dar, no puedo detenerlo más". Ésta es la actitud apropiada de un obrero del Señor. Pablo cuidaba así de los asuntos de la iglesia. Aunque él vio la necesidad que había en Jerusalén y deseaba ayudar a los hermanos, su actitud era diferente a la de muchos obreros hoy en día. Él permitió que las iglesias de Macedonia participaran en la gracia de ministrar para los santos solamente después que le habían suplicado una y otra vez.

En 2 Corintios 8:16-22 Pablo añadió: "Pero gracias a Dios que pone en el corazón de Tito la misma solicitud que yo tengo por vosotros. Pues no sólo aceptó el ruego, sino que también, estando muy solícito, por su propia voluntad partió para ir a vosotros. Y enviamos juntamente con él al hermano cuya alabanza en el evangelio se ha difundido por todas las iglesias; y no sólo esto, sino que también fue elegido por las iglesias como nuestro compañero de viaje en esta gracia, que nosotros ministramos para gloria del Señor mismo, y para demostrar nuestra prontitud de ánimo; evitando que nadie halle falta en nosotros en cuanto a la abundancia que ministramos; pues pensamos de antemano en lo que es honroso, no sólo delante del Señor sino también delante de los hombres. Enviamos también con ellos a nuestro hermano...". Aquí vemos el arreglo hecho por Pablo al enviar el dinero a Jerusalén. Él fue muy recto en su procedimiento. Ningún siervo de Dios debe ser descuidado en cuanto al dinero. ¿Qué dijo Pablo? Él dijo: "evitando que nadie halle falta en nosotros en cuanto a la abundancia que ministramos". Pablo le pidió a uno, dos, tres hermanos que manejaran el dinero; él mismo no lo manejó. ¿Qué hicieron los tres hermanos? Él dijo: "pues pensamos de antemano en lo que es honroso, no sólo delante del Señor sino también delante de los hombres". En la administración de fondos, la única manera de evitar problemas es permitir que dos o tres personas se encarguen de la administración.

Debido a que el dinero es una cuestión tan seria, Pablo, escribiendo a ambos, a Timoteo y a Tito, les mandó que no permitieran que ninguna persona codiciosa desempeñara la posición de anciano (1 Ti. 3:3; Tit. 1:7). En 1 Timoteo 3:8 se estipula lo mismo con respecto al oficio de diácono. Ninguna persona que no haya vencido el dinero es apta para ser un anciano o un diácono. Un requisito básico para ser un anciano o un diácono es no codiciar dinero. Debemos tratar con el dinero de una manera muy sobria. Pedro escribió dando el mismo énfasis que Pablo cuando dijo: "Pastoread el rebaño de Dios que está entre vosotros ... no por viles ganancias, sino con toda solicitud" (1 P. 5:2). Ninguna persona codiciosa puede pastorear el rebaño de Dios.

Que el Señor nos conceda Su gracia para tratar íntegramente con el asunto del dinero. A menos que resolvamos definitivamente el asunto relacionado a la codicia, tarde o temprano nos encontraremos en dificultades. Si no resolvemos este asunto de una vez por todas, no podremos ser útiles al Señor, y no podremos resolver otros asuntos, y ciertamente nos enfrentaremos con problemas en el camino. De ninguna manera debemos ser influenciados por el dinero. Siempre que alguna persona nos critique, tenemos que aprender a rechazar sus donativos. Al mismo tiempo, tenemos que aprender a llevar las cargas de otros. No debemos cuidar solamente de nuestras propias necesidades y de las necesidades de nuestros colaboradores, sino también de las necesidades de todos los hermanos y hermanas. Si podemos manejar el asunto del dinero de una manera apropiada, habremos logrado un gran avance. Aquellos que no han solucionado el asunto básico relacionado con el dinero, nunca podrán laborar bien.

CAPÍTULO DIEZ

OTROS ASUNTOS DE IMPORTANCIA

En este capítulo abarcaremos otros asuntos de importancia, los cuales son: (1) confirmar el grado absoluto de la verdad; (2) cuidar de nuestra salud física; (3) cuidar de nuestros hábitos cotidianos; y (4) también hablaremos en cuanto al matrimonio y la virginidad.

UNO

Todo obrero del Señor debe confirmar el hecho de que la verdad es absoluta. Esto es posible sólo cuando la persona es librada de su yo. Muchos hermanos y hermanas no son absolutos en cuanto a la verdad debido a que son influenciados por otros, por cosas y por sentimientos personales. Cuando una persona no es absoluta con relación a la verdad, ella sacrificará la verdad de Dios por causa de la gente, de sí misma o sus propios deseos. Un requisito básico para ser un siervo del Señor es que nunca podemos sacrificar la verdad. Podremos sacrificar nuestras preferencias y nuestros deseos propios, pero nunca podemos sacrificar la verdad. El problema de muchos obreros radica en su relación natural con amistades, conocidos íntimos y familiares; y por agradar a tales conocidos, amigos y familiares, ellos comprometen la verdad. Dios no puede usar a tales personas. Si la verdad es la verdad, esta no debe ser comprometida por nada, ni siquiera por nuestros hermanos, parientes o amigos íntimos. Supongamos que el hijo de un obrero cristiano expresa su deseo de ser bautizado. Si el padre de este muchacho se da cuenta que el bautismo tiene que ver con la verdad, él debe llevar este asunto a los hermanos que guían en la iglesia para que ellos decidan si su hijo está listo para

el bautismo o no. Pero puede surgir un problema si dicho colaborador asume que su hijo sí es apto para el bautismo, y al hacer esto, sacrifica el grado absoluto que tiene la verdad. Él se deja influenciar por la relación que tiene con su hijo y ya no es absoluto a la verdad. Si lo fuera, él sería dirigido por la verdad como es presentada en la iglesia y no mezclaría su relación personal en dicho asunto. Consideremos otro ejemplo: Supongamos que en cierta localidad se suscita una controversia. Ciertos santos simpatizan con un grupo particular de hermanos y se ponen de su lado, mientras que otros tienen preferencia por otro grupo de hermanos. En vez de sentarse y calcular el precio de ser absolutos por la verdad y seguirla, ellos se dejan influenciar y son dirigidos por sus propios sentimientos. Esto no quiere decir que tales hermanos nunca hablen de la verdad, sino que ellos no están entregados en forma absoluta a la verdad. Ellos no la desechan por completo, aún se interesan en ella, pero no son absolutos a la verdad. Ser absolutos a la verdad significa que no permitimos que ningún sentimiento personal ni ninguna relación familiar se interponga con la verdad. Tan pronto se tomen en cuenta nuestras relaciones humanas en algún asunto espiritual, estaremos comprometiendo la verdad. Tan pronto involucremos nuestras relaciones humanas en estos asuntos, la palabra de Dios y Sus mandamientos serán reducidos por factores humanos, y comprometeremos la verdad.

La Biblia contiene muchos mandamientos y ordenanzas, las cuales provienen de Dios, y Sus siervos necesitan predicarlas y anunciarlas. Por un lado, ya es hasta aburrido considerar a los que sólo hablan pero no practican lo que enseñan; por otro lado, no podemos ser siervos de Dios si no somos capaces de predicar más allá de lo que practicamos. Esto se debe a que la verdad es absoluta. La norma de la Palabra divina no debe ser reducida al nivel de nuestros logros personales. No podemos alterar la verdad de Dios buscando justificar nuestras carencias. Esto es lo que significa ser absolutos a la verdad. Nuestro mensaje debe ir más allá de nosotros mismos, más allá de nuestra propia capacidad natural, de nuestros sentimientos y el interés personal que tengamos en hablar. Éste es un requisito elevado para todos los siervos del Señor. Debemos tener cuidado de no hacer algo de cierta manera para que afecte a los hermanos y hermanas, pero cuando la aplicamos a nuestra esposa o nuestros hijos lo hacemos de otra manera. La verdad siempre es absoluta. Dios desea que confirmemos la verdad en su grado absoluto. Si la Palabra de Dios dice algo, lo aceptamos tal y como es, no importa quien esté involucrado. No podemos hacer acepciones debido a que mantenemos relaciones personales con ellos. Si lo hacemos, estaremos alterando el nivel de la verdad de Dios. No estoy dando a entender que hablemos cosas que no sean verdad, sino que estoy hablando de sacrificar el grado absoluto de la verdad. Tenemos que aprender a confirmar lo absoluta que es la verdad, y aunque se trate de algún familiar

nuestro no podemos transigir en esto. Nosotros estamos aquí para seguir a la verdad, no al hombre. Y estamos aquí para confirmar este hecho: la verdad es absoluta.

Muchas dificultades surgen en la iglesia debido a que los hijos de Dios sacrifican la verdad. Cierta iglesia local se dividió porque un hermano dijo: "Yo no tenía la intención de separarme de ustedes, pero anoche sucedió algo en la iglesia y no me lo informaron a mí; por esa razón, no me seguiré reuniendo con ustedes". La verdad es absoluta. Si dicho hermano tenía alguna razón para separarse de los demás, lo debía de haber hecho aunque se le hubiera informado de aquel incidente. Asimismo, ya que no existe ninguna razón justificable para separarse de los hermanos, el hecho de no haber sido informado no constituye un argumento aceptable para dividirse de los demás. Si él fuese absoluto a la verdad, el hecho de recibir o no recibir información, no tiene ninguna relevancia. Si su separación se debió a la falta de información, eso significa que el hombre ha sido puesto encima de la verdad. En otra localidad surgió un problema sólo porque un hermano se ofendió debido a que hizo una pregunta en una reunión y no obtuvo respuesta; por esta razón quería tener la mesa del Señor y partir el pan apartado de los demás. Si era correcto separarse, debía de haber comenzado otra mesa mucho antes. Si no era correcto el separarse, entonces no debería tomar como excusa el hecho que no recibió una respuesta a su pregunta. Esto es lo que quiere decir ser absolutos a la verdad. Si tener mesas separadas concuerda con la verdad, entonces debemos tener mesas separadas aunque los hermanos estén muy ligados los unos con los otros. Pero si tener mesas separadas no está de acuerdo con la verdad, no debemos tenerlas aunque estemos ofendidos. Hermanos y hermanas, ¿pueden ver esto? Para servir al Señor se requiere que neguemos todos los aspectos de nuestro yo. Pero si mantenemos nuestro orgullo, egoísmo o el pensamiento de que debemos ser respetados como una condición para confirmar lo absoluto de la verdad, entonces nos estaremos poniendo a nosotros por encima de la verdad de Dios y estaremos dando a entender que nosotros somos más importantes que Su verdad. Esta actitud nos descalifica para servir a Dios. En nuestro servicio al Señor, tenemos que negar nuestro yo por completo. Ya sea que nos guste algo o no, o que no nos agrade la manera en que se hace algo en la iglesia o que nos sintamos heridos por algo en particular, estas cosas no tienen nada que ver con el asunto. Si algo debe hacerse de cierta manera debe de hacerse sin importar lo que sintamos; debemos hacerlo aun si sufrimos mucho por ello. Incluso si otros nos tratan mal, nos menosprecian o piensen que no valemos nada, aun así tenemos que hacerlo. No podemos obligar a la verdad de Dios a que siga cierto camino sólo porque nosotros queremos seguirlo. El hombre es muy osado; siempre trata de obligar a que la verdad de Dios lo siga a él.

Tenemos que ver la gloria de la verdad de Dios. No debemos proyectar nuestros sentimientos e introducirlos en la verdad. Si nos comparamos con la verdad de Dios, no sólo debemos considerarnos insignificantes ante ella, sino que debemos considerarnos como si no existiésemos. Si mezclamos nuestro yo, aunque sea un poco, inmediatamente crearemos problemas. Un hermano, que había sido criticado en otros lugares, vino a la iglesia y se sintió muy contento de estar entre nosotros. Él pensaba que había sido criticado injustamente en los lugares donde había estado antes, pero nunca había tocado realmente la verdad delante del Señor, sólo había sido impresionado agradablemente por algunos hermanos. Tal hermano era muy indisciplinado en su conducta. Poco tiempo después, otro hermano le dijo: "Hermano, tú has sido muy suelto en tu manera de ser", y procedió a mencionarle algunas faltas en su conducta. Ésta fue una palabra de verdad dicha en amor. Pero cuando este hermano oyó eso, se alejó muy ofendido, y dijo señalando en su enojo: "Con razón tanta gente está en contra de esta iglesia. Merece ser criticada". Hermanos y hermanas, este hermano no era absoluto en relación con la verdad. Si lo hubiera sido, no habría dicho esto cuando se le exhortó. Debido a que no era absoluto a la verdad, cambió de tono apenas fue reprendido.

¿Qué significa ser absolutos en relación con la verdad? Significa hacer a un lado nuestros sentimientos, no hacer caso de nuestras relaciones naturales y no tomar en cuenta a nuestro yo. La verdad es absoluta. Nuestros sentimientos, relaciones, experiencias y tropiezos personales no deben interferir con la verdad. Ya que la verdad es absoluta, lo correcto es correcto y lo incorrecto es incorrecto. Cierto hermano que es líder en muchos lugares, ha tomado nuestro camino y decidió tomar la misma posición con respecto al testimonio de la iglesia. Si el camino que nosotros seguimos es el correcto, no cambiará por el hecho de que este hermano esté con nosotros o no. Si el camino que tomamos está equivocado, no puede corregirse solamente porque este hermano lo haya tomado. El hecho que este camino sea el correcto no tiene nada que ver con que este hermano lo siga o no. Aun si él cae, el camino sigue siendo el correcto porque la verdad es absoluta. Sin embargo, muchos siguen a este hermano y piensan que si este hermano está en lo correcto, el camino que él elija también debe ser el correcto y que si el hermano está equivocado, el camino que él siga también está equivocado. ¿Sus ojos están puestos en la verdad o en cierta persona? Esto no quiere decir que debamos ser descuidados en cuanto a este asunto; nunca debemos ser descuidados. Debemos mantener el testimonio de Dios. Este es un hecho. Al mismo tiempo debemos saber que si este camino es el correcto o no, no depende del hombre, sino de la verdad. ¿Esto quiere decir que si algunos cristianos pecan, dejaremos nosotros de ser cristianos? ¿Significa acaso que cuando muchos hijos de Dios caen, dejaremos nosotros de ser creyentes? ¿Quiere decir esto que cuando muchos hijos de Dios

pierden su testimonio, Nosotros ya no seremos creyentes? No, hermanos y hermanas, la verdad es absoluta. Incluso si muchos cristianos fallan, el Señor sigue siendo digno de nuestra confianza, y nosotros debemos seguir confiando en Él. Aun si muchos hijos de Dios pecaran, nosotros seguimos siendo hijos de Dios; no debe haber ningún cambio. Esto no significa que ahora los hijos de Dios tengan libertad para pecar o que los cristianos tengan libertad para fallar. Lo que quiere decir es que la verdad es absoluta. Si creer en el Señor es lo correcto, debemos creer en Él aun cuando otros no crean. Si es correcto ser cristianos, debemos ser cristianos aun cuando todos los demás hayan caído. El asunto no depende de lo que otros hagan, sino de si ésta es la verdad o no. Muchas divisiones en la iglesia, muchos problemas en la obra y muchas disputas entre los obreros se acabarán cuando pongamos a un lado las relaciones, sentimientos y problemas personales.

Ser absolutos a la verdad no es un asunto pequeño. No podemos ser indiferentes a esto. Si somos descuidados en cuanto a este asunto, lo seremos en todo. A fin de confirmar la verdad, tenemos que renunciar a nosotros mismos. Si no tenemos tal corazón y hábito por la verdad, tarde o temprano tendremos problemas. Algunos hermanos dicen: “Le doy gracias a Dios por traerme a esta reunión. He recibido mucha ayuda”. Esto no significa que tal hermano sea absoluto por la verdad. Tal vez sólo se sienta emocionalmente ligado a este lugar, pero cuando algo desagradable le sucede, puede cambiar de actitud y pensar que está en el lugar equivocado. No obstante, la verdad siempre es absoluta. Si este es el lugar correcto, lo es; y si no lo es, no lo es. No puede ser el lugar correcto solamente cuando le parezca bueno a tal hermano, y deje de ser el lugar correcto cuando no le parezca bueno a él. Si él opina que es correcto o incorrecto dependiendo de la manera en que los demás lo tratan, entonces ¡él debe ser lo más importante que existe en el mundo! ¡Para él la verdad no es importante; él es importante! Él no es absoluto por la verdad. Muchos de los problemas surgen de esto. Dios demanda que seamos disciplinados a tal grado que en todo podamos ponernos a un lado a nosotros mismos y a nuestros sentimientos. Poco importa si nos sentimos contentos u ofendidos; nuestra dirección no debe ser afectada por nuestros sentimientos personales. Si Dios afirma que esto es lo correcto, ciertamente lo es. Si Dios afirma que no es, no lo es. Si Dios afirma que este es el camino correcto, tenemos que seguir este camino aun si todos los demás rehúsan seguirlo; no lo tomamos porque sea muy agradable o porque cierto hermano lo toma. Si este es el camino correcto, debemos tomarlo, incluso si ninguno de los hermanos lo tome. La verdad es absoluta, y ningún ser humano debe influenciarnos de ninguna forma. Si introducimos el elemento de consideración humana, estaremos afirmando que el hombre es más importante que la verdad.

Todo juicio que hagamos debe basarse en la verdad y no en los individuos. Cada vez que la base del juicio se cambia de la verdad al individuo estaremos comprometiendo el camino de Dios y Su verdad. La base de todo juicio es la Palabra de Dios y su fundamento es la verdad. Además, debemos actuar siempre de la misma manera sin importar si los demás nos tratan bien o mal. Siempre que nos enfrentemos a una situación debemos indagar cuál es la verdad de Dios; no debemos dejarnos guiar por nuestros propios sentimientos. Nunca debemos introducir nuestros conceptos ni nuestros sentimientos personales en la obra de Dios. Si la verdad de Dios nos indica que debemos separarnos por completo, debemos cortar los lazos aun con nuestros mejores amigos, pese a que tal vez hayamos tenido mucha amistad con tales personas o incluso hayamos convivido con ellos por muchos años. Cuando lo absoluto de la verdad nos llama a separarnos, debemos obedecer. Los afectos humanos no tienen cabida aquí. En cambio, si la verdad nos indica que no debemos separarnos, no debemos hacerlo, aun cuando diariamente estemos discutiendo e irritándonos unos a otros. Si solamente estamos juntos por razones personales, no conoceremos cuál es la verdad y no podremos avanzar.

Hermanos y hermanas, este es un asunto muy básico. El camino que tenemos ante nosotros está estrechamente relacionado con las lecciones que recibamos de parte del Señor. Si nos centramos en lo grande e importantes que somos, sacrificaremos la verdad. A fin de confirmar la verdad de Dios, debemos mantener a raya a nuestro yo. Todos poseemos nuestro propio temperamento y sentimientos, pero no podemos alterar la verdad de Dios por causa de nuestros sentimientos y temperamento. Ningún ministro de Dios debe sacrificar, ni comprometer, la verdad divina por causa de su propio bienestar. Si consideramos la verdad de Dios de una forma muy baja, no tendremos futuro espiritual con Dios. Cuando un juez preside en un tribunal, debe ser absoluto para con la ley. Un crimen debe ser declarado crimen y un hombre inocente debe ser declarado inocente. Ningún juez debe declarar inocente a un culpable sólo porque sea amigo o familiar suyo; si hiciera esto, se crearía desorden. La ley es absoluta; no debe tomar en consideración los sentimientos personales. Sería terrible si un acusado fuera declarado culpable sólo porque el juez lo considere enemigo suyo. Todo juez debe confirmar la ley. Del mismo modo, nosotros debemos creer en Dios, servirle y confirmar Su verdad. No debemos mezclar nuestros sentimientos personales en esto. Espero que recuerden que todos nuestros sentimientos personales deben ser negados. Todos debemos experimentar el trato del Señor. Debemos decirle: “Señor, yo no soy nada; Tu verdad es absoluta”. Si hacemos esto, no habrá más disputas ni problemas en la obra. Una gran ventaja que tendrían los colaboradores al confirmar la verdad de Dios, es la gran libertad que tendrían entre ellos cuando compartan la palabra o

laboren. Todo se haría como debe de hacerse sin preocuparse de las reacciones de otros. Si todos viéramos el carácter absoluto de la verdad, sólo nos preocuparíamos por una cosa, y ésta es, saber si algo fue hecho según la voluntad y decisión de Dios o no. Si lo hacemos así no temeremos. Pero si no somos absolutos por la verdad, nos será difícil avanzar, pues siempre que se suscite algo nos detendremos a considerar cuál será la reacción del hermano Wang, la opinión del hermano Chow y las acciones del hermano Liu. Ya que los tres tienen distintos temperamentos, tendremos que hacer un poco de compromisos por aquí y otro poco por allá. Eso sería terrible. La verdad sería sacrificada. Si esta es la manera en que hacemos las cosas, no seremos capaces de hablar con franqueza ni de tomar decisiones por temor a ofender a los hombres. Y si éste es el caso, se suscitarán problemas entre nosotros. Pero si un grupo de hombres sólo se interesa por la verdad de Dios y rechaza por completo los métodos humanos, ciertamente esa será una bendita compañía de hombres. Si ellos rechazan firmemente toda manipulación y diplomacia de los hombres, y no hacen compromisos ni tratan de mitigar nada por manos humanas, sino que hacen todo estrictamente según la voluntad de Dios, podemos asegurar que ese grupo estará bajo la plena bendición de Dios. Si entre los colaboradores podemos tomar el camino de la verdad en forma absoluta, podremos decir lo que hay que decir y hacer lo que debemos hacer. De lo contrario, habrá muchas consideraciones, diplomacia y reformas, y la iglesia dejará de ser la iglesia.

Tenemos que resolver este asunto sobriamente delante del Señor. Este es un asunto muy serio y crucial. Debemos tener presente que en la obra del Señor no hay cabida en absoluto para las emociones o sentimientos personales. Aun si nuestros sentimientos personales pudiesen influenciar positivamente a otros para que reciban la verdad, aún así, en la obra, no debemos darle cabida a ningún sentimiento humano. Podemos influenciar a una persona a recibir la verdad al invitarla a comer, pero eso no está bien. La verdad es absoluta. Podemos hacer algo con una buena intención, a fin de mantener la verdad, pero la verdad no necesita de la ayuda humana para mantenerse. La verdad tiene su propia posición, su propia autoridad y su propio poder, y no requiere de la intervención humana para permanecer firme. No necesitamos ayudar a la verdad ni brindarle la mano, ni debemos temer que alguien la pueda rechazar. Lo único que tenemos que hacer es aprender a honrar la verdad de Dios, seguir el camino de Su verdad y nunca comprometerla en ninguna manera.

DOS

El obrero del Señor también debe prestar atención a su salud física. Sabemos que Pablo fue un hermano que poseía muchos dones espirituales y él oró en muchas

ocasiones por la sanidad de otros. No obstante, él menciona tres personas que nunca fueron sanadas: Trófimo, Timoteo y él mismo. Cuando Trófimo se enfermó, Pablo no oró por su sanidad ni ejerció su don de sanidad. En vez de eso, dijo: "A Trófimo dejé en Mileto enfermo" (2 Ti. 4:20). En cuanto a Timoteo, su dolor de estómago y sus frecuentes enfermedades nunca le dejaron (1 Ti. 5:23), pero Pablo no ejerció su don de sanidad ni oró por la sanidad de Timoteo. Él ciertamente sanó a muchos, y podríamos asumir que ya que tantas personas fueron sanadas por él, debía haber sanado a Timoteo también. Timoteo era sucesor de la obra de Pablo y como tal era indispensable. Aun así, Pablo nunca lo sanó. Su enfermedad estaba en las manos de Dios y no en las de Pablo. ¿Qué dijo Pablo de esto? Él le dijo a Timoteo: "Ya no bebas agua sola, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades" (1 Ti. 5:23). En otras palabras, Timoteo tenía que cuidar y prestar atención a su salud, comer lo que fuera conveniente para su cuerpo y abstenerse de aquello que le hiciera daño. Esta fue la palabra que Pablo le dio a Timoteo. En cuanto a Pablo mismo, él habló de un aguijón que atormentaba su carne, acerca del cual oró al Señor tres veces. No obstante, el Señor no lo sanó. En lugar de ello, le dijo: "Bástate Mi gracia" (2 Co. 12:9). La enfermedad de Trófimo nunca lo dejó; tampoco la enfermedad de Timoteo desapareció; y el aguijón en la carne de Pablo permaneció con él; su enfermedad nunca fue sanada. En el caso de Pablo no vemos que fuera quitada "la roca de naufragios"; pero si podemos ver que su nave siguió navegando. A pesar de que aquella "roca", su enfermedad, permanecía, podemos ver que Dios elevó el nivel de agua para que "su nave" pudiera deslizarse sobre aquel obstáculo sin sufrir ningún daño. Éste fue el testimonio de Pablo.

Hermanos y hermanas, se requieren diez o veinte años de entrenamiento bajo la mano de Dios para que, de alguna manera, una persona llegue a ser útil al Señor. Si queremos correr la buena carrera y obtener cierta madurez en el Señor, necesitamos ser entrenados por lo menos diez o veinte años. Sin embargo, algunos hermanos no le prestan la debida atención a su salud y pueden morir antes de alcanzar ese nivel. Esto es muy lamentable. Algunos no comienzan a correr hasta que han pasado veinte o treinta años en el Señor. Entonces tocan el camino correcto y su utilidad empieza a florecer. En la iglesia no solo debe haber niños y jóvenes, también debe haber algunos padres. Todos aquellos que desean servir al Señor deben comprender que es una gran pérdida que un hermano o una hermana muera prematuramente. ¡Después de haber invertido tantos años y tanto esfuerzo para aprender sus lecciones! Sabemos que algunos "vasos" se han "dañado y quebrado" a mitad del proceso. Esto es una verdadera pena. Es semejante al mensaje de Jeremías acerca del vaso que se dañó en las manos del alfarero (Jer. 18:4). Cuando el alfarero hace girar la rueda para darle forma al vaso, algunos de

estos se dañan antes de ser introducidos al fuego. Algunos no pasan ni siquiera la etapa de formación. Esto es una gran pérdida. La iglesia ya ha sufrido la pérdida de muchos que han fallado en la prueba de los sufrimientos y tentaciones. Si el Señor tiene misericordia de nosotros, podremos evitar ese daño, ruptura y destrucción. Tal vez el Señor tenga más cruces para nosotros, y Su intención sea que le seamos más útiles en nuestros últimos años. Al Señor le toma muchos años para que complete una prueba en nosotros; algunas pruebas pueden tomar un año o aun varios años para ser completadas. Quizás un hijo de Dios no tenga la oportunidad de pasar por muchas pruebas durante su vida; sólo pueda experimentar algunas de ellas. Muchos se derrumban tan pronto como llegan las pruebas. Es de lamentar y es una gran pérdida que las pruebas no produzcan el resultado deseado en ellos. Con el pasar del tiempo, año tras año y década tras década, ¿cuántos hijos de Dios son preservados sin percance para llegar al otro lado de las pruebas? Tenemos que reconocer que son pocos los que son preservados. No piensen que esto es algo simple. Muchos se quedan postrados en el camino. Recuerden las seiscientas mil almas del pueblo de Israel que cruzaron el desierto, pero solo dos entraron vivos a Canán: [Josué y Caleb], y otros dos entraron muertos [Jacob y José]. Fueron muy pocos los que sobrevivieron y lograron entrar. ¡Cuán triste es ver que, cuando las pruebas terminaron, la mayoría ya había muerto uno por uno! Si es la voluntad de Dios que muramos a temprana edad, no podemos decir nada. Pero si morimos por haber descuidado nuestra salud, es la obra de Dios la que sufre. A fin de que la iglesia sea rica, debe haber en ella hermanos que tengan setenta, ochenta y aun noventa años de edad. Si el Señor decide que uno o dos de ellos vayan más temprano a reunirse con Él, no tenemos nada que decir. Pero si anhelamos ser útiles en la obra, tenemos que invertir algo de tiempo para dedicarlo a cuidar de nuestro cuerpo. No debemos ser descuidados. Es una gran pérdida si un obrero llega al fin de su vida cuando ha alcanzado un entrenamiento cabal. Es muy lamentable que un hermano caiga cuando está a punto de acabar con su entrenamiento. Si a todos los obreros del Señor les sucede lo mismo, la obra no podrá avanzar. ¡Qué lamentable que nuestro cuerpo se corrompa antes de comenzar la obra, o que alguien muera antes de empezar a ser útil al Señor!

Hermanos y hermanas, no debemos tener el concepto de que podemos descuidar nuestro cuerpo. Es cierto que debemos tener la disposición para sufrir y que tenemos que ejercer dominio sobre nuestro cuerpo y ponerlo en sujeción. Pero también es cierto que debemos hacer todo lo posible por cuidar nuestra salud. Es fácil ser descuidados, pero qué difícil es cuidar apropiadamente de nuestro cuerpo físico. Tenemos que aprender a comer sólo alimentos saludables y a cuidar nuestro cuerpo en todo aspecto. Cuando el Señor nos asigne una comisión, y la obra así lo requiera, tenemos que estar dispuestos a sacrificarnos. Si este es el caso, no

tenemos alternativa. Pero a la vez, tenemos que emplear todos los medios disponibles para cuidar de nuestro cuerpo. Recordemos que si se pierde una persona, en realidad se están perdiendo diez o veinte años de entrenamiento de parte del Señor. No contamos con muchos períodos de diez o veinte años en nuestra vida. Muchos comienzan siendo algo útiles y son dotados en su servicio al Señor; sin embargo, no es tan fácil decir que tengan alguna utilidad en el ministerio. Se requieren por lo menos diez o veinte años de perfeccionamiento para que alguien pueda realmente ser útil al ministerio. Una persona muchas veces tiene que esperar diez o veinte años para que su servicio sea valioso y útil. Llegar a ser verdaderamente útiles toma diez o veinte años después de comenzar, y, si es que corremos en una senda recta. Si la dirección que seguimos no es la correcta, aun después de diez o veinte años no veremos fruto alguno. No es una tarea simple producir a una persona útil en veinte años. Dios tiene que golpearla y tallarla muchas veces a fin de que pase la prueba. Ella tiene que pasar por sufrimientos año tras año, y no sólo unos cuantos años sino veinte, llevando la cruz los mismos veinte años, siendo tratado por el Señor, siendo golpeado por Él y sufriendo bajo la mano estricta de Dios por veinte años, antes de que pueda comenzar a ser útil para Dios. ¡Qué difícil tarea es esta! Así que, si una persona no tiene el debido cuidado de su cuerpo, puede llegar a su fin antes de empezar a ser útil al Señor. Esto sería muy lamentable y sería una gran pérdida.

En una ocasión, se le preguntó a un hermano de edad avanzada: “¿Cuál cree usted que fue el período más productivo de su vida?”. Él, después de pensarlo por un momento, contestó: “Entre los setenta y ochenta años”. Definitivamente nuestra utilidad espiritual crece con los años. Cuanto más permanecemos en el camino del servicio a Dios, más útiles llegamos a ser. Al pasar por este camino hemos visto a muchos que han sido dañados o que se han derrumbado o han fracasado, y llegaron a ser de poca utilidad para el Señor. Hemos visto también a otros cuya función solamente floreció momentáneamente. Tan solo unos pocos podrán ser útiles después de veinte o treinta años, ¡pero para ese tiempo muchos de ellos estarán a punto de partir de este mundo! ¡Qué lamentable que una persona muera en el momento en que está empezando a ser útil al Señor! Cuantas más lecciones uno aprende del Señor, más útil llega a ser, por lo que es una gran pérdida que tales personas mueran. A fin de cuidar de nuestra salud, tenemos que tomar muchas precauciones necesarias y prestarle atención a muchas cosas importantes. Estamos de acuerdo que debemos estar dispuestos a sufrir y que tal disposición es indispensable. Y que muchas veces cuando experimentamos una situación difícil, tenemos que ser flexibles. Sin embargo, siempre debemos hacer todo lo posible por cuidar nuestro cuerpo y no ser irresponsables o descuidados con nuestra salud.

Los obreros del Señor no deben elegir sus alimentos basados en el sabor, sino en su contenido nutritivo. Debemos consumir alimentos de alto valor nutritivo y disminuir o abstenernos de consumir los platillos que no nos aporten ningún provecho. Además, debemos aprender a descansar cuando sea el tiempo de hacerlo. Ya tenemos suficiente tensión sobre nosotros, y si no descansamos apropiadamente, nuestro cuerpo no podrá ser liberado de tal tensión. Si nuestro estrés no puede ser aliviado cuando estamos acostados, ¿para qué dormimos? Sería inútil. Muchas veces sentarnos debe ser una clase de descanso, pero no son muchos los que descansan cuando se sientan, debido a que aun en el tiempo de reposo siguen tensos y preocupados. El obrero del Señor debe ser lo suficientemente fuerte como para sobrellevar presiones cuando las circunstancias así lo requieran. En ocasiones la presión puede ser intensa como fuego, pero cuando se nos presente un tiempo disponible, debemos aprovecharlo para descansar. Es imposible vivir tensos todo el tiempo, por lo que debemos aprender a relajarnos.

Hermanos y hermanas, cuando tengamos algún tiempo libre, debemos tratar de relajar nuestros músculos. Cuando dormimos debemos relajar todos nuestros miembros. Mas cuando la situación así lo requiera, debemos ser capaces de aumentar nuestra capacidad, y cuando lo hagamos podremos manejar más estrés que el hombre más fuerte. Nuestro cuerpo tiene que obedecernos, pero no podemos estar bajo esa presión todo el tiempo. Nuestros nervios y músculos a menudo requieren descanso y relajamiento, y tenemos que aprovechar cada oportunidad que encontremos para procurar el descanso de nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo necesita mantener un equilibrio. Si no descansamos, podemos llevar nuestro cuerpo más allá de su límite y llegar al extremo. Nosotros no somos personas que se van a los extremos. Hermanos y hermanas, tenemos que aprender a confiar en el Señor con respecto al cuidado de nuestro cuerpo, y además debemos seguir la ley natural que nos demanda descanso. Esta es una lección básica. Tenemos que aprender a soltar las cosas; si aprendemos esto, nos será más fácil descansar y dormir. Los expertos nos aconsejan que ponerse a contar las veces que respiramos nos ayuda a conciliar el sueño. Cuando dormimos nuestra respiración es más profunda. Tal vez no sea tan fácil controlar el sueño, pero es sencillo controlar nuestra respiración. Podemos contar el número de veces que respiramos y no debemos respirar rápido, sino lentamente. Podemos aprender a regular nuestra respiración a fin de dormir mejor. Nuestra mente no debe estar centrada en dormir, sino en respirar, y lo que hacemos es que contamos el número de veces que respiramos. Primero, es necesario que nuestra respiración lleve la misma velocidad y frecuencia que cuando estamos dormidos. Después de un rato, seguramente que nos quedaremos dormidos. Muchas personas utilizan este método para conciliar el sueño. Siempre que dormimos, respiramos en forma lenta y profunda. La práctica

de regular nuestra respiración, inhalando de una manera lenta y profunda, nos induce a quedarnos profundamente dormidos. Por lo general, no alcanzamos a contar ni cien respiraciones antes de quedarnos profundamente dormidos. Tenemos que creer que Dios nos ha creado con un cuerpo que necesita del sueño y que está acondicionado para descansar. Tenemos que confiar en Dios y tenemos que confiar en las leyes determinadas para Su creación. Dios nos ha creado con una cabeza que duerme, así que debemos tener la capacidad para dormir apropiadamente. Debemos tratar de relajar todo nuestro cuerpo a fin de obtener el descanso necesario. Si no podemos descansar, permaneceremos en tensión día y noche. Tal condición nos impedirá realizar muchas tareas de una manera apropiada. Incluso podemos enfermarnos y tal vez sufrir de varias enfermedades. En cambio, si le prestamos atención al descanso de nuestro cuerpo, nos evitaremos muchas preocupaciones.

Lo mismo puede decirse respecto a nuestra manera de comer. No debemos comer en exceso y tampoco debemos limitar la variedad de alimentos que ingerimos. Debemos aprender a comer todo tipo de alimentos. Algunos hermanos y hermanas no comen esto ni aquello, sólo comen ciertos alimentos. Hay muchas cosas que no comen y ése no es un hábito saludable. Tenemos que aprender a comer alimentos variados. En la variedad de platillos obtenemos los elementos nutritivos apropiados para nuestro cuerpo. Si sólo comemos cierta clase de alimentos, nuestro cuerpo no recibirá el suficiente provecho. Tal vez por ahora sintamos que llevamos una alimentación nutritiva, pero al llegar a los treinta o cuarenta años, seguramente resentiremos la falta de ciertos nutrientes. Si este es el caso, nuestra salud se verá afectada y nuestra vida será acortada. Nuestra vida está gobernada por la comida que ingerimos. Es por eso que debemos aprender a alimentarnos balanceadamente con toda clase de alimentos. Otra ventaja de llevar una dieta variada es que no tendremos ningún inconveniente cuando seamos enviados a la obra. Aquellos que no pueden comer una gran variedad de alimentos no tolerarán mucho cuando estén en el campo de trabajo. Tal vez no estén acostumbrados a tomar alimentos demasiado calientes o fríos y por lo tanto, tendrán problemas. Claro está, que el caso es muy distinto si padecemos alguna enfermedad, puesto que debemos cuidar de nuestra salud, pero en circunstancias normales, tenemos que aprender a comer la mayor variedad de alimentos posibles. El Señor Jesús dijo: “comed lo que os pongan delante” (Lc. 10:8). Éste es un buen principio que debemos seguir. En una ocasión un hermano que iba en un barco le preguntó a otro: “¿Por qué el Señor Jesús le dio panes y peces a la multitud?”. El otro contestó: “Porque representan las riquezas del mar y las riquezas de la tierra”. Ésta es una buena respuesta. Los hijos de Dios deben aprender a comer todas las riquezas del mar y todas las riquezas de la tierra. La variedad de alimentos que comamos debe ser muy amplia y diversa.

Hermanos y hermanas, no piensen que éste es un asunto sin importancia. Si no ejercemos autocontrol y disciplina, especialmente en esto, nuestro cuerpo sufrirá las consecuencias. Tenemos que hacer de nuestro cuerpo un esclavo. Al comienzo puede parecernos difícil vencer en esto, pues algunos alimentos no son aceptables a nuestro paladar; pero tenemos que disciplinarnos y forzarnos a comerlos. Por un lado, debemos tener una mente dispuesta a sufrir; por otro, debemos cuidar de nuestro cuerpo. Debemos ser capaces de afrontar dificultades. Cuando nos enfrentamos con dificultades, tenemos que estar dispuestos a sacrificar todo nuestro ser. Algunos hermanos le temen a las dificultades y no pueden aceptar esto o aquello, ni tampoco muchas otras cosas. Tales personas son inútiles en la mano de Dios. De la misma manera, nosotros no tenemos mucha simpatía para con los hermanos que no prestan atención a su salud. Hermanos y hermanas, no es muy fácil estar conscientes de nuestra salud, es más cómodo no darle importancia al asunto. No es fácil hablar sobre el tema de la salud. A fin de desarrollar el hábito de cuidar nuestra salud, tenemos que ejercer dominio propio. Para mantener nuestra salud, es menester ejercer dominio propio. Tenemos que aprender a consumir alimentos que son provechosos para nuestra salud. La selección de alimentos no debe depender de lo que es agradable al paladar, sino de lo que necesita nuestro cuerpo. Debemos cuidar nuestro cuerpo de una manera apropiada y ser prudentes con el mismo; no debemos permitir que nuestro cuerpo se deteriore. El Señor ha invertido muchos años obrando en nosotros, así que no podemos tratar a nuestro cuerpo de forma descuidada. Debemos tomar todas las precauciones necesarias contra las enfermedades y, hasta donde nos sea posible y bajo la providencia del Señor, debemos seguir el mejor régimen de salud y consumir alimentos que sean de beneficio a nuestro cuerpo. No debemos exponer nuestro cuerpo a riesgos innecesarios. Timoteo obedeció el consejo del apóstol en cuanto a que usara de un poco de vino, porque eso era beneficioso para su salud. No debemos tomar nada que pueda dañar nuestra salud; sólo debemos ingerir aquello que sea un beneficio sustancial a nuestro cuerpo. Éste es un principio. Por una parte, tenemos que negarnos y ser fieles hasta la muerte; por otra parte, a menos que la comisión recibida de parte del Señor nos demande sacrificio, debemos cuidar bien de nuestra salud. Cuando vayamos a laborar en otros lugares, debemos hacer todo lo posible por observar buenos hábitos de higiene, pero no debemos ser una carga a los hermanos y hermanas de ese lugar. Si el lugar al que vamos no cuenta con las condiciones normales de higiene, debemos aprender a confiar en Dios; pero siempre que las circunstancias lo permitan, debemos hacer lo posible por cuidar de nuestra higiene. Esto evitará que hagamos mucho daño innecesario a nuestro cuerpo.

TRES

El obrero del Señor tiene que prestar atención a otro asunto más; a saber, ser flexibles en su vivir cotidiano. Los siervos de Dios no pueden establecer una norma de vida fija, ni pueden insistir en sus puntos de vista o en su estilo de vida. Si deseamos servir al Señor apropiadamente, tenemos que mantener un principio: *Hacemos todas las cosas conforme a las Escrituras sin hacer tropezar a nadie*. En 1 Corintios 9:19-22, Pablo dice: "Por lo cual, aunque soy libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley con respecto a Dios, sino dentro de la ley con respecto a Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho todo, para que de todos modos salve a algunos". Por causa del evangelio Pablo se hizo todo a todos los hombres. Este es un rasgo de carácter necesario que debe tener todo aquel que sirve al Señor.

Filipenses 4:12 dice: "Sé estar humillado, y sé tener abundancia; en todas las cosas y en todo he aprendido el secreto, así a estar saciado como a tener hambre, así a tener abundancia como a padecer necesidad". Por lo general, el hombre tiene la tendencia a ir de un extremo al otro, es propenso a irse a los extremos. Algunos cristianos piensan que la única condición correcta del creyente es tener abundancia y estar saciados. Otros piensan todo lo contrario, que debemos sufrir humillaciones, carencias, y hambres. Sin embargo, Pablo dijo que él había aprendido a estar humillado y a tener abundancia. Sabía lo que es estar saciado y lo que es padecer necesidad. Había aprendido el secreto para toda situación. Él pudo declarar: "Todo lo puedo en Aquel que me reviste de poder" (v. 13). Pablo era flexible en cuanto a las cosas materiales y externas de la vida diaria. Sin importar cuál fuera la situación, él podía aceptarla.

Desafortunadamente muchos hermanos y hermanas son muy tercos; tienen unos hábitos cotidianos inflexibles y no están dispuestos a cambiarlos ni a modificarlos. Algunos tienen que bañarse con agua muy caliente todos los días. Otros no pueden pasar un día sin rasurarse. Si alguna vez se hallan en una situación donde no pueden mantener sus hábitos, no pueden ejercer su función. Aun cuando se trate de algún asunto pequeño, es un obstáculo para la obra del Señor. Aquellos que son inflexibles en cuanto a sus hábitos no pueden ser siervos de Dios. Los obreros del Señor no deben ser desequilibrados. Deben ser capaces de continuar laborando varios días bañándose con agua caliente o sin bañarse, afeitándose diariamente o sin poder afeitarse, cambiándose de camisa diariamente o sin poder hacerlo por

varios días. Deben ser capaces de dormir en una cama dura o en una suave. Deben tener la capacidad de adaptarse a cualquier ambiente en el que sea puesto.

Para un obrero no solamente sus hábitos diarios no deben ser un problema, sino que la personalidad y la edad tampoco deben ser un impedimento. Supongamos que en cierto lugar la gente es muy afectuosa, mientras que en otro lugar acostumbran a ser muy fríos. Los siervos de Dios deben ser capaces de conducirse bien en ambos lugares. Si el siervo es de temperamento flemático y sólo puede trabajar entre personas como él, y no se siente cómodo entre los que son afectuosos por naturaleza, entonces está descalificado para la obra. Algunos sólo pueden servir entre los que son temperamentalmente cálidos, y no pueden trabajar entre los que son mas fríos. Otros solamente pueden trabajar entre las personas más serias y no están dispuestos a servir entre personas despreocupadas. Todas estas restricciones limitan la obra de Dios. Otros obreros sólo pueden ministrarles a los adultos y no tienen nada que decir cuando se encuentran entre los niños y los jóvenes. Tales actitudes son propias de una personalidad desequilibrada y constituyen un estorbo en la obra de Dios. Nuestro Señor recibió a los ancianos y bendijo a los niños. Dios quiere que seamos como nuestro Señor, que recibía a los mayores y bendecía a los niños. La señora Guyón dijo en una ocasión que la persona que está en una unión completa con Dios puede dar consejos a una persona adulta y ser amigo de los niños. Esta es una lección que tenemos que aprender.

Hermanos y hermanas, estos asuntos también se relacionan con la negación de nuestro yo. Nuestro yo tiene que ser eliminado hasta el grado en que podamos servir apropiadamente en cualquier situación en la que Dios nos ponga. Sólo así dejaremos de ser inflexibles y podremos ser imparciales. Pablo podía hacerse todo a todos debido a que era una persona cabalmente entrenada por el Señor. Aprendamos todos a ser disciplinados por el Señor a fin de que nuestros hábitos diarios y nuestra personalidad no lleguen a ser rígidos e inflexibles. No vayamos a los extremos, a fin de evitar que de ninguna manera seamos un obstáculo o una frustración a la obra del Señor.

CUATRO

El obrero del Señor también debe tener un punto de vista apropiado y una posición bien definida concerniente al asunto de la virginidad y el matrimonio. Muchos evitan hablar de este tema; sin embargo, este es un tema importante para el obrero del Señor y tenemos que decir algo sobre esto basados en la enseñanza de la Biblia.

Pablo presenta una palabra clara sobre el asunto de la virginidad en 1 Corintios 7:25-35: “En cuanto a las vírgenes no tengo mandamiento del Señor; mas doy mi

parecer, como uno a quien el Señor ha concedido misericordia para ser fiel. Tengo, pues, esto por bueno a causa de la necesidad presente; que hará bien el hombre en quedarse como está. ¿Estás ligado a mujer? No procures soltarte. ¿Estás libre de mujer? No procures casarte. Mas también si te casas, no pecas; y si la doncella se casa, no peca; pero los tales tendrán aflicción de la carne, y yo os la quisiera evitar. Pero esto digo, hermanos: que el tiempo se ha acortado; en adelante, los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan este mundo, como si no abusaran; porque la apariencia de este mundo pasa. Ahora bien, quisiera que estuvieseis sin congoja. El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, y está dividido. La mujer no casada, igual que la doncella, tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu; pero la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Esto lo digo para vuestro provecho; no para tenderos lazo, sino para lo decoroso, y para que sin distracción atendáis al Señor". Esta palabra nos muestra la ventaja de permanecer solteros. Así uno puede servir al Señor con más diligencia, con menos distracción y con mayor dedicación a la obra. Una persona casada no puede compararse a una persona soltera en este respecto.

No obstante, no todos son capaces de recibir esta palabra. Así que, debemos también prestar atención a lo que dicen los versículos 36 al 40: "Pero si alguno piensa que se comporta indebidamente para con su hija virgen que pase ya de edad, y es necesario que así sea, haga lo que quiera, no peca; que se case. Pero el que está firme en su corazón, sin presión alguna, sino que es dueño de su propia voluntad, y ha resuelto en su corazón guardar a su hija virgen, bien hace. De manera que el que la da en casamiento, hace bien, y el que no la da en casamiento hace mejor. La mujer casada está ligada mientras su marido vive; pero si su marido durmiera, libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea con alguien que esté en el Señor. Pero a mi juicio, más dichosa será si se queda así; y pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios". Esta palabra es bastante clara. Si alguien piensa que no está bien permanecer soltero, y que la flor de su juventud está pasando, y que así es necesario, puede actuar como bien le parezca. Es una decisión personal permanecer soltero o no hacerlo; nadie puede tomar la decisión por él. Por supuesto, a fin de permanecer soltero, además de haberlo resuelto en su corazón, uno debe hallarse "sin presión alguna, sino que es dueño de su propia voluntad". Pero lo principal aquí es que uno mismo lo decida en su propio corazón.

Leamos de nuevo Mateo 19:10-12: "Le dijeron Sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse. Entonces Él les dijo: No todos son

capaces de aceptar esta palabra, sino aquellos a quienes es dado. Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de aceptar esto, que lo acepte". Si leemos juntos la última parte del versículo 11 con la última parte del versículo 12, donde dice: "aquellos a quien es dado ... el que sea capaz de aceptar esto, que lo acepte", queda claro que la virginidad es dada sólo a aquellos que pueden aceptarla.

A fin de evitar distracciones y tener el tiempo adecuado para servir al Señor diligentemente, sería mejor permanecer solteros. Entre los discípulos del Señor, Juan permaneció soltero. Pablo también permaneció soltero. Pero si alguien siente la necesidad de casarse, puede hacerlo. No es pecado casarse. La diferencia entre permanecer soltero o casarse no tiene nada que ver con el pecado; más bien, tiene que ver con el tiempo, con la diligencia y con evitar distracciones.

El matrimonio es santo, porque el cuerpo fue creado por Dios, juntamente con todas sus necesidades. Es por eso que afirmamos que el matrimonio es santo. Pero cualquier exigencia que el hombre tenga fuera del matrimonio, es pecado. ¿Por qué el hombre necesita casarse? Para evitar las relaciones fuera del matrimonio. Por tanto, el matrimonio no es pecado. Por el contrario, previene el pecado. Casarse no equivale a caer; todo lo contrario, uno se casa para prevenir una caída.

Pablo dejó muy en claro este asunto en 1 Corintios 7:1-9, donde dijo: "En cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno le es al hombre no tocar mujer; pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os privéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de común acuerdo, para dedicaros a la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia. Mas esto digo por vía de concesión, no por mandamiento. Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno de un modo, y otro de otro modo. Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando". Este pasaje nos muestra que una de las razones para el matrimonio es prevenir la fornicación. Al mismo tiempo, nos indica que Dios puede darle a alguien un don especial para permanecer soltero, pero es mejor que aquellos que no posean este don, se casen, a fin de no caer en fornicación.

No es necesario ahondar demasiado en el tema de la virginidad. De hecho, sabemos que Pablo era virgen. Sin embargo, él le advirtió a Timoteo que en los postreros días vendrían enseñanzas de espíritus engañadores que prohibirían el matrimonio, y él afirmó que éstas eran enseñanzas de demonios (1 Ti. 4:1, 3). Por un lado, creemos que es bueno permanecer soltero; pero por otro lado, tenemos que mantener el equilibrio de la Palabra de Dios; no podemos decir que el matrimonio sea algo impuro. Debemos estar claros que el matrimonio es santo; que es algo ordenado por Dios en su creación y que prohibir el matrimonio es una enseñanza de demonios.

Si un obrero del Señor es casado, debe hacer todo lo posible por organizar sus asuntos familiares de tal manera que no le causen demasiada distracción. Así él tendrá la oportunidad de entregarse lo más que sea posible a la obra del Señor. Debe trazar claramente una línea divisoria entre la obra y su familia, nunca debe permitir que los miembros de su familia intervengan en la obra. Por supuesto, si algunos de ellos también son colaboradores, es un caso distinto. Sin embargo, nunca debe traer a su casa los asuntos de la obra. Ningún obrero del Señor debe ser influenciado por sus familiares en ningún asunto relacionado con la obra que él realiza. En una ocasión, un hermano dijo que fue a cierto lugar a laborar porque su esposa le había prometido ir allí. ¡Esto es inconcebible! ¿Cómo puede una esposa prometer algo por su esposo y cómo puede el esposo ir porque su esposa lo prometió? No podemos actuar en la obra basados en lo que nuestros familiares prometen y, de hecho, tampoco podemos actuar basados en las promesas de nuestros colaboradores. Nuestra familia debe estar claramente al margen de nuestra obra. Ningún obrero del Señor debe comunicar a la ligera los problemas espirituales de otros hermanos y hermanas a su familia. Si los miembros de su familia desean enterarse de algo, ellos deben saberlo al mismo tiempo que los demás hermanos y hermanas de la iglesia. Muchos problemas en la obra son causados porque los obreros hablan descuidadamente los asuntos de la obra a su familia.

Otra cuestión importante a la cual debemos prestar especial atención es la necesidad de mantener una relación y contacto apropiados entre los hermanos y las hermanas. Si un hermano muestra que tiene una preferencia a trabajar entre las hermanas, no debemos permitirle que participe en la obra. De igual modo, si una hermana joven tiene la preferencia de trabajar entre los varones, a ella tampoco se le debe permitir que participe de la obra. Tenemos que ser estrictos al aplicar este principio. En circunstancias normales los hermanos deben trabajar mayormente con hermanos, y las hermanas con hermanas. El Hijo de Dios nos dejó tal modelo cuando laboró en la tierra. En el Evangelio de Juan capítulos 3 y 4, vemos

claramente una línea clara de separación con respecto a esto. En el capítulo 3, el Señor se entrevistó con Nicodemo de noche, mientras que en el capítulo 4, se encontró con la mujer samaritana a la luz del día. En el capítulo 3, el Señor Jesús habló con Nicodemo en una casa y en el capítulo 4 se reunió con la mujer en una fuente, en un lugar público. Si el escenario del capítulo 3 y 4 fueran intercambiados, tendríamos un escenario impropio. Es claro que el Señor habló con Nicodemo bajo circunstancias muy diferentes a las que vemos cuando habló con la mujer samaritana. Estos hechos nos presentan un buen modelo a seguir.

No estamos diciendo que los hermanos y las hermanas no deben tener contacto ni comunión unos con otros. Lo que estamos dando a entender es que cuando un hermano o una hermana muestran una marcada preferencia o deseo de estar con miembros del sexo opuesto, debemos desanimarlos e impedirles que tengan contacto entre ellos. Por supuesto, en Cristo no hay diferencia entre hombre y mujer, y entre los hijos de Dios no existe un muro divisorio entre los hermanos y las hermanas. Por el contrario, debe existir una buena comunión entre ambos. Pero cuando un hermano tiene el hábito o la preferencia de hablar sólo con las hermanas, o viceversa, debemos intervenir inmediatamente en dicha situación. Espero que los hermanos y hermanas ejerciten espontáneamente esta restricción y limitación cuando tengan contacto entre sí. Si alguno de ellos va más allá del límite apropiado y se involucra en una comunión anormal, debemos tratar con tal situación de una manera estricta. Que el Señor nos conceda Su gracia para que podamos mantener un buen testimonio en este respecto.